

A. BLEST GANA

---

EL

LOCO ESTERO

GARNIER HERMANOS

PARIS

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección *CHILENA*

RESERVADO

Clasificación *9(2-25)*

Cutter *—*

Año Ed. *1909* Copia *V.2 - C.1*

Registro Seaco *2707:RB*

Registro Notis. *AAA4826*

BIBLIOTECA NACIONAL



0170571



# EL LOCO ESTERO



buch, chlr

Ch 863

B647c

1909

v.2-c.3

AAA4826



ALBERTO BLEST GANA

# El Loco Estero

(RECUERDOS DE LA NIÑEZ)



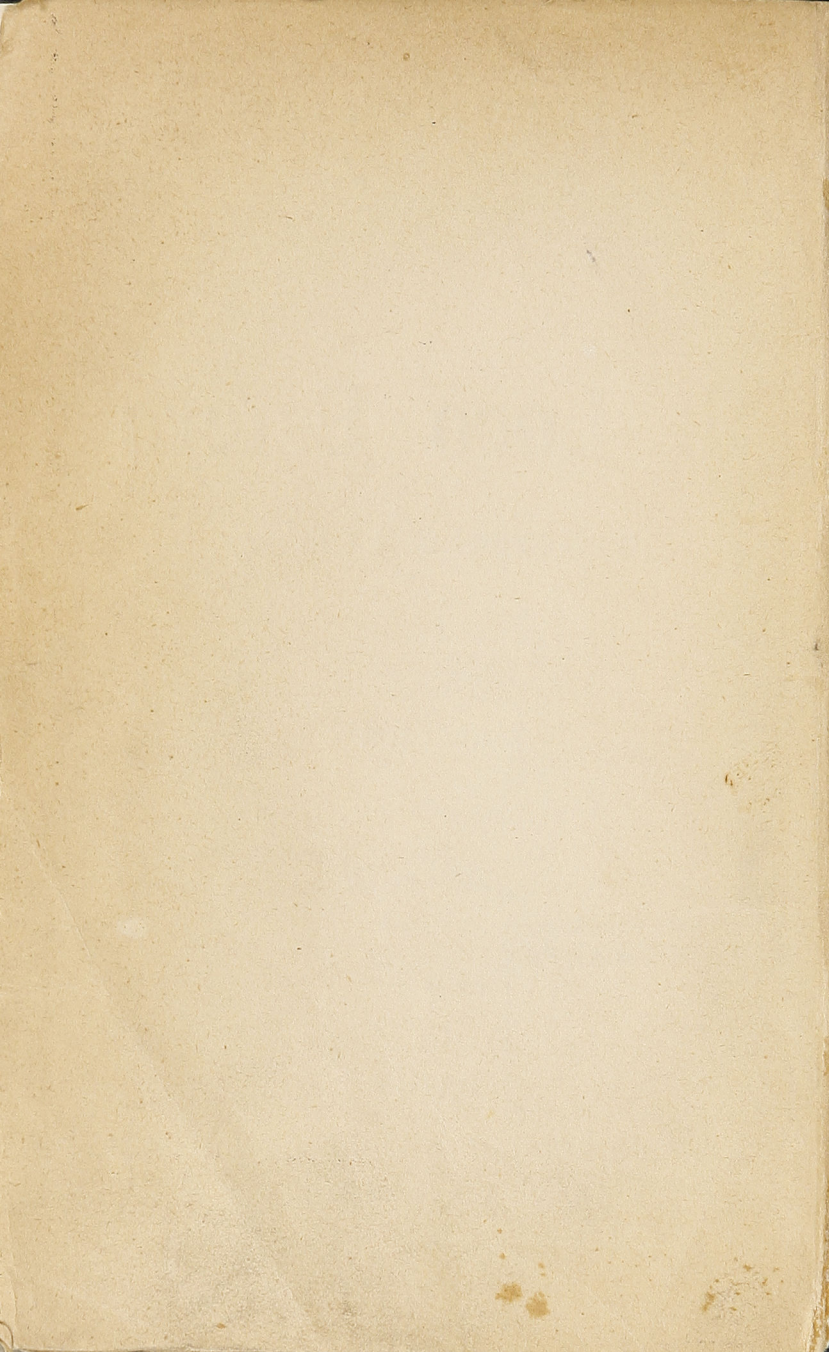
TOMO SEGUNDO



PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6





# EL LOCO ESTERO

(Recuerdos de la niñez)



## XIV

La de Cortaza, que hasta entonces había abrigado la esperanza de ver entrar al comandante Quintaverde, se decidió á empezar la cena.

— Vamos á cenar — dijo, sin dirigirse á nadie particularmente.

Los demás la siguieron. Don Agapito se quedó atrás, esperando que Emilio se quitase la espada. En seguida condujo al joven á una silla que había reservado expresamente al lado de Deidamia.

— ¡Con qué ansia esperaba este momento! — dijo el mozo á la chica en voz baja, al sentarse, tratando de que sus ojos fulgurasen, con rayos incendiarios, la impaciencia del enamorado.

— Si está tan ansioso, coma pues, para eso nos hemos sentado aquí — le sonrió con picaresco acento la muchacha.

— ¡Ay! Deidamia, no sea mala, usted sabe de qué ansia he querido hablarle, ansia de verla á usted.

— Bueno, pues, aquí me tiene — contestó ella indiferente.

Ese diálogo se perdía entre las voces de las ofertas y aceptaciones de guisos. Sinforosa no se conformaba con que el oficial no hubiese principiado por extasiarse ante el esplendor de la mesa.

— Mire, Emilio — le dijo, viendo que el mozo no se ocupaba sino de la chica, — la bucólica no andaría muy bien por allá en la campaña.

— Así es pues — contestó el oficial. Y luego queriendo manifestarse galante con las dueñas de casa, añadió, afectando decir una fineza :

— Pero aquí hay hartito con que sacar el vientre de mal año.

— Favor que usted nos hace — replicó Sinforosa fingiendo modestia, y cruzándose sobre el seno el pañuelo de espumilla, que amenazaba hacer revelaciones indiscretas.

Don Agapito entretanto, quería evitar que desmayase el interés de los circunstantes por la relación de la campaña, en la que cabía parte tan conspicua al huésped de la noche.

— Pero en la de Yungai, Emilio, ¡eso sí que fué bueno! ¡ahí sí que usiedes *hicieron sonar* á los *cholos*!

Indignada con la intervención de su marido, Sinforosa lo apostrofó de un lado á otro de la mesa :

— Déjalo comer, hijo, después hablarán de cañonazos y de fuego graneado.

Acompañó la esposa de Linares, con una franca carcajada esta frase, para indicar que en su concepto era muy graciosa y oportuna.

— Así es, *misia* Sinforosa, hay tiempo para todo, — exclamó el oficial, entre el ruido de la risa general



Don Agapito, se apresuró, picado, á replicar :

— No le haga caso, Emilio, á mi mujer; está *azareada* porque no le alaban las gelatinas y los dulces que ha hecho con la Manuelita para festejarlo á usted.

Nuevas risas, de las que sólo las de don Agapito y de su mujer eran francas y sinceras.

— Estoy seguro que ni las monjas harían tan buenas cosas — dijo el oficial, saludando á las dos señoras.

La risa de doña Manuela no tenía otro objeto que disimular el enfado con que veía transcurrir el tiempo sin que llegase el comandante.

Á su vez don Matías aparentaba tomar parte en la alegría de los otros, por calmar la punzante inquietud de que se hallaba sobrecogido desde que Emilio había dicho que Quintaverde vendría más tarde. La neurastenia le crispaba los nervios, exagerando los fantasmas de su espíritu. Su risa había sido descompasada : una mezcla de miedo de ver aparecer al hombre odiado, y de vengativa satisfacción, al mismo tiempo, de leer en el rostro de su mujer la sorda tortura que en ese instante le oprimía el corazón.

Mas Deidamia no había tomado parte en el coro de regocijo con que principiaba la cena. Una obsesión la dominaba. Díaz le había pedido que saliese al patio un momento durante la cena. El ñato le había dado pruebas tantas veces de su audacia y de su ingenio antes de que su tía Manuela le hubiese cerrado las puertas de la casa, que la chica creía firmemente que á esa hora debía estar esperándola, expuesto á que lo sorprendiesen, por encontrarse con ella unos cuantos minutos. Esa convicción era para ella una prueba de amor que la ponía orgullosa. La proposición del mozo tenía el atractivo fascinador del mis-

terio y del peligro y hacía mecerse el alma de Deidamia en pleno romanticismo. La obsesión la atraía al patio. Hipnotizada por una fuerza superior, figurábase sentir cerca de ella la respiración del joven — pensaba, — zumbándole los oídos, con estremecimientos desordenados del corazón — en el abrazo que le daría en la obscuridad, en el beso furtivo, correspondido con pasión por ella, en el ardiente juramento de amor que la enlazaría para siempre á aquel muchacho, en quien pocos días antes no veía sino un alegre compañero.

Como si obedeciese á una sugestión extraña, trató entonces de levantarse. « La conversación estaba bastante animada — se decía — para poder salir del comedor sin que nadie se fijase en ella. »

Con la resolución del fatalismo que impulsa á las acciones temerarias, pálida de emoción, trató nuevamente de levantarse. ¿Quién se podría figurar á lo que salía?

Mientras esa ráfaga de exaltación pasaba como un viento de fuego por el alma de Deidamia, el loco había entrado á tientas en el cuarto ocupado por su hermana mayor, su propio dormitorio hasta el día de su encierro. Don Julián conocía la pieza palmo á palmo. Por el tacto fué precipitadamente dándose cuenta de que sus muebles ocupaban el mismo sitio en que los había visto por última vez. Sus manos recorrieron con un respeto enternecido el marco de una imagen quiteña de la Virgen del Carmen, obra del maestro Salas, á la que había dirigido desde la niñez todas sus plegarias en las tribulaciones de su vida. Esa devoción había sido el sostén de su alma durante los largos días de su cautiverio. La imagen estaba allí. Con los dedos, suavemente aplicados sobre



la tela, pudo darse cuenta de los detalles familiares de la pintura. En la obscuridad de la estancia y en la confusión fantástica de sus ideas, aquello de encontrarse al pie de su protectora celestial, tomó en su espíritu la realidad de un milagro. Abismado de humilde gratitud, cayó de rodillas, en una reverente acción de gracias. Sentía arrullada el alma por un soplo de paz indefinible. Pero esa sensación no borró de su mente la promesa que acababa de hacer á su libertador. Apresurado, púsose de pie y salió del dormitorio. Al encontrarse á la entrada del pasadizo, las voces y las risas de los que cenaban llegaron distintamente á sus oídos. Operóse entonces una violenta conmoción en su cerebro. La atmósfera de paz que le circundó el alma durante la corta plegaria, parecióle ahora abrasada por las llamas de un voraz incendio. En su obscuro pensamiento brillaron de nuevo los resplandores del odio, que acababa de sentir milagrosamente apagado por la intercesión de la Virgen. La antigua violencia que más de dos años de sufrimiento no habían bastado á dominar, le inundó de hirviente sangre el cerebro.

Ya no pensó en la promesa hecha á Díaz ni en el riesgo de ser descubierto. Todas sus facultades parecíanle concentradas en el punto de donde salía el ruido de conversaciones y de risas. Sin percibir distintamente las voces, ese ruido se le figuró un coro de sarcasmos y de burlas en aquella fiesta, celebrada á sus expensas. Ofuscado por la cólera deslizóse del pasadizo á la sala de recibo, agachándose para no ser visto al través de la vidriera del tabique. Conservaba en su agitación el instinto cauteloso de los hombres acostumbrados á la guerra. Las luces colocadas en la mesa del centro de la pieza, le hicieron

reconocer los muebles en la misma disposición en que los había dejado. La inmovilidad de las cosas materiales le trajo de súbito al pensamiento, con la viveza que cobran las sensaciones en algunos sueños, la imagen de su existencia de otros días, cortada como por una muerte repentina, por la voluntad de su hermana.

Al pasear en torno maquinalmente la vista, en una mirada que tuvo apenas la duración de un relámpago, sus ojos divisaron la espada que el capitán Cardonel había dejado sobre una silla, antes de entrar al comedor. Instintivamente, Estero se apoderó de esa arma, y la desenvainó con el ademán marcial de sus mejores tiempos. Desdeñando ya ocultarse, incorporóse con arrogancia y se puso de pie en medio de la puerta entre la sala y el comedor.

Era precisamente el momento en que Deidamia, cediendo al hipnotismo que dominaba su voluntad, se ponía de pie, resuelta á salir al primer patio.

Antes que hubiese dado un paso, un grito agudo resonó detrás de ella, dejándola sin movimiento. El grito fué lanzado por ña Gervasia. Al entrar al comedor con una fuente, la criada había visto la primera á don Julián como siniestra aparición de los cuentos de duendes.

Entre los que cenaban, un pánico instantáneo puso lívidos todos los semblantes. Mirando al loco con espanto, nadie se atrevió á hablar. Pasado el primer momento de estupor, doña Manuela recobró en parte la serenidad de su innata energía. Sus ojos y los de su víctima no se encontraron con la chispeante fulguración de dos espadas que se chocan. Ella tuvo el valor de hablar la primera.

— ¿Cómo te encuentras tú aquí? ¿qué buscas?



La arrogante señora se había esforzado por dar á su voz una entonación de altanera superioridad.

Las facciones de don Julián se cubrieron de vivo encarnado; sus ojos tuvieron el destello sombrío de los del león que desafia á su domador y su voz resonó gutural, exasperada.

— ¡Ah! ¿qué busco? á ti malvada, te busco...

Y al mismo tiempo que pronunciaba con furia esa respuesta, lanzóse sobre su hermana y le asestó un tremendo golpe con la espada sobre la cabeza.

— Toma, toma — vociferó al dar el golpe, — eso es lo que mereces.

Doña Manuela, con un alarido de dolor y de espanto, cayó sin sentido sobre su silla, de la que se había levantado con aire de reto, pensando amedrentar á su hermano. Un reguero de sangre le inundó el cuello. En el momento fugaz del trágico incidente, ninguno de los que se sentaban á la mesa tuvo tiempo de moverse. La sorpresa y el terror los paralizaron. El instinto de la propia conservación los replegó sobre sí mismos, haciéndose pequeñitos, como el que se figura desviar de sí, encogiéndose, el rayo que debe seguir al relámpago. Don Agapito, maquinalmente, se deslizó de su silla bajo de la mesa; ña Gervasia, tras de su grito, había salido á carrera del comedor, llamando á su hijo en su protección. Los demás, el rostro exangüe de espanto, miraban paralizados al loco.

Tras del furioso golpe de filo descargado sobre doña Manuela, el loco paseó una mirada de provocación y de triunfo alrededor de la mesa.

— Si alguien se atreve á seguirme — vociferó con acento de amenaza — tendrá la misma suerte.

En el silencio pavoroso, la voz resonó fatídica y

destemplada : una voz de hombre inconsciente, llegado al paroxismo de furiosa excitación, sin que nadie se atreviera todavía á moverse. Don Julián salió de la sala, provocador; atravesó el patio con precipitada marcha y llegó á caer en los brazos de Carlos Díaz, como si las fuerzas le faltasen.

— Sujéteme, amigo, ¡las piernas me flaquean! ¡tanto tiempo sin andar! ¡qué quiere!

El ñato sacó un pequeño frasco del bolsillo y quitándole la tapa, puso el gollete en los labios de don Julián :

— Eche un trago de anisado, don Julián, eso le dará fuerza.

En sus meditaciones sobre la fuga que preparaba, Díaz había previsto que su protegido tendría probablemente necesidad de un cordial, para estimular su vigor debilitado por su larga inmovilidad y por la falta de aire libre.

Mientras bebía don Julián, el ñato vió en su mano el arma con que acababa de herir á doña Manuela.

— ¿Y esa espada?

— Estero, repuesto ya por el aguardiente.

— Es la del oficial, después le contaré; vamos andando — contestó entre dientes.

Figurábasele que los del comedor, recobrando el ánimo que les había faltado, iban á salir al patio; Díaz, no menos impaciente, pasó su brazo bajo el brazo de don Julián.

— Eso es, vamos, andando; afirmese bien en mí; pero deje esa espada, don Julián, eso es un estorbo y si alguien nos encuentra en la calle creará que andamos armados y que somos gente sospechosa.

— ¿Y si nos persiguen? ¿con qué quiere que nos defendamos?



— Con los puños, y así no haremos averías, mientras que con la espada podríamos herir á alguien.

Y azorado repuso :

— Ligero, ligero, paso redoblado antes que vengan á tomarnos.

Al hablar así el ñato arrastraba á don Julián fuera de la casa.

La trágica escena del comedor no había durado más de algunos minutos. Instantáneamente, á la salida del loco, todos parecieron despertar del estupor con que el pánico los había anonadado y se precipitaron en auxilio de doña Manuela.

Un movimiento de confuso desorden reinó durante un corto rato en la pieza. Hubo lucha de solicitud anhelosa en torno de la señora herida. Cada uno rivalizaba con los demás en manifestaciones de diligente interés, por hacer olvidar á los otros la cobarde inacción en que todos habían quedado, ante la actitud amenazadora de don Julián Estero.

El capitán Cardonel, don Agapito y Cortaza, transportaron á la señora al dormitorio. Sinforosa los presidía, llevando una luz. Deidamia, perdida en un mundo de reflexiones, siguió tras ellos. Á ese tiempo entraba al comedor ña Gervasia, conduciendo á su hijo Alejandro de la mano. La criada lo traía de refuerzo, figurándose al ir á buscarlo, que iba á trabarse una tremenda lucha con el loco. Al encontrarse con el comedor desierto, el soldado se apoderó de una botella y empezó á beber á grandes tragos.

— ¿No ve, madre? todos se han ido, nadie me necesita.

Decía esto defendiendo la botella, que ña Gervasia trataba de arrebatarle. Menos fuerte que el borracho, pronto abandonó su intento la mujer y lo dejó dueño

del campo, corriendo en busca de los que acababan de salir del comedor.

Los tres hombres y Sinforosa, discutían sobre los remedios que convendría aplicar á doña Manuela, aún desmayada. Cada uno recomendaba algún tratamiento especial de cierto remedio casero, y como tal, infalible, para estancar la sangre y hacer volver á la señora del *insulto*. Ña Gervasia, al oírlos, salió corriendo de la pieza y volvió un instante después, trayendo algo en la mano que trató de aplicar á la herida.

— ¿Que es eso, Gervasia? — le preguntaron.

— Tela de araña, pues, ¿qué ha de ser? no hay mejor remedio.

— Yo lo estaba diciendo — pretendió don Agapito.

Con una entereza que le envidiaba su madre, Deidamia trajo agua tibia y se puso á limpiar la herida antes que ña Gervasia aplicase la telaraña.

Don Agapito y el oficial, mientras tanto, comentaban el suceso del comedor, tratando cada uno de justificarse.

— Yo no me fuí sobre el loco, decía Cardonel, por no exasperarlo, sin ocurrírseme que iba á dar un sablazo á la señora.

— Yo quise pasar por debajo de la mesa para agarrarle las piernas y botarlo al suelo. Era lo mejor, ¿no ven? — explicaba don Agapito, porque habría sido una tontería tratar de quitarle la espada.

Dejándolos en sus explicaciones, don Matías salió de la pieza y corrió al zaguán. La turbación que le causaba la escena del comedor, no le había hecho olvidar la llave del calabozo. No se le ocultaba que si esa llave fuera encontrada en la cerradura, cuando



vuelos de su estupor los testigos de aquella escena, se echasen á buscar cómo podía el loco haber salido de su prisión, la sospecha de que alguien de adentro de la casa había cooperado á la fuga, vendría naturalmente al espíritu de todos. Temblaba Cortaza reflexionando de este modo, ante la posibilidad de que las sospechas recayesen sobre él. Buscando á tientas, tuvo un gran alivio al encontrar que la llave estaba en la cerradura. Felizmente para él, ni Díaz ni el loco habían pensado en llevársela. Cortaza se apoderó de ella y volvió al dormitorio de su mujer, donde con gran disimulo pudo dejarla en el mismo cajón de que la había sacado aquella misma tarde.

Tranquilizado sobre un punto tan importante, don Matías, mientras los otros disertaban, empezó á pasearse por la sala con ademanes nerviosos y vagos á los que sin duda atribuía algún sentido cabalístico. En su lógica de cristiano supersticioso, « el golpe del loco, á no dudarlo, era un castigo de Dios ». Y una lucha de conciencia se había trabado en él, al mirar de soslayo á su mujer desmayada. No acertaba á realizar si, en presencia de ese castigo, era una manifestación de vengativa alegría la extraña sensación que lo agitaba, ó era un sentimiento de conmiseración por la víctima postrada allí, con **la** inmovilidad de la muerte,

De esas reflexiones lo sacó la voz de Deidamia.

— Pero tío, ¿en qué está pensando que no va á llamar un médico?

— Pero ¿á qué médico, hijita? dime tú.

En su turbación no tenía voluntad ni discernimiento.

La entereza que manifestaba su sobrina en aquel

estado de perplejidad general, le pareció una fuerza á la que debía someterse.

Deidamia contestó con viveza, sin suspender los cuidados que prodigaba á la herida :

— ¿Qué médico? Don Carlos Buston, pues : lo que aquí se necesita es un cirujano.

— La niña tiene razón — dijo sollozando su madre.  
— Á nadie se le ocurría llamar médico.

— Yo esperaba ver si la herida es grave — se interpuso don Agapito — porque si no es grave, para qué gastar en médico.

Deidamia no quiso argumentar con su padre. El caso le parecía urgente ; el prolongado desmayo de la señora la inquietaba.

— Apúrese, tío — dijo con vehemencia á Cortaza.

Don Matías salió en busca de su sombrero y volvió al instante.

— ¿Y si don Buston está durmiendo? — preguntó, sin dirigirse á nadie particularmente.

— Si está durmiendo, lo hace levantarse, — contestó Deidamia con autoridad.

En aquella crítica emergencia, la chica asumía el carácter de superioridad, que las situaciones difíciles hacen revelarse en las organizaciones bien templadas. Hubiérase dicho que por mutuo consentimiento, los demás habían conferido á la joven la dirección superior que reclamaban las circunstancias.

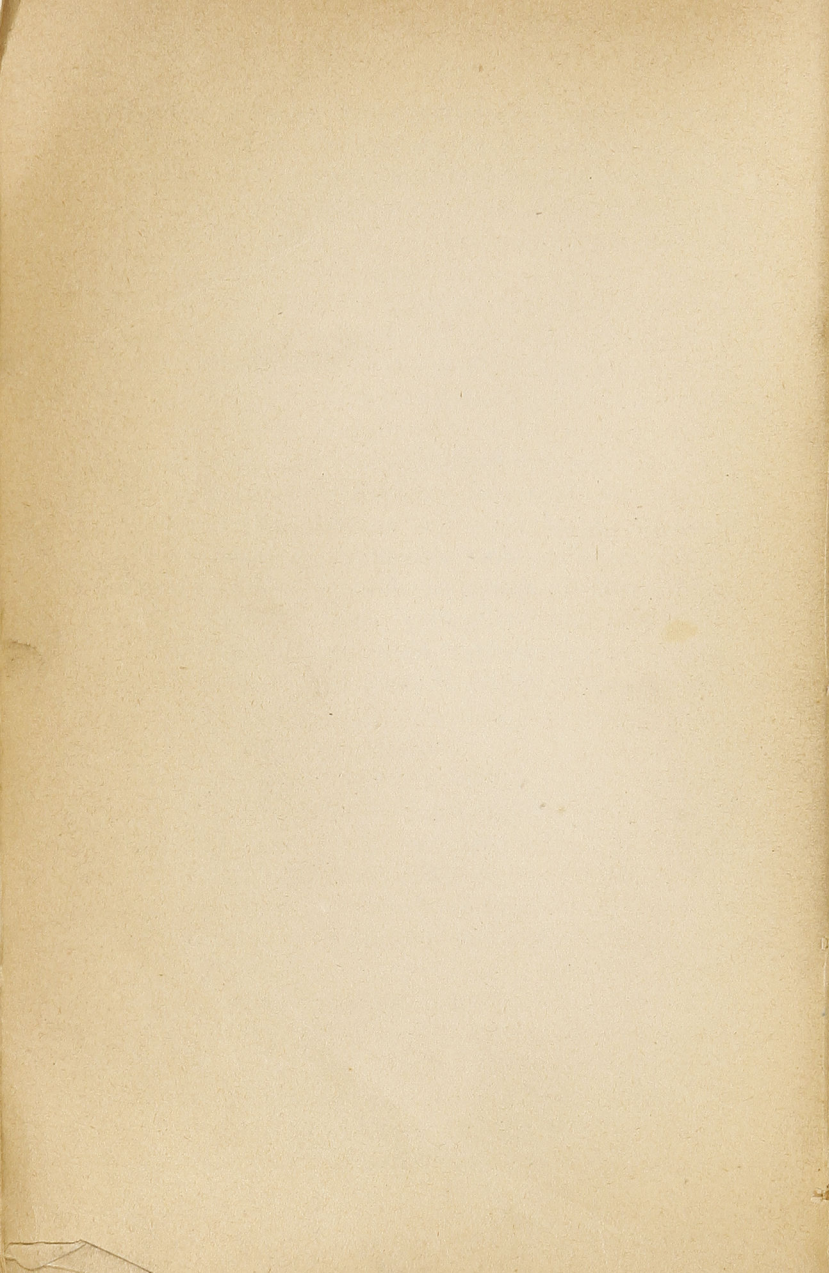
Don Matías, mientras tanto, había salido de la pieza dirigiéndose á la puerta de calle.

La gran turbación que los incidentes de la noche habían producido en su cerebro, no le impedía, sin embargo, seguir con paso seguro su camino y entregarse á las reflexiones que su situación, en aquel drama de familia, le inspiraba. Acusábalo su con-



ciencia de haber cooperado á la catástrofe que en esos momentos ponía en peligro la existencia de su mujer. « Cooperación involuntaria » — le decía la casuística pusilanimidad de su neurastenia, pero que podría envolverlo en un juicio criminal bajo la acusación de haber concertado con el loco, el asesinato de doña Manuela. Pero tras de esto, acudíale una reflexión consoladora : la llave del cuarto del zaguán sería encontrada en el cajón donde la había vuelto á guardar, y á menos de una traición del ñato, nadie podría suponer la verdad de lo acontecido.

Desechado ese temor, una nueva ráfaga de inquietud se levantaba en la noche de sus tormentos. La violenta preocupación que le causaba la posibilidad inmediata de la muerte de su mujer, lo ponía frente á frente de un angustioso problema : no acertaba á decidir si debía afligirse ó alegrarse de la trágica aventura, mientras que hacía esfuerzos por apartar la temerosa hipótesis de su mente.





## XV

Llegado á la casa del cirujano, Cortaza tuvo que golpear varias veces á la puerta. Un criado soñoliente lo hizo entrar en el patio. En un rincón, un caballo ensillado pero sin freno, comía tranquilamente con ese aire resignado de las bestias acostumbradas á las fatigas de un servicio invariable. Introducido después cerca del cirujano, don Matías explicó el caso sin entrar en pormenores : una herida en la cabeza ; la señora no había vuelto en sí ; el caso era muy urgente.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! una herida — exclamó Buston — voy al instante, *eso me conoce* — añadió traduciendo así la locución francesa : *cela me connaît*.

Al mismo tiempo que decía esto, se sacó la larga bata en que estaba envuelto, reemplazándola por una levita no menos larga.

Don Matías repitió bien las señas de la casa de la paciente y se retiró con la promesa del doctor de que lo seguiría de cerca.

Durante aquel tiempo, en la casa, don Agapito, Sinforosa y el oficial, comentaban la grave ocurrencia, tratando de explicarse, cómo había podido el

loco salir de su prisión. Era indudable que para romper el grillete que lo mantenía sujeto al pilar del centro de la pieza y abrir la puerta, debía don Julián haber sido auxiliado por una persona de afuera. Era también seguro que para llegar á ese resultado, el loco y su cómplice habrían debido emplear muchos días.

— Á mí se me pone — sugirió maliciosamente don Agapito, que el ñato ha metido la mano en esta picardía.

— No será mucho, el ñato es la *pierna de Judas*, — dijo Sinforosa.

Sentada á la cabecera de la paciente, Deidamia la observaba con solicitud, pero sin dejar de oír la conversación de sus padres con el oficial.

— No hablen tan fuerte, — les dijo con impaciencia, al oír la sospecha que emitían sobre Carlos Díaz.

Don Agapito se acercó de puntillas al oficial : — Vamos al zaguán — le murmuró al oído. — Ahí veremos cómo abrieron el calabozo.

— Eso es, vayan los dos — dijo Sinforosa.

Cuando se ponían en movimiento, un ademán de Deidamia para que no hicieran ruido los detuvo. Doña Manuela abrió lentamente los ojos. Sinforosa y su marido fueron á colocarse á los pies de la cama, poniendo semblante de circunstancias. Deidamia, á la cabecera, con una mano de la señora entre las suyas, la observaba.

En ese instante, ña Gervasia tuvo que salir del cuarto para hacer callar á su hijo. Después de beber una segunda botella de vino en el comedor, Alejandro se había puesto á cantar con desentonada voz la canción de Yungai.



En la pieza pasó un largo rato de silencio; todos, inmóviles, miraban á la paciente. La estancia había tomado el aspecto lúgubre de las habitaciones donde hay enfermos de gravedad. Cuchicheos de palabras pronunciadas en secreto, movimientos de tímida precaución, vaga resonancia de los ruidos del exterior y la respiración afanosa del ser humano, segregado de los demás por el sufrimiento, en torno del cual parece como que se cernieran aves de mal agüero, las oscuras incertidumbres que amenazan la fragilidad de la existencia. El silencio fué interrumpido por recios golpes dados á la puerta de calle.

— Yo voy á abrir, — dijo Emilio Cardonel — antes que los otros se moviesen. El oficial estaba inquieto por la suerte de su espada y quería ir á buscarla.

— Yo voy con usted, — dijole en voz baja don Agapito, y ambos salieron de la pieza procurando no hacer ruido.

Llegados á la puerta de calle, Linares hizo la pregunta consagrada :

— ¿Quién es?

De afuera respondió una voz :

— Soy yo, Quintaverde, ¿puedo entrar?

— Mi tío, dijo Emilio, torciendo la llave.

Tras de la puerta, don Agapito y el oficial vieron delante de ellos un hombre á caballo.

El comandante de policía echó pie á tierra y pasó las riendas de su montura al que lo acompañaba.

— Espere aquí afuera, asistente — le dijo.

— ¡Ay! comandante, ¿sabe lo que nos pasa? — exclamó don Agapito.

— ¿Qué cosa?

— Una verdadera desgracia, — dijo el mozo Cardonel.

— Dispense que no lo hagamos entrar todavía, es mejor que le contemos aquí — repuso don Agapito.

Y con frases cortadas, completando el uno lo que el otro dejaba de decir, le refirieron el sangriento incidente del comedor.

— ¿Y tú no le quitaste tu espada? — preguntó Quintaverde, con aire de pasmo á su sobrino.

— ¡Cómo, pues! si el loco no dió tiempo para nada.

— Yo me quise ir á quitársela por debajo de la mesa, pero el loco arrancó á correr después de dar el sablazo.

Don Agapito había quedado con la manía de dar esta singular explicación de su ingenioso heroísmo, cada vez que se hacía alusión á la escena del comedor. Luego, añadió, sin dar tiempo á Quintaverde, de discutir :

— Ahora voy á llevarlo, comandante, á ver á la pobre Mañunga.

Ña Gervasia apareció en el patio con una luz, suponiendo que fuese el cirujano quien había golpeado á la puerta de calle. Sinforosa envió á la criada para que le mostrase el camino.

Emilio Cordonel dejó á don Agapito que guiase al comandante y se puso á buscar su espada que no tardó en encontrar. Cuando el joven y la sirviente se dirigían del patio á las habitaciones, nuevos golpes se oyeron en la puerta. Ña Gervasia se apresuró á abrir y el cirujano Buston entró al patio en su caballo. Sin cuidarse de guardar silencio, el comunicativo doctor se apeó, pidiendo noticias de la persona herida. Antes que la criada pudiese contestarle entró con el oficial, que lo condujo al cuarto de la enferma. En ese mismo instante, ña Gervasia tuvo que volver



á la puerta de calle á la que golpeaban nuevamente.

Esta vez era don Matías Cortaza. Aludiendo á los dos caballos que guardaba en la calle el asistente de Quintaverde, Cortaza preguntó :

— ¡ Qué ! ¿ llegó ya don Buston ?

Suponía que el médico se hubiese hecho acompañar de un sirviente.

Sin darse cuenta de este error ña Gervasia le contestó :

— Si *su mercé*, ya llegó y ahora está en el cuarto de la señorita.

Pero al pasar el zaguán viendo el caballo del que acababa de bajarse el doctor, don Matias preguntó, sorprendido :

— ¿ Y esos dos caballos que hay ahí fuera ?

— Son de otro caballero que llegó un poquito antes que el médico.

— ¡ Ah ! dijo Cortaza deteniéndose.

Un presentimiento atroz le había oprimido el corazón.

— ¿ Qué caballero ? — interrogó con inquietud.

— Yo no lo conozco, *su mercé*, yo creo que es el tío de don Emilio.

Si hubiese habido por ahí una silla, Cortaza se habría dejado caer sobre ella. Sintió que el suelo se hundía bajo sus pies y un temblor de las rodillas le impedía andar.

— ¡ Ah ! — volvió á exclamar, ó más bien á suspirar.

« Todo se acumulaba para anonadarlo. El malvado ñato, después de envolverlo en su endiablada trama, no había cumplido su promesa, de impedir que el comandante Quintaverde acudiese á la invitación de doña Manuela. Su mortal enemigo estaba ahí, en

el cuarto de su mujer, compadeciéndola, consolándola, sin duda, con su presencia. » Bajo el peso de estas reflexiones abrumadoras, sin saber qué actitud le cumplía tomar en tan inesperada sorpresa, don Matias, en vez de dirigirse al cuarto de la paciente, se encaminó, con pasos de hombre medio ebrio, á la sala de recibo.

Siguió tras él ña Gervasia y entró al comedor, donde se puso á despertar á su hijo, profundamente dormido sobre una silla.

— Despierta, hijito, levántate y anda á cuidar al caballo del doctor que está en el patio metiendo ruido y escarbando las piedras.

El borracho se levantó estirando los brazos. Su madre lo condujo al patio, pasando por la sala donde Cortaza, abismado de dolorosas incertidumbres, fijaba la vista delante de sí, con la mirada vacía de un idiota.

La criada y su hijo se cruzaron en el pasadizo con don Agapito seguido de Quintaverde y de Cardonel. Ña Gervasia y Alejandro continuaron hacia el patio. Los tres últimos entraron á la sala.

Cortaza, creyéndose el juguete de una extraña alucinación, se puso de pie como galvanizado. Parecióle que la cabeza del comandante casi tocaba al techo.

— ¡Ah! concuñado, ¿usted estaba aquí? Yo creía que no había vuelto.

Don Agapito se figuró que bastaba esta exclamación, para que Cortaza y Quintaverde se considerasen como presentados. Así lo estimó también, sin duda el comandante de policía, porque se apresuró á manifestarse compasivo.

— ¡Cuánto siento esta desgracia, señor don Matias! Es de esperar en Dios que no será grave.



Cortaza tuvo el gesto angustiado del que está en el momento de tragar alguna droga nauseabunda; encogióse de hombros, sin articular una palabra.

¿Era acaso protesta de su muda indignación, al oír la voz del hombre odiado, ó una manera de mostrarlo quebrantada que se hallaba su fe en la justicia divina? Imposible habría sido adivinarlo.

El capitán Cardonel llegó entonces y tomó parte en la conversación.

— La herida no puede ser muy profunda, porque la espada apenas tenía filo.

Cortaza volvió á encogerse de hombros y bajó la cabeza. Era visible que habría preferido que lo dejaran solo.

Don Agapito, encontrando una nueva oportunidad de explicar su maniobra de debajo de la mesa, preguntó al joven:

— ¿Y encontró su espada, Emilio?

— Sí señor.

— El malvado loco no se atrevió á llevársela — repuso Linares. — Si él no hubiese andado tan ligero, yo lo habría pescado de las piernas, ¿no ve? No había otra cosa que hacer, que irsele por debajo de la mesa.

— No comprendo cómo pudo el loco salir de su encierro — dijo Quintaverde, mirando á Cortaza, para manifestarle interés en la desgracia ocurrida á su mujer.

Nada contestó don Matías. Un sordo clamor de protesta empezaba á levantarse en su pecho. « ¿Por qué se permitía dirigirle la palabra ese militar sin vergüenza? » Pero no se atrevió á continuar con la vista clavada en el suelo y sólo contestó á la reflexión del comandante, con una mirada en la que parecía suplicarle que lo dejase en paz.

Don Agapito creyó que no debía quedar Quintaverde sin respuesta.

— Lo habrán ayudado de afuera, ¿no ve? Yo estoy seguro que lo han ayudado de afuera — añadió con aire de afirmación.

Mientras que así hablaba don Agapito, Deidamia entró en la sala. Todas las miradas se dirigieron sobre ella.

¿Qué dice el médico, señorita? — preguntó con interés el comandante.

— No ha dicho nada de la herida; la está curando y pide le den género para hacer vendas.

Deidamia notó la mirada interrogativa que desde su entrada, fijaba en ella Cortaza, y agregó :

— ¿Sabe tío dónde está la llave del baúl con sábanas?

— Yo, hijita, ¿qué voy á saber! Pregúntale á tu madre — dijo Cortaza, mortificado de que lo obligasen á hablar. La chica buscó sobre la mesa, debajo de los candeleros, en los rincones. Cualquiera hubiese dicho que trataba de ganar tiempo en ese trajín.

Volvió entonces á su insistencia don Agapito :

— Es seguro, comandante, que lo han ayudado de afuera.

— Así parece — apoyó el joven Cardonel.

Alentado por esta opinión, Linares agregó :

— ¿Y quiere que le diga más, comandante? yo estoy casi seguro que el que ha hecho la diablura es el ñato Díaz.

Deidamia no siguió buscando. Resueltamente volvióse hacia los que hablaban. En su mirada y su actitud notábase un intenso interés.

Su presencia en la sala no era un hecho fortuito.



Mientras la joven prodigaba sus cuidados á doña Manuela, su mente se había lanzado á reflexionar. « La cita de Díaz para que fuéase á encontrarlo al patio, era una prueba segura de que el mozo pensaba penetrar á la casa á la hora de la cena. Las palabras de su padre, designando al ñato como el autor de las ocurrencias de la noche, fueron como el eco de aquella reflexión. « ¿Qué parte cabía al ñato en el atentado de don Julián? » El corazón de la chica se indignaba ante la suposición de su padre. « Carlos podía haber contribuido á la fuga del loco, pensaba ella; pero era inocente de toda participación en el crimen. » « De eso se sentía segura. Su razón y su corazón se lo decían. » Era imposible que ese muchacho, lleno de entusiasmos generosos, valiente hasta la temeridad desde su infancia, hubiera admitido, ni por el más ligero instante, la idea de un ataque alevoso como el que ahora ponía en peligro la existencia de doña Manuela. Entretanto, continuaba la chica, era seguro que su padre seguiría acusando al ñato — con la tenacidad que mostraba en todas sus ideas. »

Esta suposición la puso cautelosa.

Al ver salir del dormitorio á don Agapito con el comandante y su sobrino, para dejar la pieza libre, al cirujano, la chica quedó persuadida de que su padre no dejaría de repetir su acusación, al comentar el incidente con los dos militares, y decidió no dejar pasar mucho tiempo sin ir á la sala para oír lo que ahí se decía. Lo del género para vendas fué un pretexto para llevar adelante su propósito.

Mientras tanto, Quintaverde con la conciencia de la extraña posición en que se veía, se empeñaba en mostrar deferencia á su víctima. Fuese escrúpulo de conciencia, fuese deseo natural de manifestar consi-

deración al infeliz marido, el comandante creyó poder sacar á don Matías de su estudiado silencio, sometiendo á su criterio la suposición expresada por don Agapito.

— ¿Qué le parece á usted, señor? ¿Cree usted que el joven Díaz haya contruibuido á la fuga del loco?

Fué la pregunta como la descarga de una pila eléctrica en los nervios del interpelado. Cortaza miró al comandante con indefinible expresión de angustia y de odio al mismo tiempo. En los cortos instantes que tardó en responder, una tempestad de indignación lo agitaba con sordo rugido de furor impotente.

— ¿Qué sé yo, señor? ¿Cómo puedo adivinar?

Le ofuscaba el despalnte del jefe de policía. «¿Por qué se arrogaba la facultad de someterlo á un interrogatorio?»

De repente sintió la fría desazón de la inquietud, pensando que Quintaverde sospechaba tal vez la participación que él había tenido en la audaz empresa del ñato. Ante ese temor se encerró en obstinado silencio.

Don Agapito repitió con tenacidad su afirmación.

— No le quepa duda, comandante; nadie sino el diablo del ñato habría podido encontrar el modo de abrir la puerta al loco.

Y como si al hablar le hubiera ocurrido una idea luminosa:

— Aguárdense un minuto, voy á ver si la llave del zaguán está en el cuarto de la Mañunga.

Salió casi á carrera al decir esto, dejando á sus oyentes sorprendidos de esa súbita desaparición. Don Matías tuvo la grata sensación del delincuente que ve desvanecida una prueba acusadora. — «¡Buena la escapada!» — se decía, aplaudiéndose de su previsión de haber restituido la llave en su lugar.



Don Agapito volvió desconcertado :

— La llave está ahí, donde la guarda la Mañunga. Porfiado en su convicción, agregó sin embargo :

— No importa, comandante, yo no me desdigo; el ñato es el que ha hecho la diablura. Todos lo hemos visto muchas veces, desde hace tiempo, hablar con el loco por la ventana. ¿Quién puede asegurar que no había cohechado á alguno de los hombres del cuartel de enfrente que venían á darle la comida al loco.

— Bien puede ser así — dijo Quintaverde reflexivo. Era el hombre de policía y no el visitante el que así hablaba.

Pero deseoso todavía de asociar á Cortaza á la conversación, repuso :

— ¿No le parece, señor don Matias?

— Quien sabe, pues — contestó éste. Al verse interrogado por segunda vez, Cortaza sintió aumentar su terror de que se le sospechase como cómplice de Díaz.

Don Agapito se apresuró á reforzar su argumentación.

— ¿Cuánto quieren apostar que á la hora de esta, el ñato ha ido á esconderse con don Julián, quién sabe dónde?

— ¿Usted cree que lo habrá llevado á su casa? — preguntó Emilio Cardonel.

— Casi seguro pues, hombre.

Oyóse á la sazón un gran ruido de herraduras de caballo, al mismo tiempo que resonaban mal articuladas voces capaces de poner en alarma toda la casa.

El comandante y don Agapito salieron de carrera al patio. Ahí encontraron á ña Gervasia desesperada de no poder conseguir que Alejandro se bajase del caballo del doctor. En la más completa embriaguez,

el hijo de la sirvienta se figuraba hallarse al mando de una tropa en campaña.

— ¡Á la carga, muchachos, y sablear duro! ¡no me dejen cholo con cabeza!

Vociferando así revolvía el caballo. Con el estímulo de ese furor bélico, la montura del cirujano lanzaba sus patas de atrás en el aire á cada zurriagazo amenazando voltear el jinete de la silla.

Al ruido se unían las desesperadas voces de ña Gervasia :

— Bájate, Alejandro, bájate, maldito y cállate la boca.

Pero Alejandro sólo veía á sus soldados sableando cholos, en un ciego furor de exterminio y continuaba alentándolos en la refriega.

De la casa grande las puertas sobre el patio se habían abierto también á poco de empezar el ruido de aquella escena. Don Guillén, doña María, los dos chicuelos y algunos sirvientes, acudían á ver lo que pasaba, sin acertar á explicarse tan singular ocurrencia.

El comandante Quintaverde se lanzó hacia el caballo, del que arrebató las riendas al borracho, asiendo al mismo tiempo á éste de un brazo. Don Agapito y Cardonel se presentaron á ayudarlo y entre los tres dieron en tierra con el encarnizado guerrero. Llevado á mojicones por la madre, Alejandro seguía dando voces mezcladas con trozos destemplados de la canción de Yungai.

Después de las explicaciones dadas por don Agapito á la familia de la casa grande, el silencio del patio quedó restablecido. Don Guillén y los suyos entraron á sus habitaciones. Los demás volvieron al



comedor á esperar que el cirujano hubiese terminado su visita.

Mientras pasaba la escena del patio, Deidamia, sin alarmarse por las voces descompasadas del soldado ebrio, volvía al cuarto de doña Manuela meditando sobre la situación. Mucho le preocupaba que el joven Cardonel y su tío el comandante hubiesen convenido en salir juntos en busca de Carlos Díaz. Pensaba que si las sospechas de su padre sobre la participación de Díaz en la fuga del loco eran fundadas, se hacía urgente advertir al ñato sin tardanza, á fin de que pudiera ponerse en salvo antes de la llegada de los que iban á perseguirlo.

Su pensamiento buscó entonces con profundo ahinco la manera de llevar á cabo esa idea. Á esas horas de la noche la dificultad de encontrar un emisario que llevase el aviso al joven, era punto menos que insuperable. No podía valerse del soldado que roncaba ya su ebriedad donde había ido á acostarlo su madre. Y fuera de Alejandro, no veía nadie de quien pudiera valerse.

En esos momentos el doctor terminaba la receta para una medicina, que debía usarse temprano al día siguiente. Mientras su madre recibía las instrucciones del doctor para los cuidados de la noche, una inspiración luminosa hirió el pensamiento en tortura de la muchacha. Dirigiéndose á Bustón le preguntó :

— ¿No le parece, señor, que convendrá mandar la receta ahora mismo á la botica ?

— ¡ Oh, ciertamente !

— ¿ Y á qué botica ? — preguntó Sinforosa.

— Á la de Bustillos, es la que está más cerca.

Deidamia tomó el papel.

— Voy á mandarla — dijo saliendo aprisa de la estancia.

— Esa *joven niña* tiene el aire muy inteligente — observó el doctor francés; — ¿es hija de usted?

— Si, señor; hija mía — respondió ella suspirando.

— ¡Oh! no hay que afligirse por la enferma, mañana veremos cómo sigue — dijo el doctor.

Entró entonces en una disertación sobre el caso : no había fiebre todavía y era imposible, antes de algunas horas, pronunciarse acerca de lo que podría sobrevenir. Repitió en seguida las instrucciones, que dejaba en parte escritas, insistiendo sobre algunos puntos, señalando los síntomas que podrían pronunciarse y á los cuales era necesario atender con extremada vigilancia.

Deidamia, por su parte, al salir del dormitorio corrió en busca de ña Gervasia. Á duras penas había conseguido la criada acostar á su hijo. Al entrar la joven á la pieza, el borracho dormía profundamente. La joven habló con precipitación, como si á su juicio no hubiese un minuto que perder.

« Era preciso que ña Gervasia se pusiera su rebozo y fuese de carrera á la botica de Bustillos á traer lo que indicaba la receta de don Carlos Bustón. »

— Pero, señorita, ¡á estas horas! — exclamó la criada — ¿por qué no va su papá.

— Papá á ido á acostarse, y mi tío Cortaza se ha encerrado en su cuarto — respondió agitada Deidamia. — El médico dice que hay que ir esta noche á buscar el remedio — repuso con acento de insistencia.

Na Gervasia no podía decidirse :

— Sola por la calle, me da miedo, pues, señorita.



— ¿Quieres ir conmigo? yo no tengo miedo.

La dificultad aumentaba en el espíritu de la chica el peligro que corría el ñato de ser aprehendido; y proponía este arbitrio extremo para vencer la resistencia de la criada.

— ¡Cómo habría de ir su mercé, señorita!

— Pero hay que ir, hay que ir — exclamó Deidamia exasperada de ver pasar el tiempo.

— ¿Cómo hacer, señorita? ¡vean qué trabajo, señor! — reflexionaba ña Gervasia, rascándose pensativa la cabeza.

— Tienes que ir, Gervasia, no hay remedio; voy á buscar la plata para pagar en la botica.

— ¡Ave María, Señor! ¿Cómo, pues? yo no me animo.

La sirvienta se dijo esta frase á sí misma mientras Deidamia, después de estar un instante fuera de la pieza, volvía apresurada. Una nueva idea le había ocurrido para vencer la resistencia de ña Gervasia.

— Mira, aquí tienes plata para la botica y cuatro reales más. ¿Sabes lo que vas á hacer? Anda donde el sereno que siempre se pone á dormir en la puerta de la calle y le ofreces pagarle estos cuatro reales por que te acompañe, yo voy contigo hasta la puerta.

La sirvienta se decidió á obedecer:

— Bueno, pues, su merced, si me acompaña el sereno, iré, pero sola no me animaría por nada.

Al salir al patio, Deidamia habló á ña Gervasia de lo que hasta entonces no se había atrevido á mencionar.

— No tengas cuidado, si el sereno no te acompaña, yo iré contigo.

Pero de *pasadita*, tienes que ir primero á casa de los Lizardes á dejarles este papelito. Si están dur-

*Gervasia*

miendo, golpeas fuerte á la puerta. Como es probable que sea Carlos Díaz el que te abra, le das el papel, le dices que es de mi parte y que no deje de hacer lo que le escribo. Si te abren sus tías, se lo das á ellas, recomendándoles que se lo entreguen inmediatamente á Carlos y que le digan que no pierda tiempo, que yo sé que van á ir á tomarlo preso.

La criada oía atenta. La visible agitación de la chica le comunicaba su contagiosa inquietud. En la viva reyerta, entre doña Manuela y el ñato Díaz, ña Gervasia estaba por el segundo, por el muchacho risueño y generoso que le hablaba con cariño y con frecuencia le traía regalitos.

— Entonces, señorita, si me acompaña el sereno, me voy *derechito* á llevar la carta.

— Mientras atravesaba el patio, se puso expansiva :

— ¿Sabe qué más, señorita? Por don Carlito, hasta sola soy capaz de ir á llevar la carta.

Felizmente para la impaciencia de Deidamia, el sereno se encontraba instalado en la puerta de calle. Cuando la chica y la sirvienta la abrieron, el hombre, medio dormido, creyó conveniente manifestar su celo en el cumplimiento de su deber, gritando con prolongadas sílabas la fórmula de ordenanza :

— ¡*Aaaave* María Purísima, las once han *dao* y sereno !

La negociación entre las dos mujeres y el guardián nocturno se llevó á cabo en pocas palabras. Los cuatro reales tuvieron el persuasivo efecto que Deidamia les había atribuido.


— Anda ligero, Gervasia, ya estás de vuelta. Yo te voy á esperar.



Ufana con el éxito de su idea, la muchacha entró á la casa después de ver alejarse á su mensajera.

Al atravesar el patio para ir al cuarto de la enferma, vió por la ventana á su padre, sentado á la mesa con los dos militares, en animada conversación.

« Cuando salgan — pensó con un vuelco de alegría en el corazón — ya Carlos se habrá puesto en salvo y no podrán encontrarlo. »







## XVI

*anf*

Los primeros momentos de marcha fueron angustiosos para los dos fugitivos. Era de gran importancia atravesar la ancha calle, casi al frente del antiguo cuartel de artillería, á fin de poder caminar á la sombra de las casas y ocultarse en algún rincón de puerta, si los de la casa chica saliesen á perseguirlos. Por desgracia, todo esfuerzo para andar ligero era infructuoso. La fuerte anquilosis que los años de reclusión habían dado á las piernas de don Julián, los obligaban á marchar con suma lentitud. Á la elasticidad galvánica que las primeras emociones habían prestado al prisionero, sucedía el enfriamiento de las articulaciones y la consiguiente dificultad en el funcionamiento de las rodillas. Al principio de la marcha Díaz se daba cuenta de los esfuerzos de su compañero para seguirlo, por el peso que éste hacía gravitar sobre su brazo.

— ¿Y dónde me lleva, amigo? preguntó Estero, cuando hubieron llegado á la acera opuesta de la calle.

Díaz se detuvo para dejarlo descansar y le comunicó su propósito :

« Lo conduciría primeramente á casa de sus tías, con las que él habitaba, no lejos de allí, poco más abajo del Óvalo de la Alameda. Él tenía una llave del postigo de la puerta de calle, de suerte que podrían entrar sin ser sentidos. Díaz había preparado un traje por el que don Julián cambiaría el pantalón y la chaqueta raídos y sucios que llevaba. Pero no debía permanecer allí sino el tiempo indispensable, y salir sin tardanza de la casa para dirigirse á otra, donde el ñato esperaba poder encontrar un asilo siquiera por un día ó dos, para su protegido. »

— Ahora, vamos andando, después le diré de quién es la casa donde voy á llevarlo.

Don Julián había escuchado con gran atención, respirando con fuerza el aire tibio de la noche.

— Yo iré donde usted quiera llevarme. ¡Cómo podré jamás agradecerle bastante lo que usted hace por mí!

Sentíase maravillado de la cordura y previsión con que su protector tenía todo dispuesto para asegurar el éxito de su empresa.

Los instantes de reposo dieron nuevas fuerzas al fugitivo. Aunque á paso lento, tardaron poco tiempo en llegar á casa de las tías Lizarde. Díaz abrió el postigo sin hacer ruido y condujo de la mano á don Julián, hasta la puerta de una pieza que abría sobre el patio á que acababan de entrar. Un rayo de pálida luz, una especie de reflejo de una luz lejana cayó sobre el empedrado al abrirse la puerta.

— Entre, este es mi cuarto — dijo el ñato. Dentro de la taza del lavatorio ardía una vela de sebo en una palmatoria.

Estero paseó una mirada de curiosidad por la pieza. Segregado del mundo por largo tiempo, todo



lo que podía recordarle su existencia anterior á la reclusión de que salía apenas, despertaba en él un vivo interés.

Era un pequeño cuarto de paredes blanqueadas, amueblado con parsimoniosa modestia. En un rincón, una cama sobre un catre de madera; algunas sillas de palo blanco con asiento de totora, en desorden; una mesa chica para lavatorio. En otro rincón, una petaca vieja servía de ropero. Á la cabecera de la cama había una silla á guisa de velador. A pesar de la pobreza del mueblaje, don Julián pensó, con un suspiro, que aquella humilde estancia habríale bastado para la felicidad de su existencia.

— Usted está muy bien alojado aquí — dijo al mozo.

— Y con vista á la calle — observó Díaz, mostrando una ventana á mitad de la pared que deslindaba el cuarto con la Alameda.

Luego añadió, mostrando la luz que iluminaba la pieza :

— Mis tías, que no piensan sino en cuidarme, me dejan siempre aquí una luz para que no me encuentre á obscuras cuando llego por la noche.

Daba esta explicación mientras sacaba de la petaca la ropa que tenía preparada para el fugitivo.

— Vaya, don Julián — repuso, — vístase ligerito. Estoy seguro que á mí me echarán la culpa de la fuga de usted y no será extraño que vengan á buscartos aquí.

Estero se puso á cambiar de traje tan ligero como le era posible. Pocos minutos le bastaron para esto.

— Listo, ya ve que soy ligero, — exclamó para calmar la impaciencia de su protector.

Díaz se puso á recoger la miserable ropa que acababa Estero de quitarse.

— Por si vienen á perseguirnos — dijo ocultando esa ropa debajo del colchón.

— ¿ No será mejor que botemos la ropa á la calle? Así no quedará usted expuesto si vienen á pesquisar en esta casa.

El ñato meditó un instante.

— No, no — dijo, — es mejor dejarlo todo ahí. Si encontrasen esos andrajos en la calle, sabrían que usted se habrá disfrazado en alguna parte, ayudado por alguien, naturalmente, y maliciarían que ese alguien soy yo. Mejor es esconder todo eso. Es muy posible que si vienen aquí á buscarlo á usted, no se les ocurra mirar bajo del colchón.

— Como le parezca — respondió Estero, resuelto á obedecer en todo á su libertador.

Antes de salir á la calle, Díaz entreabrió el postigo y echó una mirada en derredor de la casa. La Alameda pareció completamente desierta. Todo movimiento de tráfico había cesado. En la atmósfera tibia, la luz de las estrellas dejaba divisar vagamente los árboles del paseo. Sobre las puertas de calle, los farolillos medio apagados parecían testigos soñolientos de la profunda paz en que dormía la ciudad.

— Don Julián, vamos andando, no hay nadie.

Apenas emprendida la marcha, Estero repitió la pregunta que había hecho antes.

— ¿ Y dónde me lleva usted, amigo ?

— Donde nadie podrá pensar que usted ha ido á ocultarse : vamos á casa de don Miguel Topín.

— ¿ El caballero que va siempre con su mujer donde don Guillén ?



— Ese mismo. Usted sabe que es pariente del presidente Prieto.

— ¡ Cómo no, pues ! familias de Concepción.

— ¿ Quién podrá figurarse que usted ha ido á pedir asilo á personas emparentadas con el gobierno ?

— ¿ Y don Miguel ha consentido en recibirme en su casa ?

— Don Miguel no sabe nada.

— ¿ Por qué me lleva usted allí entonces ?

— Porque no tengo ninguna otra parte donde llevarlo y porque en casa de mis tías usted no habría estado en seguridad.

Estero se detuvo á descansar, mirando al mozo con profundo reconocimiento.

— ¡ Pero hombre ! ¡ todos los trabajos que le doy ! Nunca podré pagarle este servicio como lo merece.

Díaz se puso á reír.

— ¡ Las cosas suyas, don Julián !

Y hablando después en tono serio :

— Me daba lástima verlo á usted encerrado ; pero esto sólo no me habría hecho tal vez animarme á sacarlo de su prisión, si doña Manuela no me hubiese echado de la casa.

— ¡ Ah ! ¡ quería usted vengarse de ella !

— ¡ Cómo no, pues ! El que me la hace me la paga — dijo el ñato con énfasis.

Hasta entonces don Julián había callado la escena del comedor. Hablar del furioso arrebató con que había correspondido á los generosos esfuerzos de aquel muchacho, le pareció desde el primer momento una confesión bochornosa. La expresión tan corriente en el lenguaje familiar, con que Díaz se jactaba de su venganza, lo alentó á vencer el rubor de haberse dejado arrastrar por la ira contra su hermana.

— Usted no sabe, amigo, que su venganza ha sido más tremenda que lo que puede imaginarse.

— ¡ Qué me dice ! — preguntó el mozo alarmado.

Estero refirió, mientras andaban lentamente, las violentas impresiones que lo habían agitado después de separarse del mozo en el zaguán, hasta que, en la ceguedad de la cólera, había descargado el golpe sobre doña Manuela.

— ¡ Caramba, don Julián ! ¡ qué ha ido á hacer !

— exclamó Díaz en tono de vivo disgusto:

Estero replicó con aire sombrío, deteniéndose y mirando de frente á su interlocutor.

— Qué quiere pues, amigo ; yo sé que es una barbaridad ; pero ya no hay remedio, me cegó la cólera. Lo que más siento, se lo juro, es no haber pensado en que, debiéndole á usted la libertad, era una ingratitud el corresponderle cometiendo ese crimen.

Y como Díaz callase, abismado, conteniéndose para no prorrumpir en amargos reproches. Estero repuso con vehemencia :

— He cometido un crimen, y estoy dispuesto si usted lo manda, á ir á entregarme á la justicia.

— ¡ No ! ¿ quién habla de entregarse ? yo lo he sacado á usted de su prisión y haré cuanto me sea posible para que no lo vuelvan á encerrar. ¿ Qué hacerle pues ? á lo hecho, pecho, y vamos andando.

Pero don Julián no lo siguió.

— Vea, amigo, sólo ahora, al contarle lo sucedido, me doy cuenta de la realidad. Lo que hice con esa pobre mujer, ha sido abominable. No quiero libertad ni quiero nada. En vez de olvidarlo todo, porque al fin esa mujer es mi hermana, me dejé arrastrar, como un bruto, por la cólera. El que la hace que la pague. Usted que es un niño no debe sufrir por mí. Si usted



se hubiese figurado para lo que me sacaba de mi calabozo, seguramente que me habría dejado en él. Más vale que concluyamos de una vez. Vuélvase á su casa don Carlos, y déjeme aquí. Yo sé lo que me queda que hacer.

Á la opaca luz de las estrellas, el rostro de don Julián parecía contraído por una emoción profunda. Había en su voz un acento de mortal tristeza. Y fueron como un largo lamento de su alma desgarrada estas palabras que pareció lanzar al cielo, con la amargura de las vanas protestas de un estéril arrepentimiento.

— ¡ Ah ! ¡ ya veo que jamás sabré dominarme !

Con un tacto superior á sus años, el mozo calmó á su protegido.

— No se aflija, don Julián, nadie está libre de un acto primo. ¡ Y no era para menos, caramba ! Después de más de dos años de encierro, á cualquiera se la doy también. Yo en lugar de usted, le habría afirmado el sablazo á la señora con toda mi alma.

— Sea como quiera, yo debo entregarme á la justicia — dijo Estero con porfiada decisión.

Díaz sintió que había un grave peligro en permitir que don Julián se dejase dominar por la exaltación de su espíritu.

— Y entonces ¿ qué quiere que yo haga ? Si usted se entrega yo también me entregaré.

— ¡ Oh ! Usted no tiene la culpa de lo que yo he hecho.

— Eso dice usted, pero los demás dirán que usted no habría herido á doña Manuela si yo no lo hubiese sacado de su calabozo.

Vencido por ese argumento, Estero reiteró la súplica.

— Don Carlos, hágame ese favor, váyase usted á su casa y déjeme ir á entregarme á la justicia. Yo diré que nadie me ayudó á salir; diré que hace más de un año que he trabajado para limar mi grillete y abrir la puerta del calabozo. Yo no quiero arrastrarlo á usted en mi desgracia. Me siento ya harto miserable con mi situación para sufrir que usted corra ningún riesgo por mí. Deme esa prueba de amistad; no me la niege.

En su exaltación había llegado hasta el enternecimiento. Suplicaba con voz conmovida, repetía algunas palabras para darles más fuerza, evocaba acentos del alma que fueran convincentes de la inmensa gratitud que sentía hacia su protector.

El joven, sin embargo, se mantuvo inconmovible.

— No me diga nada más, don Julián. Aunque soy un muchacho, no cambio así no más de parecer, cuando creo que tengo razón. Yo lo he devuelto á usted á la libertad, y si usted quiere ahora ir á entregarse, como si condenase lo que yo he hecho, le prometo que yo me entregaré también á la justicia.

Su tono de resolución inquebrantable hizo inclinarse á don Julián.

Al salir de mi prisión juré que sería obediente con usted, amigo. Será como usted mande. Lléveme donde quiera — dijo sumiso, inclinando la frente.

El mozo, al oírlo, exclamó con tono alegre:

— Eso sí es hablar en plata: vamos apurando el paso para que no se haga tarde.

Hubo entonces un momento de silencio entre ellos. Ambos parecían recogerse en sus propias reflexiones. Díaz notó que la marcha de Estero se afirmaba y que iba recobrando poco á poco la elasticidad del cuerpo.



— ¿Qué haremos si don Miguel Topín no quiere recibírnos? — preguntó don Julián rompiendo el silencio.

— No había pensado en eso : nos volveremos á casa, pues ¡ qué hacerle ! — dijo el joven.

Después de un silencio, don Julián sugirió un nuevo recurso :

— Yo podría irme á mi chacra. Usted se volvería á su casa. En la chacra debe haber todavía algunos inquilinos de mi tiempo que me recibirán con gusto.

Díaz no aprobó la proposición. Era imposible, á su parecer, que don Julián no fuese allí reconocido y en muy poco tiempo denunciado. Si la tentativa cerca de don Miguel Topín fracasaba, se irían á terminar la noche á casa de sus tías, donde él esperaba poder ocultarlo. Al día siguiente, él acabaría por encontrar algún escondite seguro.

— Antes de irnos á casa de sus tías, ensayaremos otro recurso — dijo don Julián ; — yo no quisiera exponer á sus tías, don Carlos. Sobra ya con los riesgos que usted corre por mí. Si don Miguel Topín se niega á recibirme, nos iremos en busca de Onofre Tapia, mi antiguo asistente, que está ahora al servicio de la policía. Tengo entera confianza en ese hombre y estoy seguro que no me traicionará. En casa de él estaré más bien escondido que en ninguna otra parte.

— Eso sería para después — observó Díaz ; — lo principal, por ahora, es que encontremos donde pueda usted pasar la noche.

De acuerdo sobre esto, don Julián se manifestó curioso de saber por qué su libertadar había querido vengarse de doña Manuela, según él mismo lo había confesado.

— Estaba picado con ella porque me echó de la casa.

— ¿Y se puede saber por qué lo echó de la casa?

Estero quería aprovechar aquellos momentos para poder estimar con certeza los móviles que habían impulsado al joven á comprometerse en la peligrosa aventura de sacarlo de su prisión. Un simple resentimiento de muchado, no le parecía suficiente para explicar la conducta de Díaz. La inmensa gratitud de que se sentía penetrado hacia él justificaba el interés que lo guiaba en sus preguntas. Díaz respondió á la última sonriéndose :

— Vea don Julián, á mí no me gusta mentir. Doña Manuela me echó de la casa porque vió que yo le estaba enamorando á la sobrina.

— ¿ Á Deidamia ?

— Sí, pues, á Deidamia.

— ¿ Y usted está enamorado de ella ?

— Muy enamorado; ya ve que le respondo como si usted fuese mi confesor.

— Y hace bien, porque si yo le hago estas preguntas no es por mera curiosidad, es porque quisiera que de ahora en adelante nada de lo que le interesa á usted sea extraño para mí. Voy á quererle á usted como un hijo.

— Cuidado, don Julián ; mire que tendrá usted un hijo muy travieso.

— Así deben ser los muchachos, con tal de no hacer nada malo.

— Todos somos pecadores — exclamó el ñato, muy contento del giro que tomaba la conversación.

Ocurriósele entonces que don Julián podría ser más tarde protector de sus amores, y llevó francamente la conversación al terreno de las confidencias.



— Entonces don Julián, ¿á usted no le parece mal que yo esté enamorado de su sobrina ?

— Después del gran servicio que usted me ha hecho, sería una ingratitud que no me alegrase de ello.

— En ese caso, usted será mi abogado para que doña Manuela no me haga la guerra.

Don Julián respondió con tristeza :

— ¡ Qué sabemos lo que irá á suceder ! Muy difícil me parece que mi hermana y yo seamos jamás amigos.

Y agregó con aire sombrío :

— Ni ella ni yo sabemos perdonar.

Llegaban á casa de don Miguel Topin.

— Esta es la puerta — dijo el joven deteniéndose ; — voy á golpear y cuando nos abran, entraremos los dos al patio. Usted me esperará ahí ; yo iré á hablar con don Miguel.

El criado que respondió al llamamiento de Díaz lo reconoció al abrir la puerta.

— Este caballero es un amigo de don Miguel — dijo el joven al sirviente — llega del campo y quiere hablar con él ahora mismo.

— Le voy á avisar al patrón, don Carlito.

— Yo iré con usted y dejaremos á este caballero que espere aquí un ratito.

Don Miguel y doña Rosa estaban todavía en pie cenando con algunos fiambres y un plato de aceitunas. El criado entró en la pieza seguido por Carlos Díaz.

— Don Carlito, señor, que quiere hablar con su merced.

La súbita extrañeza que se pintó en el rostro de los cónyuges, acusaba un violento sobresalto en la

existencia igual y metódica de estos dos seres ajenos á las agitaciones mundanas. La visita del ñato Díaz á esas horas de la noche, era un acontecimiento con proporciones de un misterio amenazador.

— ¡ Conmigo ! — exclamó don Miguel, sin siquiera saludar al joven.

Díaz no se turbó por esta acogida.

— Sí, don Miguel, con usted — le dijo en tono risueño. — Usted me dispensará que venga á incomodarlo á estas horas, pero es por un asunto urgente.

Doña Rosa permanecía inmóvil. Su atemorizada vista no se apartaba del rostro de Díaz, temiendo vislumbrar en el mozo un aire de chanza. Notando que don Miguel no estaba menos alarmado que ella, quiso serenarlo, dándole una prueba de perspicacia.

— Mira, Miguel, esta es alguna travesura que quiere jugarnos el ñato.

Don Miguel miró al joven con una sonrisa forzada.

— ¿ Cierta hombre ?

— No, señor, no es travesura : vengo á pedirle un servicio.

— ¿ Un servicio á estas horas ? ¡ Qué está hablando, hombre !

— Sí, un servicio, pero no es para mí ; es para una persona que no puede esperar.

En esta contestación la voz y la fisonomía del ñato se habían vuelto duras. Juzgaba que el miedo visible pintado en el rostro de los tímidos esposos no era razón bastante para que lo sometisen á un interrogatorio, sin haberlo saludado ni ofrecídole asiento.

Doña Rosa notó el cambio del visitante y quiso manifestarse agradable :

— Siéntese Carlos ; ¿ no quiere tomar alguna cosa ?  
— le dijo.



— Después veremos, cuando haya hablado con don Guillén — dijo el joven sentándose, — no digo que no todavía — agregó como chanceándose; — las aceitunas deben estar de lo rico.

— Son del olivar de Ovalle; me las mandaron de regalo.

Los esposos arrojaron una mirada cariñosa á la bandeja de comestibles.

— Si quiere, cenaremos primero — dijo Topín, imitando la amabilidad de su mujer.

— No, señor, ante todo hablaremos de mi asunto.

Con pocos preámbulos hizo la relación de la fuga de don Julián, sin dar grandes pormenores sobre los preparativos de la aventura y guardándose de hacer la menor insinuación á la trágica escena del comedor.

— ¿Y nadie sospechó que don Julián se arrancaba? — preguntó don Miguel.

— No sé, en todo caso nadie nos siguió.

— ¿Entonces no es loco? — preguntó doña Rosa.

— Ni nunca lo ha sido — aseguró el ñato con decisión.

Don Miguel se figuró que multiplicando las preguntas, acabaría por hacer que el joven olvidase el servicio que venía á pedirle.

— ¿Y al salir de la casa, dónde lo llevó?

Pero esa pregunta fué precisamente lo que aprovechó Díaz para hablar del objeto de su visita. Con gran naturalidad y perfecto aplomo dijo :

— Primero lo llevé á casa para que se mudase ropa, y después me vine aquí con él : ahí está en el patio esperando.

Don Miguel y doña Rosa sin levantarse, espantados, remecieron su gordura sobre las sillas que

ocupaban, como si oyesen el estampido de un cañonazo dentro de la pieza.

— ¡Hombre, qué está hablando, por Dios! — exclamó Topín poniéndose lívido.

— No es cierto, Miguel, no le creas. El ñato viene á jugarnos alguna pegata — exclamó la señora.

— ¿No me cree doña Rosa? aguárdese no más un poquito.

Atónitos, los esposos, vieron al mozo dejar su asiento y dirigirse á la puerta de la pieza repitiéndoles :

— Van á ver si es cierto.

Pero en vez de sentirse aterrados por el movimiento y por las palabras de Díaz, los Topín sintieron una vaga emoción de curiosidad. Les parecía tan imposible aquello de la presencia del loco en el patio, que ambos creyeron realmente que el joven quería burlarse de ellos. Así fué que, sin conmoverse, le oyeron decir desde la puerta y hablando hacia el patio :

— Venga, don Julián, venga no más; aquí lo esperan.

Al proceder de esa suerte, el mozo obedecía al espontáneo impulso de su juvenil irreflexión. Sin haberse trazado un plan para obtener la buena acogida de su protegido, una inspiración de su genial osadía le hizo precipitar el desenlace de la dificultad, contando con el tímido carácter de los dueños de casa.

Por dos veces repitió Díaz su llamado al que esperaba en el patio.

— ¡Venga, don Julián, aquí lo esperan!

Los esposos permanecían incrédulos.

Mas al ver surgir de la obscuridad y mostrarse á la



luz de las velas que iluminaban la estancia, la cara demacrada, pálida y barbuda de Estero, don Miguel y doña Rosa regularon palideciendo. Ni él ni ella acertaron á proferir una sola palabra. El ñato se aprovechó de su estupor para sacar partido de la situación.

— Entre, don Julián — dijo, alentando con la voz y con el ademán á su protegido, aquí encuentra al señor don Miguel y á misia Rosita que tienen mucho gusto de recibirlo.

Y agregó risueño :

— ¿ No le decía yo ? ¡ si son tan buenos !

Dirigiéndose entonces á los dueños de casa, aturridos con tan extraña situación, repuso :

— Vean pues, ¡ quién no se compadecería del pobre don Julián ! Yo estaba seguro del buen corazón de don Miguel y de misia Rosita.

La actitud del fugitivo era profundamente lamentable. Habíase quedado en la puerta sin atreverse á entrar. Con sus largos cabellos y su barba enmarañada, con el profundo mirar de sus ojos perdidos en las órbitas como luces lejanas, aquel náufrago de la vida parecía implorar, en medio de terrible incertidumbre, la confirmación, de parte de los dueños de casa, de las palabras del joven.

Hubo un instante de angustiosa duda para don Julián y su protector. Los dueños de casa callaban consternados. El ñato pensó que sin un golpe de audacia, todo podía perderse. — « Yo les he de forzar la mano á estos dos gordos miedosos » — se dijo, decidido á quitarles hasta la posibilidad de una negativa.

— Hábleles, don Julián, para que vean que usted

no es loco — dijo á Estero, — y que les ha de agradecer el buen corazón con que lo reciben.

El fugitivo dió algunos pasos entrando á la pieza.

— ¿Es cierto que ustedes se compadecen de mí?

— preguntó con voz suplicante á los dueños de casa.

— Benditos sean entonces, porque me harán reconciliarme con mis semejantes.

Los esposos parecieron conmovidos por un intenso sentimiento de compasión.

— Siéntese, señor — le dijo emocionada doña Rosa.

Don Miguel, al mismo tiempo, se levantó casi con agilidad y pasó una silla á don Julián.

— Aquí tiene un asiento — le dijo con obsequiosidad.

Ufano del éxito de su tentativa, Díaz levantó la voz con franca alegría :

— ¿No ve, don Julián, qué le decia yo? ¿Cómo le habían de negar asilo siquiera por esta noche?

— Yo agradezco en el alma al señor don Miguel y á la señora. Espero que sólo sea por esta noche y mañana solamente, que los molestaré con mi presencia.

La sinceridad de la voz y la discreción de la frase aumentaron la confianza de doña Rosa.

— No es molestia, señor — dijo con voz amable.

Don Miguel hizo eco :

— Por supuesto, no es molestia.

El ñato se aprovechó de la forzada benevolencia de los dueños de la casa para dejar claramente establecida la situación y asegurarles que ni Estero ni él abusarían de su hospitalidad.

— Yo traje aquí á don Julián — explicó, — porque sabía que usted, don Miguel, es un caballero y que



misia Rosita es la bondad misma. Con tal que ustedes lo alojen ahora, yo les prometo que mañana en la noche vendré á buscarlo y así no tendrán nada que sufrir por su caridad.

— Oh, sí, lo haremos con mucho gusto — dijeron á un tiempo los Topín. Pero en el fondo, ambos se sentían anonadados. Negarse, les parecía ocasionado á irritar la locura del intempestivo huésped. Instintivamente trataban de aproximar sus sillas para protegerse si don Julián llegase á dar señales de perder repentinamente el juicio. Poco á poco, sin embargo, el ñato consiguió tranquilizarlos. Hablaba por sí y por Estero, haciéndolo intervenir en la conversación, cada vez que veía la oportunidad de que dijese algo que probara la completa posesión de sus facultades.

Con la serenidad, los esposos sintieron el despertar de su formidable apetito. Sus miradas frecuentes á la bandeja, se consultaron y entendieron.

— Señor don Julián, le vamos á ofrecer alguna cosa — dijo don Miguel.

— Acepte don Julián — díjole, alentándolo, Díaz.

Aquel acto de cordialidad estableció entre ellos la confianza. Los dueños de la casa dieron el ejemplo, y los huéspedes los imitaron, aunque con menos entusiasmo. Díaz explicaba al mismo tiempo, lo que en el camino habían acordado con Estero. Él iría aquella misma noche en busca de Onofre Tapia, el antiguo asistente de don Julián, y lo instruiría de lo ocurrido, pidiéndole que viniese en el día á ponerse de acuerdo con él para llevarlo á lugar seguro, hasta ver la marcha que seguirían los acontecimientos.

Pidieron entonces con qué escribir y Estero trazó, con trémula mano, las líneas siguientes :

« Asistente Tapia : El que le entregará de mi

parte este papel, es persona á la que debo un gran servicio : él le dirá lo que ha pasado y lo que espera de la fidelidad de usted.

» Su capitán.

ESTERO »

El ñato y su protegido se despidieron poco después.



XVII

El comandante Quintaverde y su sobrino salieron de la casa chica, acompañados hasta la puerta de la calle por don Agapito Linares, cuando ña Gervasia no había vuelto aún de la botica. Deidamia la esperaba impaciente. Sabía que los que acababan de salir iban resueltos á dirigirse á casa de los Lizarde en busca de Carlos Díaz, sospechado de haber favorecido la fuga del loco. Esperaba que la criada hubiera podido entregar su carta al joven y que sus perseguidores llegasen á su casa cuando él se hubiese puesto en salvo, si realmente había tomado parte en esa evasión. Pero eso distaba de ser la certidumbre tranquilizadora. El gran silencio que había sucedido á las ruidosas escenas de la primera parte de la noche, poblaba de abultados temores la imaginación de la chica, en aquel cuarto de enferma, agitada ya por la fiebre. Todo la disponía al sobresalto del espíritu que engendra los fantasmas de los presentimientos fatídicos.

Deidamia se había encargado de velar sobre su tía. Por un acuerdo entre la chica, su madre y la sirviente, había quedado convenido que Deidamia

velaría hasta las doce de la noche. Á esa hora vendría ña Gervasia á reemplazarla y ésta despertaría á Sinforosa á las cuatro de la mañana, para ocupar el puesto de enfermera al lado de la paciente. Los hombres habían quedado exentos de tomar parte en este servicio nocturno.

Poco después que se hubo retirado Sinforosa, ña Gervasia entró en la pieza donde velaba la chica. La criada se acercó á ella con paso cauteloso, para no despertar á la paciente y hablándole al oído :

— El caballerito no estaba en la casa — le dijo, entregándole al mismo tiempo el paquete de la botica.

— ¿Entonces, le dejaste mi carta á sus tías ?

— Sí, pues, señorita, se la dejé.

— ¿Y les contaste lo que había pasado aquí ?

— Como no, pues señorita, se los conté pues. ¡ Ay ! si su mercé hubiese visto lo asustadas que se quedaron cuando les dije que su mercé tenía miedo de que lo fuesen á perseguir.

— ¿Y qué te dijeron ?

— Que iban á esperar á don Carlitos y á ponerse á rezar un rosario para que no puedan pillarlo.

Deidamia despidió á la sirvienta y fué á sentarse al lado de la enferma. El silencio de la pieza en vez de impresionarla con su tristeza, le parecía propicio para sus meditaciones. Su optimismo de muchacha, indemne aún de los contrastes de la suerte, le daba la esperanza de que Carlos Díaz pudiese escapar á sus perseguidores.

La visita de la criada de las Estero y el mensaje de que era portadora de parte de Deidamia, había dejado á las tías del ñato dominadas de mortal inquietud. Seres inofensivos y tímidos, acostumbrados



á respirar la paz del alma y el desprendimiento de los intereses terrenales en el incienso sedativo de las iglesias, las dos tías, al oír de boca de ña Gervasia la revelación de los recientes acontecimientos de la casa chica, se sintieron sobrecogidas de espanto, como si crujiese sobre sus cabezas con el estremecimiento de un temblor, la techumbre de la habitación en que se hallaban. La fuga del loco después del trágico atentado sobre doña Manuela, tomaba para ellas, en el silencio de la noche, después de la salida de la sirvienta, las siniestras proporciones de un peligro inmediato. Á cada instante, con el menor ruido, parecían ver surgir amenazante de la sombra, la faz misteriosa de don Julián Estero, como había aparecido en el comedor de la casa.

De los detalles del inexplicable acontecimiento que las amedrentadas hermanas se empeñaban por comentar abultándolos, se desprendía á juicio de ellas, con toda verosimilitud, la participación de Carlos Díaz en aquel drama nocturno. El peligro de que á esas horas estuvieran ya persiguiéndolo era, en consecuencia, inminente y hacía sobremanera premiosa la necesidad de prevenir al mozo del riesgo que correría si volviese á la casa. Pero, ¿dónde encontrarlo á esa hora para darle el aviso y entregarle la carta de Deidamia? El miedo privaba á las dos afligidas de toda idea salvadora. Y á falta de poder reflexionar, prorrumpían con apagadas voces en invocaciones á la Virgen, multiplicando las mandas á todos los santos de su devoción. con el ardor afanoso con que se figuraban conjurar el peligro al multiplicar el número de rosarios ofrecidos en aquella especie de mística licitación.

En medio del rumor de sus angustiosas plegarias,

un ruido de fuertes golpes á la puerta de la calle las hizo caer de rodillas, implorando la compasiva protección del cielo.

Se imaginaban que alzando con fervor la voz de sus oraciones, los golpes, milagrosamente, no volverían á repetirse y el peligro pasaría como una sombra siniestra que la intervención de los santos haría desvanecer. Pero no bien se comunicaban con apagada voz esa esperanza, los golpes resonaron de nuevo y hubieron de resolverse á mandar á una criada con orden de no abrir si los que golpeaban le pareciesen sospechosos.

Pocos momentos después volvía la criada seguida del comandante Quintaverde y de su sobrino.

El asistente había quedado de facción en la puerta de la calle, cuidando de los caballos, con orden de prender á cualquiera persona que allí se presentara.

Los dos oficiales saludaron ceremoniosamente á las señoras. Ellas, asiladas en el rincón de la pieza más distante de la puerta, inmóviles en sus sillas, no se atrevieron á mirarlos.

— Necesitamos ver á su sobrino — les dijo en tono imperativo el comandante Quintaverde.

— No está en casa — contestó la mayor de las hermanas con voz apenas perceptible.

— ¿Y á qué horas se recoge?

La otra tía habló en lugar de la primera, para compartir con ella los peligros de aquel interrogatorio.

— No sabemos, pues, señor; á veces se recoge temprano y á veces no.

— ¿Á veces no se recoge, quiere usted decir?

— ¡Oh! ¡cómo habíamos de decir eso! — exclamó



la mayor, indicando con el tono de su voz, que esta pregunta la había escandalizado.

— ¿Entonces se recoge todas las noches ?

— Sí pues, señor ; todas las noches.

— En tal caso aquí lo esperaremos — dijo el comandante sentándose.

Emilio Cardonel siguió su ejemplo.

Quintaverde sacó una cigarrera de paja, eligió un cigarrillo, sin apresurarse, y acercándose á la vela que alumbraba á medias la pieza, lo encendió. Cardonel se dió prisa en imitarlo. El comandante, al proceder así, quiso darse una actitud para tener tiempo de reflexionar. Sin otra base que las sospechas de don Agapito, no le parecía de su dignidad hacerse el perseguidor de Carlos Díaz, esperándolo allí por largo rato.

Las dos hermanas oyeron como si fuera una sentencia de encarcelamiento contra su sobrino, la determinación anunciada por Quintaverde. Con un desesperado esfuerzo de valor para salvar al joven, una de ellas objetó al comandante :

— Pero ya es muy tarde señor, y nosotras queremos acostarnos.

— Pues á ello, vayan ustedes á acostarse — replicó Quintaverde.

Las afligidas tías tuvieron al mismo tiempo una exclamación de extrañeza :

— ¡ Oh ! ¡ irnos á acostar dejándolos á ustedes aquí !

— Y ¿ por qué no ? á menos que el joven Díaz duerma en el mismo cuarto con ustedes.

— No señor, Carlos tiene su cuarto — respondió con ofendida dignidad la mayor.

La contestación dió una idea á Quintaverde.

— Pues si tiene su cuarto, iremos á visitarlo — dijo poniéndose de pie.

— Háganos ustedes conducir allí — añadió, — así no tendrán ustedes para qué incomodarse.

Una de las hermanas se dirigió á la vieja sirvienta que se había quedado en la pieza :

— Anda, Juana, muéstrales á estos caballeros el cuarto de tu amo Carlos.

Cuando precedidos por la criada, los dos oficiales salieron de la pieza, las hermanas se abrazaron en un arranque de desolación.

— ¡Qué va á pasar! ¡por Dios y María Santísima! ¡Nos van á tomar preso al niño!

Ahogadas entre sollozos, esas palabras eran el eco del terror con el que habían luchado en presencia de los intempestivos visitantes.

Para guiar á los militares, la criada había encendido una vela. Al entrar al cuarto de Carlos Díaz, colocó la luz sobre la mesa é hizo ademán de retirarse. Pero antes que hubiese alcanzado á salir, las dos hermanas entraron en la estancia. Un instantáneo impulso de protección hacia el ser en quien estaban concentrados los más tiernos afectos de su existencia, les hizo decirse, al verse solas, que no debían abandonar al *niño* en el peligro.

— ¿Por qué vienen ustedes aquí? ¿no querían que las dejásemos solas?

— Queremos esperar al *niño* y ver para qué lo buscan ustedes — respondió una de las hermanas, esforzándose por parecer muy tranquila.

Con su instinto profesional, Quintaverde pensó que la respuesta era sospechosa. Sin poder adivinar que las tías del mozo pudiesen ya estar prevenidas de las ocurrencias de la casa de los Estero, el comandante,



en vista de la actitud de las dos mujeres, llegaba á la conclusión de que ellas debían conocer la participación del sobrino en la fuga de don Julián.

— Está muy bien, esperen ustedes, pero mientras tanto, nosotros vamos á examinar este cuarto.

Paseaba una mirada escrutadora en torno de la pieza, sin descubrir nada que pareciese indicar la presencia de alguna persona oculta en ella. El único sitio donde alguien hubiera podido esconderse, era bajo de la cama, de la que la colcha bajaba casi hasta el suelo.

— Mira debajo de la cama — dijo á su sobrino.

Cardonel, apoyando una mano al borde, levantó la colcha y miró bajo del catre.

— No hay nada — dijo enderezándose.

A pesar de parecerles sombríamente siniestra aquella escena, las dos Lizarde sintieron como la satisfacción de un triunfo, al ver lo infructuoso de la pesquisa.

— No hay nadie, señor, ya ve — dijo una de ellas, contenta.

— Ya lo veo, no hay nadie — dijo el comandante sonriendo.

— ¿Se les figuraba á usted que yo creía encontrar aquí oculto á su sobrino?

— No señor, ¡cómo había de figurársenos! — contestó con humildad la otra.

La mayor se envalentonó entonces á preguntar :

— ¿Y por qué persiguen así á nuestro sobrino?

— Un niño que no hace mal á nadie — agregó la segunda.

— Eso se sabrá después — dijo Quitaverde.

Y hablando á su sobrino, repuso :

— Levanta el colchón.

Su desconfianza profesional le imponía el deber, en toda pesquisa, de llevar el registro hasta lo inverosímil.

Un gesto de desdén se dibujó en los labios de la mayor de las Lizarde. La minuciosidad del comandante, le parecía sobremanera ridícula.

En cumplimiento de la indicación de su tío, Emilio levantó con fuerza la cabecera de la cama, doblando el colchón. Entre éste y la tabla sobre la que el colchón reposaba, apareció la ropa vieja de que se había despojado don Julián Estero.

Las dos hermanas no pudieron sofocar una exclamación de espanto. Quintaverde las miró con aire irónico :

— ¿Y eso qué es, señoritas? — les dijo triunfante.

Ellas, aterradas, no acertaron á responder, y la mayor de las hermanas acudió á toda su energía para disculpar al ausente.

— Alguien ha escondido esas cosas ahí — dijo hablando á Quintaverde, no puede ser el niño el que las ha puesto.

— Sin duda, replicó sarcástico el comandante — deben ser las ánimas.

— Mi sobrino no puede ser — repuso obstinada, la que había argüido esa pobre disculpa.

— Ahí se verá quién ha sido — dijo Quintaverde. Entretanto, nos vamos á llevar esa ropa vieja que debe ser sin duda del loco que se ha fugado. Ella bastará para probar que el sobrino de ustedes ha sido cómplice en esa fuga y en el crimen que el prófugo cometió contra su hermana doña Manuela.

Un silencio de espanto siguió á esas palabras. Al cabo de un instante, las dos hermanas, cobrando una



entereza de que se creían incapaces, protestaron con indignación.

— No será Carlitos ciertamente quien haya hecho lo que usted dice; yo lo juraría por la salvación de mi alma — exclamó una de ellas.

— Y yo también lo juraría por la Pasión de Cristo.

Y ambas, quebrantada la voz al hablar, prorrumpieron en lamentoso llanto.

Sin responderles, Quintaverde, se dirigió á Juana, la criada, que había presenciado, livida y muda, aquella escena.

— Envuelva usted esa ropa en una de las sábanas y llévela á mi asistente que está en la puerta.

Después, volviéndose hacia las hermanas :

— Ahora — dijo — ustedes, van á guiarnos en la casa para que estemos seguros de que el mocito no está escondido por ahí en alguna parte.

Las dos hermanas, precediendo á los oficiales, se dirigieron á las piezas interiores de la casa. Después de una minuciosa pesquisa, el comandante y su sobrino salieron á la calle.

— La puerta debe quedar sin llave ni tranca — dijo Quintaverde á la criada, — mi asistente la cuidará.

Juana había puesto en manos del soldado el paquete con la ropa de don Julián.

El comandante agregó dirigiéndose á ella :

— Diga usted á sus señoras de mi parte, que se retiren y que cierren las puertas que dan al patio. Cuidado con que yo vea que esta orden no se cumple.

El tono amenazador de esta última frase, hizo temblar á la sirvienta. Las dos hermanas al oír el men-

saje conminatorio, fueron á ocultarse en el interior de la casa.

Al intimar la orden, el comandante tenía ya resuelto el procedimiento que iba á poner en práctica. Los objetos descubiertos debajo del colchón de Carlos Díaz, autorizaban la aprehensión del mancebo sin previa orden judicial. Contando con que Carlos volvería por la noche á su casa, Quintaverde mandó con su asistente una orden al cuartel para que se le enviase un piquete de un cabo y tres soldados. Estos hombres harían toda resistencia imposible de parte del mozo, aun en la hipótesis de que estuviese acompañado por don Julián.

Hecho esto, el comandante y su sobrino fueron á ponerse en observación de la casa, sentados frente á ella en un sofá de la Alameda. Nadie se acercó á la puerta mientras tanto.

En menos de media hora el asistente llegó anunciando la salida del piquete. Poco más tarde, el cabo y los tres soldados marchando á paso de trote, se cuadraban á recibir las órdenes del comandante.

Quintaverde les explicó en pocas palabras, la misión que debían desempeñar.

— Quedan ustedes encargados de tomar preso á un jovencito, don Carlos Díaz, que vive en esta casa y que debe recogerse aquí esta noche.

El mismo hizo la distribución de los hombres. Dos fueron colocados en opuestos rincones del patio y el tercero quedó oculto debajo de la cama de Díaz. El cabo debía dejar la puerta de calle junta solamente y mantenerse del lado de adentro para cerrarla apenas el joven entrase al zaguán. Encerrado así, se le dejaría entrar á su cuarto y ahí sería sumamente fácil á los cuatro hombres apoderarse de él.



— No hay que maltratarlo — recomendó al cabo; — como el joven no está armado no podrá defenderse. Condúzcalo usted rodeado de sus hombres á la cárcel, donde dirá de mi parte al comandante de guardia, que lo ponga en una de las piezas que tienen cama. Yo iré allá temprano y hablaré con el alcaide.

Quintaverde ordenaba la aprehensión de Carlos Díaz, en virtud de facultades especiales de la autoridad judicial, que le permitían en casos de fundadas sospechas, poder allanar domicilios y apresar presuntos delincuentes. Las agitaciones políticas de los últimos años y el temor de continuas conspiraciones de los *pipiolos*, justificaban á los ojos de los hombres del poder la tremenda facultad de que se hallaba investido el jefe de policía.

Emilio Cardonel en su calidad de oficial del ejército debía abstenerse de tomar parte en aquella operación de simple policía. Tranquilizado ya con la posesión de su espada, le bastaba saber que su rival amanecería en un calabozo de la cárcel al día siguiente. Al retirarse, Quintaverde dejó á su asistente, para llevarle la noticia de la aprehensión de Díaz. En su consigna el soldado recibió orden de mantenerse frente á la casa, tras de un álamo y de perseguir al joven en caso de que llegara á escaparse á los hombres encargados de prenderlo.

El que era objeto de tan minuciosas precauciones, se alejaba entretanto de casa de don Miguel Topín en dirección á la calle de Duarte, donde según las señas dadas por don Julián Estero, habitaba su antiguo asistente Onofre Tapia. El soldado del ejército *pipiolito* derrotado en Lircai, ocupaba dos piezas con puerta á la calle, en una casa de pobre apariencia

de aquel barrio, entonces relativamente nuevo, de Santiago.

Agente de la policía secreta, Onofre Tapia había formado parte en aquella misma noche de la fuerza que el comandante Quintaverde había puesto en observación de la casa indicada por la carta anónima de Carlos Díaz, como un centro de conspiradores. Convencido el jefe de policía de haber sido víctima de un falso denuncia, despidió su gente al volver de la casa de las Lizarde, dejando sólo dos hombres en observación de la supuesta guarida de revolucionarios. Cuando Díaz golpeaba á la puerta de la calle de Duarte, Tapia, llegado apenas de su expedición infructuosa, se ocupaba en poner la tranca y correr el grueso cerrojo con que defendía su habitación contra la venganza de los malhechores, sus declarados enemigos. Antes de abrir sometió á un mañoso interrogatorio al visitante, hasta persuadirse que nada había que temer de él.

— ¡Don Carlito! ¿qué anda haciendo? — fué su exclamación de extrañeza al hacer entrar al joven cerrando la puerta con llave y cerrojo. Díaz le refirió los sucesos de la noche minuciosamente.

— ¡Mi pobre capitán! yo llegué á creer que estaba loco — exclamó el hombre cuando el ñato terminaba su relación.

— No, no es loco — dijo el joven; — pero por lo que he hablado con él esta noche, he visto que don Julián no es como usted y yo. ¿No ve? el capitán tiene un genio de pólvora.

— ¡Ah! eso sí, cuando está con rabia, no hay que ponersele por delante.

— Entonces ¿puede contar con usted? — preguntó Díaz.



— ¡Hasta la muerte! mañana voy á ponerme á sus órdenes.

— Con su promesa me voy tranquilo; no deje de avisarme donde se vaya á esconder don Julián.

— Pierda cuidado, don Carlito : con lo que usted ha hecho por mi capitán, usted será para mí tan jefe mío como es él.

Los dos salieron á la calle. Las sombras de la noche, mitigadas por la brillante luz de las estrellas, permitía ver á cierta distancia.

— ¿Y de aquí se va usted á su casa? — dijo Tapia como reflexionando.

— Á mi casa, pues ¿dónde quiere que vaya?

— Podría quedarse aquí conmigo, yo lo escondería á usted y á mi capitán : le aseguro que no podrían encontrarlos.

— No, yo me vuelvo á mi casa; era capaz que mis dos tías se muriesen de susto si viesan que no me recogía.

— Como le parezca, pero ¿qué, no le da miedo de andar solo por las calles á estas horas?

— Una cosa es tener miedo, no digo que no, pero así con miedo me animo á todo.

— Entonces ¿no quiere que le acompañe hasta su casa?

— Y si hay gente esperándome allá y lo ven á usted conmigo, *al tiro* pensarían que usted sabe dónde está don Julián.

Con esta observación, Onofre Tapia no insistió. Díaz se despidió de él y apretó el paso hasta llegar á la Alameda. En la ancha avenida tomó la calle lateral del Sur y anduvo más despacio. La frondosa corpulencia de los álamos doblaba ahí la obscuridad de la noche. El mozo no alcanzaba á divisar más allá de

unas cuantas varas. La brisa fresca del llano de Maipó, bañada en los arbolados de las huertas vecinas, mecía las flexibles ramas con un murmullo de caricia. Fuera de este misterioso concierto, el silencio, en la extensión del ancho paseo, era solemne. El joven meditaba, al andar, sobre la proposición de acompañarlo que le había hecho el antiguo asistente de don Julián.



## XVIII

— Sin arrepentirse de no haber aceptado la oferta, decíase que era muy aventurado llegar solo á su casa. « No era improbable que la policía, advertida por alguien de casa de los Estero, hubiera puesto gente en observación para prenderlo. » La voz de un sereno, que, en ese momento, lanzó al aire su invocación á María Purísima, para anunciar que eran las doce, le hizo sentir que no estaba tan solo ni tan desamparado como se lo figuraba. El grito había resonado no lejos de él y le fué fácil llegar hasta donde se encontraba el nocturno guardián. Al verlo avanzar, el soldado desenvainó su sable. Este ademán no intimidó al mozo, acostumbrado desde niño, ora á reñir, ora á entenderse con la policía.

— ¡Quién vive! — lo interpeló el sereno.

— Amigo, hombre. Envaina tu *chafalote*, ¡si no te voy á hacer nada! Vengo á ofrecerte un cigarro y un trago de anisado.

Al contestar así, se acercaba á muy corta distancia del guardián.

Como éste callase, Díaz repuso para tranquilizarlo :

— ¿No ves que no tengo arma ninguna? No tengas

miedo: te voy á decir por qué vengo á hablar contigo.

— Hable pues, ¿para qué me quiere?

— Te voy á contar, pero prendamos un cigarro primero.

Sacó de su bolsillo un mechero y una cigarrera que pasó al soldado. En seguida, con una destreza de colegial que puede encender su mechero *en clase* sin que lo oiga el profesor, dió un ligero golpe sobre el pedernal, haciendo saltar las chispas.

Este acto desarmó la suspicacia del sereno y dió tiempo á Díaz para improvisar un cuento que lo llevara al propósito con que se había dirigido á él, en vez de llegar directamente á su fin :

— Yo te ofrecí un trago de anisado y cumplo mi palabra — dijo pasando al soldado el frasco de que se había servido para entonar las fuerzas desfallecientes de don Julián Estero.

Y para disipar toda sospecha, el ñato había empezado por beber él mismo. El sereno, cautivado con el perfume que se desprendía del frasco, no vaciló en aceptar y bebió un largo trago.

— ¡ Superior ! — dijo, chupándose los labios al devolver á Díaz lo que hubiera querido dejar para sí.

— Bueno, pues, ahora te voy á decir por qué he venido á platicar contigo. Yo soy hijo de familia y vivo aquí cerquita con dos tías viejas, que no me dejan salir de noche. Unos amigos me convidaron á un *picholeo*, en la calle de Galves. Cuando eché de ver que las tías se habian acostado después de rezar el rosario, me salí calladito dejando *junta* solamente la puerta de calle; pero con la intención de volverme temprano, de miedo á los ladrones. Con la *zamacueca*



y con el *glorio* todos nos *achispamos* luego, y las chinas también. Échale *samacueca* y *zajuriana* y échale *glorio* y *mistela*. As se nos pasó la noche, hasta que yo me les arranqué á escondidas. Cuando me vi solo aquí en la Alameda, ¡vaya con el miedo grande que me dió! ¿Qué voy á hacer para entrar á casa? ¿y si hubiese ladrones? serían capaces de darme de puñaladas », que me decía yo. En esto oí tu *Ave María Purísima* y me volvió el alma al cuerpo. Este sereno, me dije, que ha de ser valiente como buen soldado, va á sacarme de apuro. Le pido que me acompañe á casa y que vaya á asomarse al patio para ver si no hay nadie y le doy cuatro reales también por el servicio. Por eso vine, ¿no ves? ¿qué te parece?

Los cuatro reales, la tercera parte de su salario mensual, brillaron como un meteoro deslumbrador en la ambición del sereno.

— Con ésta yo no le tengo miedo á los ladrones — dijo golpeando la empuñadura del sable.

Y añadió al ver brillar de contento los ojos del mozo :

— ¿Tiene la botellita por *hei*? ¿si echáramos otro trago?

— Aquí tienes y bébetelo todo.

El sereno levantó el codo hasta no dejar una sola gota en el frasco.

— ¡Superior! — repitió, devolviéndolo vacío. — Ahora, patruncito, vamos andando si le parece.

— Sigueme no más — le dijo el joven, guiándolo hacia la obscuridad de la calle lateral del paseo.

En corto rato se encontraron frente á casa de las Lizarde.

— Ahí enfrente ¿no ves?—dijo el joven, mostrando la casa baja y de poco frente donde habitaba con sus tías.

En la obscuridad, apenas alcanzaban á divisar la puerta de calle. La ventana del cuarto de Díaz semejaba á una mancha vaga sobre el blanqueado de la pared.

— No nos movamos de aquí para ver si nadie se acerca á la casa.

Carlos Díaz paseaba una mirada exploradora en torno suyo y sobre cuanto su vista podía abrazar del ancho espacio de terreno comprendido entre la línea de las casas y la hilera de álamos, donde se habían detenido. Todo estaba tranquilo, con esa inmovilidad solemne de la noche, que acentúan el silencio y la falta de circulación en una ciudad dormida. Hacia la izquierda, á lo lejos, en dirección á la cordillera, una sombra apenas perceptible, al pie de los álamos, detuvo por un instante la mirada del joven, sin causarle ninguna inquietud. Esa sombra podía ser una ilusión de su vista en las tinieblas, ó acaso algún oficial de serenos á caballo, encargado de rondar por la población, para vigilar por el buen funcionamiento del servicio nocturno. En todo caso, el bulto estaba demasiado distante para que Díaz pudiera inquietarse por él. Era el asistente que Quintaverde había apostado en observación con orden de aprehender á cualquiera que viese salir de casa de las Lizarde.

Al fin de un rato, Díaz habló en voz baja al sereno.

— No se ve nada; pero eso no quiere decir que no puedan haber entrado ladrones en la casa. Nos vamos á acercar á la puerta. Yo me quedaré afuera y tú entrarás con tu sable. Si ves que hay alguien en el patio, sales ligerito y te pones á pitear pidiendo



auxilio. Yo me voy á esconder aquí, detrás de algún sofá, hasta que lleguen otros serenos y entonces entramos todos á la casa.

El sereno aprobó este plan.

— Bueno pues, patrón; pero me da los cuatro reales.

Díaz sacó dos monedas de á dos reales cada una y las puso en manos del soldado :

— Aquí tienes, ya ves que soy hombre de palabra.

Salieron entonces de la sombra de los álamos y caminaron después, mirando de todos lados, hacia la puerta de calle.

— Aquí tienes la llave del postigo. Si la puerta está cerrada, entras por ahí abriéndolo sin hacer ruido. Guárdame la llave, no me la pierdas.

El sereno, avanzó resueltamente. El propósito de Díaz, era ponerse en salvo, si la entrada del sereno á la casa provocaba al interior algún movimiento, indicio de que había gente apostada para prenderlo.

La puerta de calle, junta solamente, cedió á la presión del sereno. Abriéndola apenas, el hombre se deslizó dentro del zaguán. El cabo de policía que esperaba allí de facción, cerró la puerta precipitadamente sobre el que entraba.

— ¡Alto ahí! *dese á preso* — le dijo abalanzándose sobre él.

Díaz oyó el golpe de la puerta al cerrarse. Su ardid revelaba la presencia de gente esperándolo dentro de la casa. Voces de lucha llegaron confusamente á sus oídos. Riéndose del aprieto en que dejaba al sereno, apresuróse entonces á emprender la fuga y echó á correr.

Mas al mismo tiempo que empezó la carrera, un hombre á caballo se desprendió de la sombra de los

álamos y se lanzó hacia él con tal velocidad, que en pocos segundos el mozo se vió cerrado el paso por el que llegaba blandiendo el sable y diciéndole con imperiosa voz :

— Alto, párese, y dese á preso.

Era el asistente de Quintaverde. Había visto adelantarse á Díaz y al sereno hacia la puerta. Observando que uno de ellos entraba en la casa mientras que el otro hacía ademán de huir, lanzóse á carrera tendida sobre este último.

El joven era demasiado valeroso para amedrentarse con la orden que le intimaba el asistente. Usando de su vigorosa actividad, empezó á hacer lances al jinete, sin interrumpir su carrera. El soldado arremetía ordenándole detenerse. Díaz sin obedecerle ni contestarle, continuó su maniobra, saltando á derecha é izquierda para burlar las embestidas del caballo. Antes de dos minutos llegó así á la primera hilera de árboles.

— ¡ Pillame ahora si puedes, paco tonto !

Con ese reto le lanzó una carcajada de burla. El grueso tronco de los álamos, cubiertos de ramas casi hasta el suelo, le servía de parapeto seguro contra las furiosas arremetidas del militar.

Antes que éste hubiera conseguido llegar al árbol tras del cual se guarecía el mozo, ya él había corrido á otro, como en el juego infantil de « las cuatro esquinas » y desafiaba desde ahí con chuscadas y con burlas á su perseguidor. En esas maniobras de agilidad y de audacia, Díaz iba avanzando metódicamente en dirección al oeste.

Su propósito era alejarse con la mayor rapidez que fuera posible de la casa de sus tías, de donde podría el asistente de Quintaverde recibir refuerzo de gente



de á pie, que haría entonces peligrosísima la lucha. También pensó al cabo de poco rato, que estaría mucho más al abrigo de los ataques del soldado, poniendo entre éste y él, la ancha acequia, que separa por ambos lados de la Alameda, las avenidas laterales de la central del paseo. En uno de los lances con que esquivaba la persecución, en vez de dar la vuelta del árbol que lo escudaba, Díaz, con un movimiento rápido, se lanzó por la tangente al través de la avenida lateral y pasando de un salto sobre la acequia, buscó el refugio del árbol más inmediato, antes que el soldado hubiera notado la estratagema. Furioso de verse así burlado, el hombre lanzó inmediatamente su caballo contra el fugitivo, buscando uno de los puentes de losa que de trecho en trecho servían al pasaje de la gente de á pie; pero en ese rápido cambio de dirección, lanzado el animal á carrera, sus herraduras resbalaron sobre la pulida superficie del puente y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo, arrastrando al infeliz jinete en su caída.

— ¡Amuélate! amuélate, paco tonto! — gritó Díaz al verlo caer.

Y sin parar para darse cuenta de las consecuencias de esa caída, emprendió la carrera hacia la calle de Duarte, donde no tardó en desaparecer en la obscuridad de la noche.

Cuando se creyó libre de toda persecución, Carlos Díaz cesó de correr y se puso á caminar con tranquilidad. Necesitaba recogerse en sí mismo y coordinar sus pensamientos. Á poco andar, sintióse en la plenitud de sus fuerzas. La escena en que acababa de burlar los ataques del soldado de policía, lo llenaba de picaresca satisfacción. No había huído por temor. Había cedido á su genial instinto de lucha, al irre-

sistible impulso de su carácter aventurero. Reíase de la caída del jinete, calificándolo de *buen costalazo* en su lenguaje de colegial travieso. Pero luego pensó en que el hombre se había talvez fracturado una pierna y lo compadeció sinceramente. «¡Pobre paco!» Al fin y al cabo él lo había perseguido en cumplimiento de su deber — pensó el ñato, cambiando el rumbo de su marcha. Su primer propósito, antes de reflexionar, había sido el ir á refugiarse en la miserable morada de Chanfaina y de su madre adoptiva, para tener el tiempo de tomar allí alguna determinación más meditada. Pero cuando se hubo serenado después de interrumpir la carrera, abandonó esa idea y tomó el camino de la habitación de Onofre Tapia. Su espíritu había establecido una comparación entre la miserable pieza de la villa el Cobi y el cuarto del antiguo asistente de don Julián, en el que acababa de observar el aseo metódico y ordenado de los hábitos militares. La calle de Duarte estaba allí cerca y ésta fué otra consideración que lo llevó á pedir la hospitalidad al agente de policía.

Profundamente dormido, Tapia tardó un buen rato en abrir al visitante, después de asegurarse, por un diálogo al través de la puerta, que era en realidad Carlos Díaz el que llamaba

— Confiese ño Tapia que no me esperaba — le dijo el mozo al ver al hombre plantado delante de él, iluminándole el rostro con la vela que tenía en la mano.

— Así es pues. ¿Qué le ha pasado, don Carlito? Díaz le refirió lo que acababa de ocurrirle.

— ¡ Buena la escapada! — exclamó Tapia; — por poco no lo pillan.

— De todos modos me habría defendido : yo no



consiento en que me tomen por fuerza. Si me buscan por bien, soy mansito; pero si me buscan por mal, me pongo *chúcaro*.

El ñato se reía al explicar así las condiciones de su índole : una mezcla de suavidad y de entereza en un fondo de juvenil alegría.

— Y entonces, ¿ qué va á hacer, don Carlito?

— Primero me voy á acostar, porque tengo sueño, y después veremos mañana.

— Aguárdese un poquito, yo voy á hacerle una cama.

Tapia hizo sentarse á su huésped, sacó después de un baúl un par de sábanas y una funda de almohada. De su cama, hecha sobre dos colchones, retiró el de abajo, y tendiéndolo en un rincón de la pieza, hizo la cama con algunas mantas y una de sus almohadas á la que puso la funda limpia.

— Voy á dormir como un trompo — dijo el ñato, acostándose ; — apague la vela y buenas noches.

Después de un instante de silencio, Tapia lo oyó decir :

— ¡ Pobre paco ! ¡ bueno el costalazo !

Á esas horas, en casa de las Estero, el servicio al lado de la enferma continuaba con toda regularidad. Deidamia había velado hasta las dos de la mañana, haciendo tomar puntualmente cada hora á doña Manuela el cordial recetado por el médico. Con frecuencia había tenido que emplear la fuerza para impedir que la paciente se arrancase el vendaje que le cubría la herida. Y estas ocupaciones materiales calmaban la ansiosa inquietud de su espíritu, le permitían apartar de sí por momentos el temor que la dominaba sobre la suerte del ñato, desde que había

visto salir de la casa al comandante Quintaverde y á Emilio Cardonel, decididos á ir á buscarlo.

Á las dos, el cansancio vencía la excitación nerviosa producida en ella por las agitaciones de aquella noche, y el sueño, en su cuerpo joven y sano, triunfaba al fin de su cansancio. Deidamia despertó entonces á su madre para hacerse reemplazar por ella. Sinforosa, sin darse cuenta al principio de aquel llamamiento intempestivo, luchó por algunos instantes, en ese caos de vaguedades confusas que detienen en el dintel de la realidad á las personas de sueño pesado, y acabó por despertarse con un estiramiento perezoso de brazos, acompañado de repetidos bostezos.

Deidamia explicó á su madre lo que tendría que hacer hasta las cinco, hora en que podría despertar á ña Gervasia. Sinforosa cumplió religiosamente las recomendaciones de su hija durante la primera hora. Al cabo de este tiempo, sintiendo á la enferma tranquilizarse poco á poco, buscó al pie de la cama una postura cómoda y se rindió complaciente á la traidora caricia del sueño, diciéndose que se despertaría cuando quisiese. Pero el sueño interrumpido tomó á poco rato las proporciones de un letargo ruidoso, en aquella organización de mujer gorda, sobre la que la mayor parte de las impresiones rodaban sin dejar más rastro que el que deja el agua sobre las alas de las aves acuáticas al salir de una zabullida. Entre las cuatro y las cinco, Sinforosa tuvo gran dificultad para salir del anonadamiento en que había caído y darse cuenta de que alguien le tocaba con insistencia un hombro, remeciéndola con suavidad. Al levantar con gran esfuerzo los pesados párpados, su asombro no fué poco de encontrar delante de ella, con el aire



de aparición que le daba la luz alumbrándole por la espalda, la enigmática figura de don Matías Cortaza.

— ¿Qué hay? ¿por qué estás aquí? — le preguntó, alarmada de la inmovilidad de su cuñado.

Él, inclinándose, le habló entonces al oído :

— Anda á acostarte, yo vengo á quedarme con la Mañunga.

Sinforosa quiso mostrar un celo que desmentía el profundo sueño de que acababa de sacarla Cortaza.

— ¿Pero sabrás cuidarla? Hay que darle la bebida cada hora.

— No tengas cuidado, anda no más, ya te caes de sueño.

Sinforosa salió de la pieza, asegurando que estaba más despierta que don Matías.

Al encontrarse solo, en medio de la noche, con su mujer atormentada por la fiebre, Cortaza fijó sobre ella una mirada indefinible de compasión y sobresalto. Había luchado largas horas con sus vacilaciones antes de resolverse á entrar al aposento de su mujer. En medio de las supersticiones de su neurastenia, la voz de la conciencia lo aterraba. « Si él no hubiese puesto en poder del ñato la llave del calabozo del loco, nada de lo pasado habría podido acontecer. » Esa idea, que á fuerza de paseos caprichosos al través de su dormitorio, procuraba, desde el principio de la noche, hundir en las tinieblas de su mente desmoralizada por el miedo, volvía á la superficie con todo su horror, como el cadáver que flota sobre las olas entre los destrozos de un naufragio.

Temeroso de despertar á la enferma, don Matías se quedó por largo rato sin moverse. En ese ser, que el calor de la fiebre hacía cambiar de postura á

cada instante, las pocas alegrías y los grandes dolores de su vida estaban concentrados. Á pesar del vendaje, el rostro dibujaba en la sombra sobre la almohada su perfil escultural. Desde la horrenda revelación de su desventura, había evitado fijar su vista en la infiel. Una mezcla de odio y de miedo al poder de su belleza, le había dado fuerzas para mantenerse obstinadamente apartado de ella, para vivir sin verla, como si una gran distancia los separase. Ahora podía mirarla, ahora podía lanzarle á su pálida faz todo el odio de su largo martirio. Pero en vez de saciar su persistente rencor en rabiosas imprecaciones, la idea que esa mujer podía estar cercana á la muerte y de ser él en parte responsable de esa catástrofe, lo anonadaba. Sus ojos de espanto buscaban sobre la encendida frente de la enferma el secreto del porvenir, y ante ese doble peligro, ora de la muerte de la víctima, ora de que llegasen á acusarle á él de participación en el atentado, su terror á la publicidad de un juicio, le hacía considerar la desaparición de su mujer como una desgracia secundaria.

El poderoso fluído magnético que cae sobre una persona á la que otra mira con fijeza, hizo que doña Manuela abriese los ojos incorporándose.

— ¡ Agua, agua ! — pidió con pronunciación entorpecida.

Don Matías tuvo un temblor de sorpresa al oír esa voz y se apresuró á llevar á los labios de la enferma la bebida que Deidamia había dejado preparada. Doña Manuela bebió con la precipitación de un niño sediento mientras que su marido, pasándole un brazo por detrás de la espalda, la sostenía. Calmada la sed, dejóse caer pesadamente sin mirar á la persona que



le había dado de beber. Cortaza, temblando de emoción, se sentó á los pies de la cama. Sentía al través de la manga de su gastada chaqueta de oficinista, el calor de ese cuerpo que no había tocado por tan largo tiempo.

En el silencio que volvió á reinar en la pieza, parecióle hundirse en un abismo oscuro, donde resonaban sus pesares en confusos y sarcásticos lamentos.

En la habitación de Onofre Tapia, los primeros albores del día, al través de las hendiduras de la puerta y de una ventana pequeña, que daban á la calle, encontraron ya despierto á Carlos Díaz.

La excitación de su sistema nervioso, después de las aventuras de la noche, había dominado su sueño, tras del primer anonadamiento del cansancio. Al contacto de la luz de la mañana, las *diucas* empezaban sobre los tejados su charla matinal. Renunciando á conciliar el sueño, el mozo se entregó á pensar. Sus ideas, al principio tenían el entorpecimiento del que se despierta después de una noche de zambra y de embriaguez. El peso de una tristeza latente las oprimía, gravitaba sobre ellas con el sordo escozor de un remordimiento indefinido. De súbito la luz brilló en su imaginación soñolienta, haciéndole entrar en plena realidad. « La violencia de don Julián Estero, pensó con fastidio — había convertido en un atentado criminal lo que no habría pasado de ser una atrevida travesura de muchacho. » Dentro de esa barrera indestructible de hecho consumado, el mozo empezó á buscar una salida. Bien que creación de la petulancia juvenil, su intento primitivo de restituir la libertad al loco, no carecía de serias probabilidades de éxito. Ocultarlo durante algún tiempo, sustrayén-

dolo á la persecución de la familia, no era empresa de éxito imposible. Conseguir después mediante la acción del tiempo y de influencias que podrían encontrarse, empenando en ella el interés de don Guillén Cuningham y de don Miguel Topín, que don Julián fuese reconocido sano y restituído en su antigua posición de hombre libre, no era tampoco un resultado que hubiera podido mirarse como quimérico. Mas ahora — pensaba el mozo revolcándose impaciente en su cama — la acción criminal de don Julián Estero había complicado la situación de una manera deplorable.

Llevado por su índole á considerar de frente las dificultades y los peligros, el joven examinó sin turbarse la consecuencias de esa situación. Estero sería perseguido como criminal y él como su cómplice. Sin duda que la familia del loco, en ese mismo día que empezaba, depositaría una demanda contra don Julián en manos del juez del crimen. La persecución tomaría entonces un carácter oficial. El juez empezaría un sumario indagatorio y todas las personas de la casa serían interrogadas. Sin llevar su investigación mental hasta el resultado de la pesquisa judicial, Díaz se preguntó entonces en qué podría convenir al interés de los acusados que él y don Julián permaneciesen ocultos. El hecho solo de darse él por perseguido era confesar su participación en la fuga de Estero. Volviendo abiertamente á su casa á desafiar la persecución de la que en la precedente noche había tenido la prueba irrecusable, él podría defenderse, establecer con osadía su inocencia y velar, estando libre, con la ayuda de Onofre Tapia por la seguridad de don Julián. En todo caso, la condición de fugitivo repugnaba á su carácter inclinado



á la lucha. Esta sola consideración habría bastado para decidir al mozo á regresar inmediatamente á su casa. Pero otra consideración se unía á ella para confirmar ese propósito. Al pensar en la desolación en que debían encontrarse sus tías, la cuerda sentimental que vibra á veces con tanta facilidad en las organizaciones alegres, resonó en su alma con tristeza. Su deber era volar á tranquilizarlas, á pedirles perdón por la angustia que les había causado.

Las ideas afectan el sistema nervioso según el lado en que reciben la luz de la reflexión. Un violento remordimiento hizo saltar al ñato de su cama, acusándose de ingratitud con esos dos seres humildes que le habían consagrado su existencia. No comprendía ya que hubiese podido vacilar entre seguir oculto ó ir á tranquilizar á sus tías. Onofre Tapia despertó con el ruido que hacía el mozo para vestirse.

— ¡Qué madrugador, don Carlito! — le dijo levantándose también.

— Tengo que ir á ver lo que sucede por allá en mi casa.

— ¿Y si lo están aguardando para tomarlo preso?

— Me tomarán pues; les doy ese gusto. Yo no soy para andar escondido como los ratones.

El tono de resolución con que hablaba retrajo á Tapia de seguir argumentando. Sin decir nada, abrió la ventana por la que entró el sol bañando de luz la pieza.

— Ahí se convencerán — repuso el joven — de que no tienen por qué tomarme preso.

— ¿Y qué le digo á mi capitán, cuando vaya á verlo ahora?

— Dígale que he pensado que si me escondo, no

puedo servirle para nada, mientras que si vuelvo á mi casa, le podré ser muy útil.

Después de una ablución sumaria, volvióse risueño hacia el agente de policía.

— Ahora estoy fresco como lechuga, y me va á dar papel y pluma para escribir.

Tapia lo instaló delante de una mesita de madera blanca, de cuyo cajón sacó lo que el mozo le pedía.

Éste se puso á escribir.

« Señor comandante de policía, don A. Quintaverde :

» Anoche al entrar á casa, me arranqué, porque vi que había gente en el patio y creí que eran ladrones. El paco de á caballo que salió á sujetarme, me hizo conocer que esa gente era de policía. Yo no sé qué tienen que hacer conmigo. Ahora me vuelvo á casa : si me necesita, allí me encontrará.

» CARLOS DÍAZ. »

« Señor don Julián Estero :

» Le mando la presente con Tapia que me promete que va á esconder á usted de tal suerte, que no podrán tomarlo. Ahora me vuelvo á casa porque en la calle podré servirlo mejor que si me escondo. Si me toman preso, no se alarme. Nada me pueden probar y tendrán que dejarme libre. Cuento con su promesa de obedecerme. Con Tapia le mandaré decir todos los días lo que le convendrá hacer. Estoy seguro de sacarlo bien : tenga confianza en su amigo.

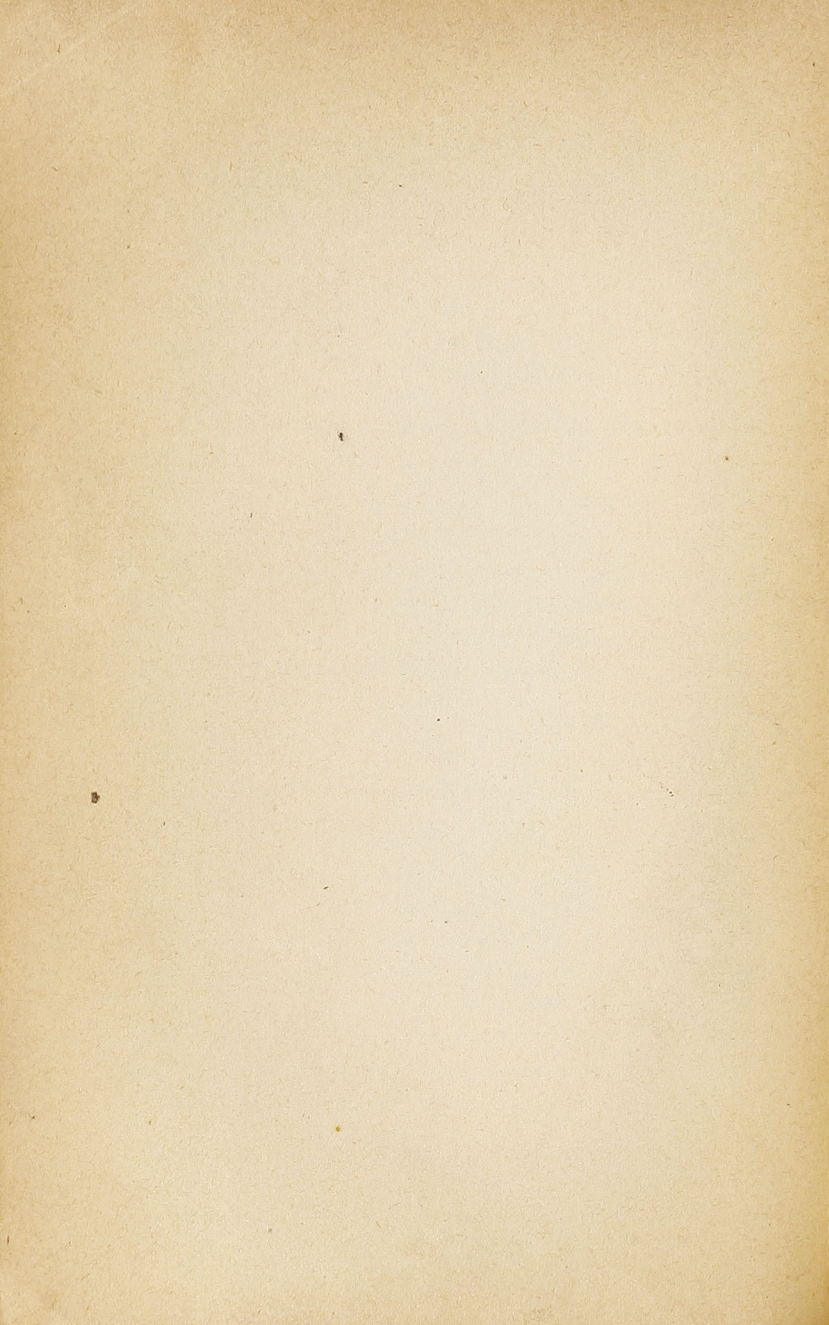
» CARLOS DÍAZ. »

Puso la primera carta en su bolsillo con intención



de mandarla desde su casa según fuese la situación, y entregó la segunda al agente de policía para que la llevase á su destino. Metódicamente le explicó en seguida dónde y cómo debían verse todos los días para conservar la comunicación con Estero.

— Si me llevan á la cárcel — concluyó — ahí me irá á ver. Como usted es de la policía, nadie le impedirá hablar conmigo.





## XIX

Despidióse alegremente del antiguo soldado pipiolo.

Llevaba el ánimo ligero del que ha tomado una resolución que lo saca de enervantes dudas. Mas, su juvenil confianza en su estrella, no lo hizo desdeñar los consejos de su espíritu precavido. Al llegar á la Alameda, tomó el lado del norte hasta encontrarse á la altura de la casa de sus tías. Á esa hora matinal, muy poca gente traficaba por la ancha avenida. Andando con aire distraído, púsose á observar.

En un sofá, situado casi al frente de la puerta de la casa, un hombre se hallaba sentado, volviendo la espalda á la calle central del paseo. Aunque con sombrero de paja era fácil reconocer en él, por su traje de brin blanco de corte militar, un soldado de policía. Sobre el sofá siguiente, á poca distancia, otro hombre de igual manera vestido, apoyaba un brazo á una de las cabeceras del sofá, y sobre ese brazo la cabeza, en actitud de dormir. Díaz los observó á uno y otro con atención, durante largo rato. La postura tomada por el que parecía dormir, convenció al joven que aquel hombre, tenía por consigna, como el primero, observar quién entraba, y

quién salía de su casa. Adquirida esa convicción el mozo atravesó la Alameda, dándose los aires de un paseante, y fué á sentarse en el sofá del que primero había visto. El vigilante, sin mirarlo, se apoyó como si quisiera dormir, sobre la cabecera del sofá. Díaz sacó un cigarro, encendió su mechero, y se puso á fumar, silbando de tiempo en tiempo, el coro de la canción de Yungai. Al terminar la estrofa, volvióse hacia el vecino :

— ¡ *Mirá, hombre, ¿quieres pitar?* — le dijo pasándole la cigarrera.

— *Á ver pues, eche un cigarro* — contestó el hombre.

Mientras se inclinaba para encender el cigarrillo Díaz le preguntó :

— Y ¿ *qué estáis haciendo vos aquí?*

El soldado lo miró con desconfianza.

— ¿ Y *qué se mete á preguntar, pues? ¿qué le importa?*

Por el instintivo respeto con que el hombre del pueblo miraba en aquel tiempo al caballero, el soldado no se atrevía á hablar al ñato de vos, que es el tú del lenguaje popular chileno.

Díaz continuó, valiéndose de la manera de hablar con que había principiado :

— ¿ *Qué tiene eso, pues? te pregunto por saber.*

— Eso menos averigua Dios y perdona — respondió el otro, despidiendo una nube de humo por boca y narices.

Pero el joven no se arredró al oír esa frase proverbial de negativa.

Lanzando al aire el humo, como lo había hecho el soldado — repuso :

— No te *estis* haciendo de las monjas.



¿Queris que te diga lo que estáis haciendo aquí?

— Si lo sabe, ¿pa qué pregunta?

— Pa que me lo dijeras vos mismo.

— ¿Quiere saber lo que estoy haciendo? Ya lo ve, pues : aquí estoy *sentao*.

— Vean qué gracia, pero *estáis sentao* para ver quien entra á la casa de enfrente.

— Cerquita le anda; ¿tiene otro cigarro?

Díaz le pasó su cigarrera.

— *Tomálos* todos, yo tengo otro atado en el bolsillo.

— Vaya pues, si no le hacen falta...

— Y la cigarrera también, te la regalo.

— Gracias, patroncito; la tomaré, pues : yo no soy corto de genio.

— Pero me *vais* á decir si es cierto que estáis aquí para *aguaitar* si entra un *guainita* á la casa de enfrente.

— Así no más es, pues, ¿pa que se lo niego?

— Ya ves que yo lo sabía.

El soldado se sonrió en señal de asentimiento.

— Y ¿aquél que está allá en el otro sofá, haciéndose *dormío*? es tu compañero?

— Quien sabe, pues.

— No te *estís* haciendo tonto : si está *vestío* como vos.

— Así será, pues, ¿qué sacamos *dihei*?

— Que entre los dos, ustedes están aquí para tomar preso al que entre en la casa.

— *Ei* si que la erró, patron, no *tenimos* que agarrar preso á *naide*, sino que uno irá á avisar á la policía y el otro se queda aquí de guardia en la puerta.

— Lo mismo da, es para que vengan á tomarlo preso.

— Yo no sé nada, yo cumplo mi consigna.

— Entonces, si yo *verbi gracia* entro en la casa, vos lleváis el aviso á la policía.

— *Al tiro* pues, lo llevo, eso sí.

— ¿*Queris* además ganar dos reales?

— Según y cómo : sino es contra mi consigna, ¿ cómo no he de querer?

— Te los doy *pa* que llevís una carta al comandante Quintaverde, con el aviso que alguien ha entrado á la casa.

El hombre reflexionó un instante.

— *Convenio*; eso no se opone á la consigna.

— ¿Ya ves? no hay, como entenderse. Y te aseguro que el comandante estará muy contento de recibir la carta.

— ¿Y qué le digo al dársela?

— Le *decís* que *vais* de la parte de don Carlos Díaz.

— Ese es el nombre que nos mentaron — dijo el soldado, recibiendo la carta, al mismo tiempo que el mozo puso en sus manos una moneda de dos reales.

— Y *pa* que veáis que no miento, *mira* bien, yo voy á entrar á la casa.

El soldado lo vió alejarse y hacerle desde la puerta, una señal de despedida. Encantado de ganar una propina por cumplir con su obligación el hombre dió instrucciones á su compañero para no dejar salir á nadie de casa de las Lizarde y á paso de trote tomó el camino del cuartel de policía.

El joven encontró á sus tías en oración. Delante de un cuadro de la Santísima Trinidad de escuela quiteña, groseramente pintado, rezaban un trisagio, en compañía de la criada y de la cocinera. Al divisar



á Díaz, ambas corrieron á él y lo enlazaron con sus brazos.

— ¡Niño, por Dios, ¿qué te habías hecho? — exclamaban alborozadas, como si no hubiesen visto al mozo por largos años.

— Denme mate primero y les contaré.

— Juana, dale ligerito mate al niño — ordenó una de las hermanas.

Las preguntas y las respuestas se sucedieron entonces en tropel.

Díaz oyó con vivo interés la relación de la visita del comandante Quintaverde.

— ¡Ah, diablo! esto no está bueno — exclamó al saber que el traje de don Julián había sido descubierto.

No había creído probable que esa prueba de su participación en la fuga de Estero, cayese en manos de la policía. Acaso se hubiera retraído de enviar la carta al comandante Quintaverde que acababa de confiar al vigilante de la Alameda.

Las dos tías no pudieron darle detalles precisos sobre lo que había ocurrido en la pasada noche, después que les habían prohibido salir de sus habitaciones. Creían haber sentido voz de riña á eso de las doce y media; pero todo había quedado después en silencio. « Ellas habían pasado rezando toda la noche, para que la Virgen y San José y todos los Santos del cielo lo protegiesen ».

— Y ya ves, hijito — exclamaron una tras otra, completándose las frases, con la vista reluciente de acendrada fe — que la Virgen ha hecho el milagro, puesto que has vuelto sano y salvo.

— Sano sí, y con hambre: pero salvo, eso veremos

después — dijo el joven haciendo *roncar* su tercer mate.

Ambas lo interrogaron temblando. Querían saber qué había pasado para que hubiesen venido á buscarlo con el aparato de tanto vigilante. Mientras el joven, sumariamente, les refería los sucesos de la noche, las dos hermanas se santiguaban para desvanecer los peligros que había corrido el *niño*.

— En fin, hijito, ya estás aquí en seguridad y si te vienen á buscar, nosotras sabremos esconderte.

Díaz les preguntó entonces si tenían alguna noticia de la casa de las Estero.

— ¡Ay, por Dios! ¡y se nos olvidaba la carta!

Le contaron entonces la visita de ña Gervasia y le entregaron la carta de Deidamia.

La lectura de esas pocas líneas le inundó de alegría el corazón. « Ella había pensado en él ». Era un rayo de luz que rasgaba la obscuridad del incierto porvenir. Su energía redoblaba con la esperanza de ser amado. Las complicaciones de la situación no le arredraban ya y ansiaba arrostrarlas. « Ella sabrá que lejos de huir y ocultarse, él desafiaba á sus perseguidores. » En ese instante se enorgullecía de este acto de audacia que Deidamia no dejaría de admirar.

Pero en la animada charla había corrido el tiempo. Hora y media después de la entrada de Carlos Díaz á su casa, un sargento de policía atravesaba el patio y pedía hablar con él. Las dos tías que consideraban ya conjurado todo peligro, volvieron á caer en los trances mortales que la presencia del mozo había totalmente disipado. Díaz se adelantó hacia el sargento.

— De parte de mi comandante — dijole éste pasándole un pliego cerrado en forma de oficio.

El joven rompió el sello y leyó :



« Sr. D. Carlos Díaz :

» El sargento portador de este oficio, va encargado de conducir á usted preso á la cárcel. En atención á que usted se entrega espontáneamente, será custodiado de lejos en la calle por el sargento y sus soldados, de suerte que el arresto de usted no llamará la atención pública en el camino.

» Dios guarde á usted,

» J. QUINTAVERDE ».

— Sargento, estoy á sus órdenes — dijo el mozo después de la lectura del oficio.

Las tías aterradas, lo rodearon.

— ¿Qué hay? ¿por qué te vienen á buscar? — exclamaron.

El sobrino trató de tranquilizarlas.

— No crean que me llevan preso : como yo le escribí al comandante, ahora me escribe que quiere hablar conmigo.

Ellas le pedían que lo jurase. Díaz redobló sus explicaciones tranquilizadoras y salió de la casa, seguido por el sargento.

Cuando los dos hombres hubieron pasado la puerta de calle, la criada salió tras de ellos y volvió un instante después á carrera.

— No le crean sus mercedes — dijo á las tías, — seguro que se lo llevan preso : tres vigilantes lo van siguiendo desde lejos detrás del sargento.

Poco tiempo después de esta escena, Onofre Tapia entraba en casa de las Lizarde en busca de Carlos Díaz. Con los ojos encendidos por el llanto y el rosario de la oración interrumpida en la mano, la mayor de las tías refirió á Tapia lo que acababa de acontecer.

— Es seguro que lo han llevado á la cárcel — dijo la afligida señora; — ¡si usted pudiese ir á hablar con él! Dígale que nos mande avisar lo que necesite y qué empeños quiere que hagamos para que lo suelten. Como no se nos figuraba lo que iba á pasar, no se nos ocurrió hablar de esto.

Sin esperar á seguir oyendo las dolencias de las dos tías y de la criada, que se habían reunido á su alrededor, Tapia salió de la casa y tomó á paso largo, el camino de la plaza de armas, donde se encontraba la cárcel pública.

Había empleado el tiempo, después de separarse de Díaz, en buscar un asilo seguro para conducir allí, á favor de la noche, á don Julián Estero, con quien acababa de tener una corta entrevista en casa de los esposos Topín. Don Julián se mostró, al oír á Tapia, vivamente impresionado por la aventura de Carlos Díaz.

— ¡Valiente el muchacho! — exclamó con entusiasmo, al oír la manera como había burlado los ataques del vigilante de á caballo.

Pero una violenta tristeza pareció sobreponerse á su entusiasmo.

— ¡Y el pobre sufre todas estas cosas por mí! — dijo sombrío.

Su vista cayó entonces sobre la carta de Díaz, que acababa de entregarse su antiguo asistente. Sin decir nada más, volvió á leerla y la guardó pensativo.

Onofre Tapia lo impulsó entonces de los pasos que había dado en la mañana para buscarle un refugio donde estuviese en perfecta seguridad. Su empleo de confianza en la policía daba á Tapia grandes facilidades para conseguir aquel propósito. Sin necesidad de largas diligencias, tenía ya dos piezas para su capi-



tán en una casa de la Cañadilla, que estarían prontas para la noche. Mas don Julián lo escuchaba distraído. Preocupado sobre todo de la suerte de su libertador, pidió á Tapia que fuése á saber de él y le dijera que lo esperaría en la noche en la habitación donde debía ir á ocultarse.

La llegada de Tapia á la casa de las Lizarde poco después que Carlos Díaz era conducido á la cárcel, correspondía á ese encargo del antiguo capitán pipiolo. Tapia llegó al cuerpo de guardia de la prisión, como un cuarto de hora después que el joven se encontraba, ya bajo llave.

Haciendo valer su calidad de agente de policía, pidió autorización al alcaide para ver al prisionero.

— Imposible amigo — le dijo el alcaide — hay orden del comandante Quintaverde de no dejarlo ver por nadie.

En vano arguyó Tapia que esa orden se refería á los paisanos que pidieran hablar con el prisionero, mas no á un militar como él, agente de policía. El alcaide, inexorable sobre su deber, puso fin á esa argumentación, con ademán perentorio.

— Incomunicado, amigo Tapia; ¿no le digo que el preso está incomunicado? no hablemos más. Si usted me trae una orden escrita del comandante Quintaverde, entonces nos entenderemos.

— ¿Quiere una orden escrita? pues la voy á buscar— dijo Tapia profundamente contrariado.

La incomunicación en que había sido puesto Carlos Díaz, era realmente conforme á lo declarado por el alcaide de la cárcel, ordenada por Quintaverde. El comandante deseaba interrogar al joven antes que nadie hubiese hablado con él. Tenía en su poder la ropa de don Julián Estero, encontrada en el cuarto

de Díaz y con esta prueba innegable de su participación en los sucesos de la última noche, esperaba obtener de él, antes de dar parte al juez competente de la aprehensión del mozo, todos los detalles del acontecimiento. Una circunstancia especial lo hizo relacionar el trágico suceso de los Estero, con el denuncia escrito sobre la supuesta reunión de conspiradores políticos, que lo mantuvo alejado de aquella casa en las primeras horas de la noche.

Al recibir en la mañana la carta de Díaz anunciándole que regresaba á su casa, la correlación de esos dos hechos, la fuga del loco y la carta anónima del falso denuncia, le pareció evidente. Aunque con ligeras diferencias en la forma de las letras, la escritura de una y otra carta era idéntica. Tenía, por consiguiente, dos pruebas materiales para confundir á Carlos Díaz y ponerlo en la imposibilidad de negar su complicidad, en la fuga de don Julián cuando menos, ya que no era posible deducir de esas pruebas que el mozo era parte también en el atentado criminal cometido por el loco. Quintaverde salió temprano de su cuartel camino de la cárcel. Pensaba que la ocasión, esta servidora de los ambiciosos que saben cogerla por el cuello, no pudiendo asirla por los cabellos, le ofrecía una brillante oportunidad de distinguirse en su carrera. El drama de la casa chica iba á despertar á Santiago de su genial apatía. Aquel suceso serviría de pasto á la pública curiosidad, despertada inopinadamente. Era el momento de dar nuevo lustre á su reputación de jefe sagaz, descubriendo el refugio del fugitivo, así como había tenido ya la buena suerte de apoderarse de su cómplice.

Cuando el alcaide en persona, sustituyéndose al carcelero, en honor del jefe de la policía, abrió la



puerta de la celda en que se encontraba Díaz, el joven fumaba un cigarrillo, acostado sobre la cama, en filosófica meditación. Al ver entrar á Quintaverde, incorporóse ágilmente, presentando al visitante el rostro risueño de quien recibe una visita agradable.

— Mucho gusto tengo de verlo, comandante — le dijo mostrándole con cortésademán, la única silla que contenía el aposento — porque estando encerrado no podía ir yo á darle las gracias por su fineza de dejarme venir solo á la cárcel.

Quintaverde pensó, al ver la amable acogida que le hacía el prisionero, que el mejor modo de disponerlo á la franqueza, era colocarse como él, en el terreno de una alegre familiaridad.

— Si está usted encerrado, no es culpa mía, don Carlos, puesto que usted mismo me escribió para hacerse prender.

— Vamos por partes, comandante, no cambiemos los frenos, yo le escribí que « si me necesitaba » me encontraría en casa, y como sé que no he hecho nada para que me tomen preso, creí que usted me pediría que fuése á su cuartel, si algo tenía que decirme.

— Aquí estamos mejor para conversar que en el cuartel — dijo Quintaverde en tono campechano, sentándose en la silla.

— Como le parezca — dijo Díaz, sentándose á su vez sobre la cama.

Al mismo tiempo, para inspirar confianza al joven, el comandante le presentaba la cigarrera abierta, ofreciéndolo un cigarrillo.

— Usted botó su cigarro cuando entré — añadió ; — aquí tiene para que siga fumando.

Díaz aceptó la oferta; encendió su mechero y lo presentó á Quintaverde. Después de prender él mismo

su cigarrillo, se quedó en silencio, esperando que hablase el militar.

— Don Carlos — empezó éste, — usted dice que no ha hecho nada para que le tomen preso.

— Y es la verdad.

— Entonces tiene limpia la conciencia.

— Limpia como una patena, comandante, y de seguro más limpia que todo el cuerpo de policía incluso su jefe.

Dijo esto el mozo con una franca carcajada, como si él y su interlocutor fuesen dos amigos que se chanclean con toda confianza.

-- Esto es mucho decir, don Carlos. Á ver, déjeme confesarlo.

— Pregunte no más, comandante, suprimiremos el acto de contrición, si le parece.

— ¿Sabía usted que el loco Estero se fugó anoche de su calabozo ?

— No lo sabía anoche, lo supe esta mañana al llegar á casa : ya ha corrido la noticia por todo el barrio.

— ¿Sabe usted que el loco, antes de salir de la casa, quiso asesinar á su hermana doña Manuela, y que la hirió en la cabeza ?

— También me lo dijeron en casa esta mañana.

— ¿ Y sabe lo que dicen los de la familia ? Dicen que sólo usted puede haber ayudado al loco á salir de su calabozo.

— ¡ Buena cosa ! ¿ Y no dicen también que yo le sostenía el brazo cuando hirió á la señora ?

— No, no dicen esto, pero dicen lo otro.

— Pues si lo dicen tendrán cómo probarlo.

— ¡ Oh ! ¡ pruebas no faltan !

Ante esta exclamación, Díaz sintió que entraban á



la parte crítica del interrogatorio y trató de evitar el golpe antes de recibirlo.

— Ya sé lo que usted quiere decir. Va á hablarme de una ropa vieja que, según me han dicho mis tías, usted encontró debajo del colchón de mi cama.

— Justamente. ¿ De quién es esa ropa ?

— No puedo saber, porque no la he visto.

— Esa ropa es de don Julián Estero. ¿ Y cómo se encontraba bajo el colchón de la cama de usted ? nadie sino usted puede haberla ocultado ahí.

— Puede haberla ocultado su dueño sin estar conmigo.

— Eso es menos que probable, don Carlos.

— No tanto como le parece á usted comandante. Don Julián el tiempo que ha estado prisionero, ha perdido sus amigos, y se puede decir que no conoce en Santiago más que á mí. Al verse libre, no habrá tenido otra parte dónde ir y fué á mi casa para cambiarse de ropa.

— ¿ Y quién otro sino usted puede haberle proporcionado otra ropa para cambiarla por la vieja ?

— Cualquiera de los muchos soldados del cuartel de enfrente que entraban á darle de comer. Alguno ó muchos pueden haberse compadecido de él y lo habrán ayudado á arrancarse y le habrán proporcionado ropa.

Díaz había hablado con perfecta serenidad. El comandante empezaba á cansarse de la comedia que ambos representaban : él, de tener dudas, y el mozo, de disculparse con razones inadmisibles,

— Don Carlos — dijo al joven con cierta ironía, — usted me quiere hacer tonto.

— Yo, comandante ; cómo puede usted creerlo !

No se puede hacer tonto sino al que ya lo es á medias por lo menos.

— Entonces hablemos como amigos. Yo he querido ver á usted antes de pasar mi parte al juzgado, dando cuenta de lo que ocurrió anoche, para ver si usted tiene cómo disculparse y no pasar por el desagrado de acusarlo de complicidad con el loco.

— Muchas gracias ; pero ¿ qué más quiere que le diga, comandante ? No tengo otra explicación más que lo que he dicho. Si á alguien se le antoja ir á esconder ropa debajo de mi colchón, yo no puedo ser responsable de eso. Que me prueben que he sido yo, y que prueben que esa ropa es de don Julián.

— Ya le dije que pruebas no faltan. Eso de la ropa es una y la explicación de usted no bastaría para anularla ante un juez.

Díaz se encogió de hombros.

— Si el juez no la cree, á él le toca probar que fui yo quien puso la ropa bajo el colchón. Yo probaré por mi parte, que estuve toda la noche fuera de mi casa y que, por consiguiente, no he sido yo quien puso ahí la ropa.

— Bueno pues, eso lo averiguará el juzgado.

Quintaverde había cambiado enteramente de actitud. No era ya el hombre que está de chanza con un amigo. Había asumido el imperioso tono del jefe de policía, acostumbrado á tratar con delincuentes de baja clase. El mozo, por el contrario, conservaba el mismo acento frívolo, ligeramente sarcástico, con que había hablado desde el principio.

— Que averigüe pues ; yo no le tengo miedo — replicó á la amenaza del comandante.

— Pero hay más que eso — repuso éste, sacando de una cartera la carta anónima sobre los supuestos



conspiradores, y la que, firmada por el mozo, le había dirigido Díaz aquella misma mañana. — ¿Reconoce usted que ésta es suya?

Al hacer esta pregunta, presentaba al joven la carta firmada. Díaz la examinó un instante.

— Mía de puño y letra.

— ¿Y esta otra? — repuso Quintaverde mostrándole la carta anónima.

El joven la leyó en voz baja, con atención y calma, dándose así el tiempo de meditar su respuesta. Al concluir, alzó la vista con una maliciosa mirada.

— Ésta no tiene firma — dijo sonriendo.

— No tiene; pero es de la misma letra que la otra.

— Ciertito que se parece; vean, pues, pero ¿qué hay con eso? muchas letras se parecen.

— Usted no podrá negar que es la misma letra, ni que es usted quien ha escrito.

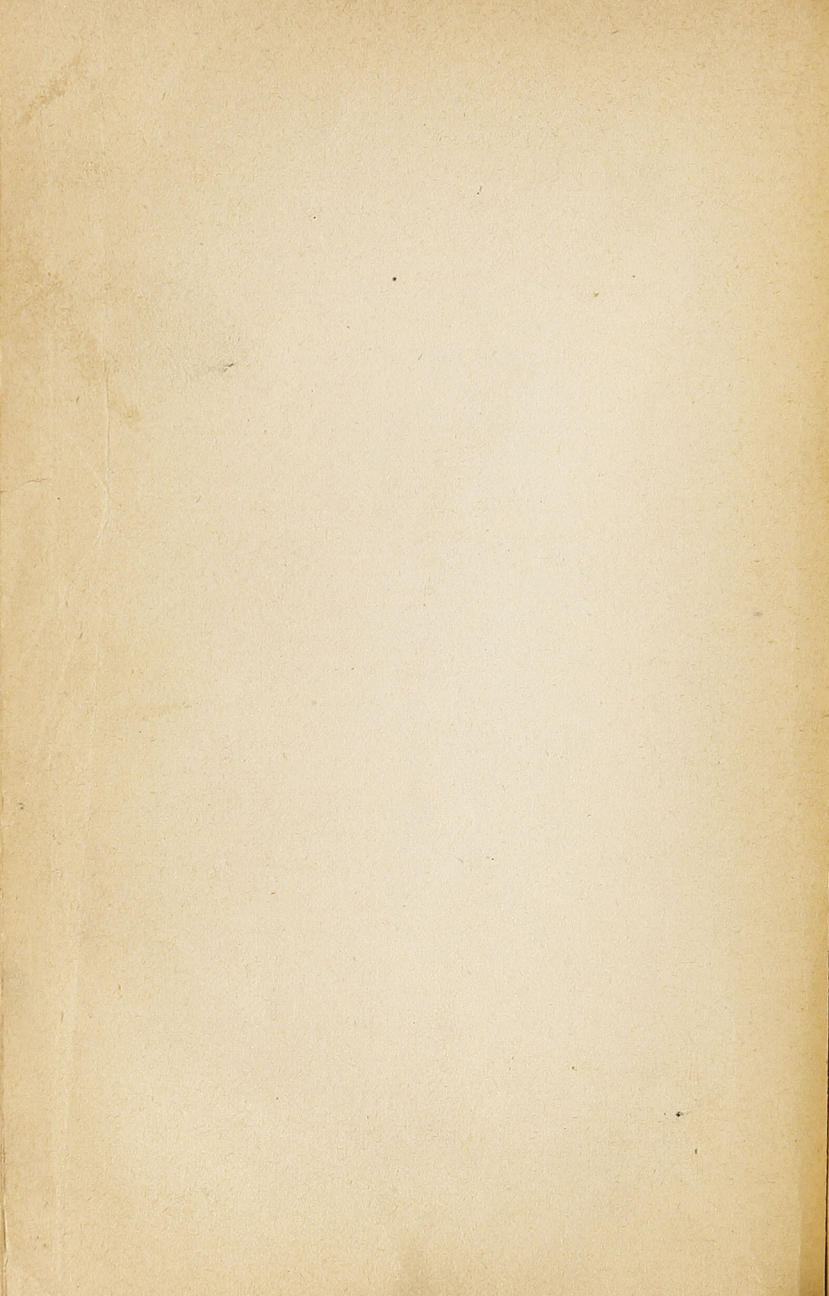
El joven alzó la mirada al techo, medio cerrando los ojos en actitud de reflexionar. Rápido en sus decisiones no tardó en adoptar una que tenía por lo menos la virtud de ser dilatoria.

— Vea, comandante — dijo sin mirar á su interlocutor y como si continuase todavía sus reflexiones; — suponga que yo confiese que el anónimo es mío, ¿qué saca usted de ahí?

— La consecuencia es muy clara. Usted me escribió eso para mantenerme lejos de casa de las señoras Estero, donde sabía que yo estaba convidado, precisamente á la hora en que debía usted sacar al loco de su calabozo.

— Es una consecuencia que no tiene ningún valor, si no se prueba que la carta anónima es mía.

— El juez lo obligará á usted á confesar que es suya.





## XX

El comandante se puso de pie al pronunciar, con tono de enfado, estas palabras. La tranquilidad imperturbable de Carlos Díaz había concluido por impacientarle. Tenía, sin embargo, bastante poder sobre sí mismo, para no renunciar á su propósito, al buscar aquella entrevista. Valía la pena de ser paciente á trueque de obtener alguna confesión de su prisionero que lo pusiese en camino de descubrir el refugio de don Julián. Así fué que, en vez de alargar la mano para abrir la puerta, Quintaverde se acercó al joven, sentado siempre á los pies de la cama.

— Vea, don Carlos — le dijo dulcificando la voz, — le vuelvo á repetir que he venido á hablar á usted antes de poner el asunto en poder del juzgado, por evitarle de aparecer como reo en una causa que va á ser ruidosa. Hoy, antes de la tarde, todo Santiago hablará de la fuga del loco y del intento de asesinato cometido por éste. Como en la familia acusan á usted de complicidad, el interés de usted es que no haya prueba alguna que ofrezca fundamento á esa acusación. Que lo acusen á usted sin prueba ninguna, eso no basta para detenerlo á usted aquí. Á mí me da

pena, le aseguro, que un joven que principia la vida, hijo de un hombre que conocí en mi niñez, quede bajo el peso de esa acusación. Estoy dispuesto á evitarle á usted semejante vergüenza, destruyendo las pruebas que lo condenan, pero es menester que usted me corresponda ese servicio, ayudándome á cumplir con mi deber, que es el de descubrir el paradero del loco y devolverlo á su familia.

Hablaba Quintaverde en tono persuasivo, casi afectuoso, lentamente, para que su interlocutor pudiese apreciar el valor de sus argumentos y la ventaja de la proposición que le hacía.

El joven, escuchándolo con marcada atención, se mostraba impenetrable. Al oír á su interlocutor, sus ojos brillaron con expresión de franca altivez. No dejó, sin embargo, traducirse ese sentimiento en su respuesta. La sonrisa de amable frivolidad, casi burlesca, que durante toda la conversación se había pintado en su fisonomía, cubrió de nuevo sus facciones al contestar :

— Todo eso, comandante, quiere decir que yo *venda* al pobre loco, si acaso sé dónde ha ido á esconderse; pero aunque quisiera no podría venderlo, porque no sé dónde se encuentra.

Quintaverde hizo un ademán de incredulidad y Díaz se apresuró á añadir :

— Pero sépase que aunque lo conociese, comandante, no haría de Judas para delatarlo : eso no se propone á un caballero.

En su voz hubo entonces una vibración de reto, al mirar de frente, con altanera arrogancia á Quintaverde.

— ¡ Ah! ¡ así es la cosa! — exclamó con descompuesto semblante el jefe de policía. ¿ Usted quiere



aparecer como acusado ? Está bien ; veremos si no se arrepiente.

— Comandante, « de los arrepentidos es el reino de los cielos ». No creo que nos encontremos los dos por allá, el día del Juicio.

Á esta broma del ñato, Quintaverde replicó con voz agria :

— Veremos si está usted mañana tan bromista como ahora.

Había tomado y entreabierto la puerta para salir.

— ¿ Entonces, comandante, usted va entregarme á la justicia ?

— Es usted quien se entrega ; yo cumplo con mi deber.

El joven se puso de pie, como para despedirse de su poderoso visitante.

— ¡ Mire ! ¿ quiere que le diga una cosa, comandante ? Pues le advierto que si me denuncia al juez y no me pone ahora mismo en libertad, usted cometerá una *chambonada* muy grande, de la que tendrá que arrepentirse. Acuérdesse de mí.

— ¡ Ah ! ¡ parece que usted me amenaza ! No le entiendo. ¿ Qué me quiere decir con eso ?

— Que su interés está en tratarme como amigo, comandante, y no como enemigo. Si usted me entrega á la justicia, no soy yo quien saldrá perjudicado, sino usted, se lo advierto : piénselo bien.

— ¿ De qué manera seré yo el perjudicado ?

— Porque si el juez me interroga, yo que no sé mentir, cuando hablo seriamente, le diré la verdad.

— Entonces usted conviene en que á mí no me ha dicho la verdad.

— Perfectamente. Con usted he hablado de broma.

— ¿ Y me puede decir por qué ?

— Como no, yo soy muy franco. Desde que vi que usted me venía á ver antes que yo sea interrogado por el juez, era claro que quería sonsacarme algo y darse los aires de muy diablo; pero como yo sé que mi causa es buena, muy buena, no he querido darle en el gusto : ya ve que le hablo con el corazón en la mano.

— Sí, le aseguro que me gusta su franqueza.

— Y yo le aseguro, como que aquí estamos los dos, jugando á quien es más pillo, que no le gustará que yo sea tan franco al responder á las preguntas del juez.

El aire de provocativa burla con que hablaba Díaz picó la curiosidad de Quintaverde, al propio tiempo que le ofendía el amor propio.

— Para saber si no continúa usted de broma, yo necesitaría conocer qué es lo que usted se propone contestar al juez.

— La verdad solamente, la purita verdad. Si usted quiere saber, oiga, pues. El juez me dirá que estoy acusado de haber hecho fugarse á don Julián Estero. Yo le responderé que antes de decir si es ó no verdad, yo sostengo que en caso de serlo, yo no habría cometido ningún delito, porque no habría hecho otra cosa que poner en libertad á un hombre arbitrariamente detenido por su hermana, interesada en hacerlo pasar loco, para apoderarse de sus bienes. El juez no podrá sostener que la detención es legal, porque no existe decreto judicial, ni gubernativo, que la justifique. Por consiguiente, se ha cometido un atentado contra la libertad y los bienes de un ciudadano pacífico; el que lo ha liberado ha sido sólo el instrumento muy respetable de la vindicta pública.



Aquí se detuvo Díaz para decir con sorna á Quintaverde :

— ¿Qué tal el alegato, comandante? se ve que estoy en la clase de Derecho y que soy capaz de sacarme el premio.

— Y sobre todo — replicó Quintaverde — el juez verá que usted sabe tergiversar y que le enreda la madeja, para que no pueda encontrar la punta del hilo, dejándolo sin saber si usted niega ó si confiesa que sacó al loco de su prisión.

— Nada de eso, comandante : tenga paciencia. El juez, después de oír mi alegato y conociendo que está en mal terreno, medirá, ahuecando la voz : « Yo no le pregunto á usted si el loco estaba legalmente detenido ó no. Le pregunto que me diga usted categóricamente si usted lo ayudó á fugarse. » Yo le responderé entonces : « Sí, usía, yo le ayudé á fugarse » ya ve, comandante, que no tergiverso.

— ¡ Ah ! ¡ Al fin usted lo confiesa ! — exclamó Quintaverde — como el que vence á duras penas una resistencia tenaz.

— Ya lo ve, pues, lo confieso; pero oiga lo que sigue y verá la *chambonada* que va usted á cometer. El juez me preguntará entonces cómo le ayudé á fugarse á don Julián; y si no me lo pregunta, no importa, porque yo se lo explicaré. Supongamos, pues, que me pregunta : « ¿Cómo le ayudó usted á fugarse? » Yo le diré : « abriéndole la puerta del calabozo ». « ¿ Con qué llave le abrió usted ? — « Con la llave que tiene siempre guardada doña Manuela. » « ¿ Y cómo pudo usted tener esa llave ? » Yo le contestaré : « Usía quiere que se lo diga ? le advierto á usía que me cuesta mucho decirlo. »

« No mienta, acusado » — me dirá entonces el

juez. Fijese, comandante, en mi respuesta — dijo el mozo. Hizo una pausa sonriendo con aire socarrón: fijese bien. Yo contestaré entonces: « Si me lo ordena, tengo que confesárselo: quien me dió la llave fué el marido ultrajado. »

Quintaverde tuvo un estremecimiento como quien recibe un golpe al que no podía esperarse. Díaz, entre provocativo y risueño, prosiguió.

— El juez tiene que preguntarme: ¿explíquese usted? ¿qué quiere decir con eso?

— Quiero decir, usía, que hay un marido ultrajado en la casa donde estaba el prisionero, y que yo conseguí que el marido ultrajado le sacase la llave á su mujer para vengarse de ella. ¿Quiere usía que lo nombre? « El marido se llama don Matías Cortaza, y su mujer doña Manuela Estero ».

El mozo se dirigió entonces, no ya al juez imaginario, sino á Quintaverde.

— ¿Sabe usted, comandante, cómo se llama el ultrajador de don Matías?

El jefe de policía, ocultó su turbación, acudiendo á la audacia.

— Lo que dice usted es una infame invención.

— ¿Le parece? No se *afarole*, comandante, y no se figure que su insulto me da miedo. Lo que digo es la verdad y puedo probarlo.

— Probarlo: no esté diciendo tonterías.

— Probarlo, si señor. Usted me mostró hace poco dos cartas, ¿no es cierto? diciendo que bastarian como prueba de mi culpabilidad. Pues yo también haré que muestren al juez dos cartas suyas, comandante. No las tengo aquí, por supuesto; no soy tan *lerdo* para exponerme á que usted me las haga quitar



por fuerza; pero las sé de memoria y las pondré, llegado el caso, ante los ojos del juez. Para que vea que no miento, le diré que una de ellas principia así : « Reina de mi corazón » y está firmada : « tu *Quinta* ». La otra principia : « Prenda idolatrada » y la firma : « tu *Verde*. » El juez no tiene más que juntar las firmas para leer clarito : « Quintaverde ». Ya ve, pues, si le conviene que yo hable.

El comandante perdía toda su arrogancia. Veía que aquel mocito risueño estaba armado de una astucia maquiavélica, apoyada en una voluntad de hierro.

— Yo no tengo ningún interés en que usted hable, sino en saber dónde está el loco — dijo con tono inseguro.

— Pero para saberlo tomó usted el peor camino. Si usted me entrega al juez, yo hablo; y si hablo, usted es el denunciador de la mujer que ha sacrificado á su marido por amor á usted. ¡Figúrese el escándalo que esto va á producir! ¡Y en qué momento, Comandante! Cuando usted abandona á esa mujer para casarse con otra. ¡Ah! no me diga que no; todo se sabe aquí en Santiago. Si no somos tantos, pues.

No hallando qué responder y por no confesarse vencido, Quintaverde interrumpió al joven con tono enfadado :

— Le prohibo á usted ocuparse de mis asuntos particulares.

— No me ocupo de ellos si usted no me toca; pero si me entrega al juez, entonces todo se sabrá : á usted le corresponde pesar las consecuencias.

El comandante se quedó pensativo. Su situación era sin salida. Por evitar que se divulgase la deshonra

de doña Manuela Estero, le era forzoso rendirse á las exigencias de Carlos Díaz.

En pocos momentos los papeles de los interlocutores se habían cambiado. La arrogancia del oficial se desvanecía delante de la risueña entereza del prisionero. Firme y sarcástico á un tiempo, el joven hablaba con cierto aire de autoridad que se imponía, por virtud de esa fuerza moral de las voluntades poderosas.

Viendo vacilar á Quintaverde, el joven aprovechó el momento para mostrarse conciliador.

— Mejor es que seamos amigos, comandante. Si usted me saca de aquí ahora mismo, yo le prometo que nada se sabrá y que nadie mencionará su nombre, aunque pase lo que pase.

— ¡Oh! ¡sacarlo! ¡qué de prisa va usted! — dijo Quintaverde, buscando espacio en la pequeña pieza para pasear su ruborosa impaciencia.

— Fijese bien, comandante, ¿quién le ha pedido á usted que me tome preso? la familia de los Estero, no es verdad? El juez no sabe todavía lo que pasa. Luego usted lo arriesga todo por esa familia, que se volverá contra usted cuando yo, acusado por ella, saque los trapitos al sol. Todo Santiago estará en mi favor, porque se dirá que yo me he sacrificado por una causa generosa, y el juez acabará por ponerme en libertad; mientras que de usted, dirán que por recomendarse como comandante de policía celoso de ganar algún ascenso, no ha reculado ante la vergüenza que caerá sobre una señora de buena fama á la que usted no tenía para qué sacrificar.

Mientras hablaba Carlos Díaz, el comandante, mordiéndose nerviosamente el bigote, sentía penetrarle el razonamiento como una acusación oprobiosa.



Al fin, presa de acosadora impaciencia, sacudiendo la cabeza para sobreponerse á su humillación. Quintaverde, exclamó :

— ¿Qué garantía me da usted para el cumplimiento de su promesa?

— ¿Qué garantía? Mi palabra de honor primeramente y el comprometerme á hacer todo lo posible para que se le devuelvan las dos cartitas; pero en cambio de las mías por supuesto — añadió — y en cambio también de la promesa de que usted no hará buscar á don Julián.

El comandante formuló esta posibilidad :

— Pero ¿si prenden á don Julián? seguramente le seguirán un juicio.

— Si eso sucede, nadie tiene para qué mencionar el nombre de usted.

Quintaverde pareció indeciso todavía.

Viéndolo meditativo, Díaz añadió :

— Lo que conviene, comandante, es que yo salga de aquí cuanto antes, para ver el modo de que la familia no presente querella judicial contra don Julián. Mientras tanto, nadie sabe por qué he sido yo traído á la cárcel. El juez no tiene por qué ocuparse de mí, de modo que usted puede hacerme salir de su propia autoridad.

Quintaverde haciendo un ademán de brusca resolución tendió su mano á Díaz, con aire de franca cordialidad :

— Don Carlos, aquí está mi mano. Lo creo á usted un hombre de honor. Vamos á salir juntos de aquí : me fío en su palabra.

— Que no le faltará, comandante, porque desde ahora soy su amigo.

Onofre Tapia durante aquel tiempo, llegaba al

cuartel de policía jadeante de haberse apresurado. Le había parecido de suma importancia obtener de Quintaverde una orden que lo facultase para hablar con Carlos Díaz. Necesitaba pedir instrucción al joven en vista de la nueva situación creada por su apresamiento. El oficial de guardia informó á Tapia de que el comandante había salido temprano á dar una vuelta de inspección y que tardaría probablemente algún tiempo en volver. El antiguo asistente de don Julián Estero, vaciló algunos momentos entre esperar al comandante ó ir á informar á su capitán de la nueva ocurrencia. Con esperar, se exponía á perder un tiempo precioso, mientras que era urgente hacer llegar á noticia de don Julián, la aprehensión de su liberador.

Introducido en casa de don Miguel Topín al aposento ocupado por el fugitivo, Onofre Tapia quedó admirado de la transformación de don Julián á manos de un peluquero, que el mismo Tapia le había enviado al ir en busca de Carlos Díaz. Las tijeras del operario habían hecho desaparecer la cabellera desgredada y larga que daba á la fisonomía de don Julián, juntamente con su inculta barba, el aspecto de un hombre de la edad de las cavernas. A favor de ese cercenamiento, la siniestra palidez del fugitivo había sido reemplazada por el color natural de su cutis, animada ahora al contacto del aire libre que por tanto tiempo le había faltado.

— Mi capitán, no lo habría conocido, — exclamó Tapia, contemplando á su antiguo jefe.

— Tanto mejor, así podría salir sin peligro á la calle. ¡ Tengo ansia de librar á este buen caballero don Miguel Topín de mi presencia comprometedora!

— Mi capitán, creo que nadie en la calle podrá



sospechar quién es usted, aunque ya anda corriendo que usted se ha *arrancado*; pero me parece que con la novedad de que vengo á darle parte, es mejor que espere aquí hasta la noche.

— ¿La novedad? ¿qué novedad es esa? — preguntó don Julián con visible alarma.

— Que se han llevado preso á don Carlito.

Estero saltó de su asiento.

— ¡Preso! ¿cómo? ¿quién lo ha tomado?

Tapia hizo la relación del incidente y la de su infructuoso empeño para hablar con Díaz en la cárcel.

Don Julián empezó á pasearse agitado. Luchando por dominar la violencia de su índole, quería serenarse y pensar con calma.

— ¡Pobre muchacho! yo tengo la culpa de eso, — murmuraba entre dientes.

Cuadrado militarmente, Tapia espiaba el momento de poder intervenir. Don Julián apretaba el paso por momentos, inclinando hacia adelante la cabeza cual si persiguiese confusas ideas agolpadas á su cerebro.

De repente se detuvo delante de Tapia.

— Y ¿por qué lo dejó usted ir á su casa? ¿por qué no le ofreció usted esconderlo?

El exasistente cargó el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha, luego sobre la izquierda, buscando su respuesta:

— Se ve que mi capitán no conoce á don Carlito. Harto le dije pues, el riesgo que corría de que lo tomaran preso, pero, ¡el caso que me hizo!... Dijo que él no es hombre para andar escondido, que iba á sacar de sustos á sus tías y que tampoco tenía miedo de que lo tomaran, porque no había cometido nin-

gún crimen y que si lo toman tendrán luego que largarlo.

— No lo soltarán, asistente Tapia. En eso se equivoca el pobre muchacho, — exclamó don Julián, con los ojos dilatados del que divisa un peligro cercano : — es cierto que él no ha cometido ningún crimen, pero yo sí. El hecho de que lo hayan aprehendido es prueba de que lo consideran cómplice mío, y que lo acusarán de haber preparado conmigo el asesinato de mi hermana. ¿Y cómo podrá probar él que es inocente? ¿cómo?

Se iba impresionando á medida que esas consecuencias adversas para su libertador se le presentaban á la imaginación.

Las sutilezas del temor acumulaban en su espíritu las pruebas que acusarían al joven, que convertirían en un acto de refinada maldad su generosa acción humanitaria. Desde ese instante, el miraje fantástico de la libertad divisado día y noche en la larga tortura de su calabozo, le pareció un don funesto al compararlo con el sacrificio y el baldón de su valiente protector. El ímpetu de entregarse á la justicia que le había acometido ya en los primeros momentos de la fuga al confesar á Díaz el atentado que acababa de cometer contra su hermana, se apoderó entonces de su voluntad como un imperioso mandato de honor al que no podía sustraerse. En pocos momentos esa idea tomó en su mente las proporciones de una decisión irrevocable. Pero esa decisión la guardaría para sí, como un secreto. Era menester que nadie pudiese ponerle obstáculo á su cumplimiento. La recomendación contenida en la carta de Díaz, que el mismo Tapia le había traído en la mañana, manifestaba que el joven temía de su parte un



acto de esa clase en caso de que él fuese aprehendido. Esa misma recomendación, á la que su asistente había también aludido al entregarle la carta, lo hizo suponer que Tapia procuraría disuadirlo en caso de que él le confiase su propósito. Don Julián se empeñó entonces en alejar toda sospecha del ánimo de su asistente, recomendándole que viniese al anochecer á buscarlo, según lo convenido, para conducirlo al refugio que le tenía preparado. Tapia le aseguró que sería puntual, diciéndole al despedirse que desde allí volvería al momento al cuartel á solicitar de Quintaverde una orden para hablar con el joven Díaz.

Acababa de salir Onofre Tapia, cuando el criado de la casa entró á informar á Estero que su patrón y su esposa lo esperaban á almorzar. Para los esposos Topín, el almuerzo, no obstante su repetición cotidiana, era un acto solemne de la existencia, acto de puro regocijo en el ritual de su inocente materialismo.

Pero en el estado de agitación en que llegaba don Julián al comedor, ni el rostro risueño con que los esposos lo invitaron á sentarse, ni el aspecto tentador de la cazuela de ave, ni lo humeante pila de *choclos* cocidos con las perlas transparentes de sus granos en apretadas hileras, alcanzaron á calmar su absorbente cuanto violenta preocupación. Sin aceptar el sitio que le ofrecían, despidióse de los Topín, dándoles calurosas gracias por la hospitalidad que les debía y declarándoles que se sentía impaciente por librarlos de su embarazosa presencia. Felizmente — dijo — podría asilarse en unas piezas que su antiguo asistente le había preparado en lugar seguro.

Don Miguel y doña Rosa lo oyeron con íntima

satisfacción, disimulando apenas su alegría de verse libres del intempestivo huésped.

— Mucha prisa debe tener de ir á esconderse, — observó don Miguel, — cuando no lo tentaron los choclitos.

— Ahora sí que podemos almorzar con gusto. ¡Qué escapada que se haya ido! — exclamó doña Rosa, al pasar á su marido un plato de cazuela, rebosando de caldo hasta los bordes.



## XXI

Eran más de las once de la mañana cuando don Julián Estero salía de casa de los Topín. La luz y el aire libre de la calle lo ofuscaron. La obscuridad y la pesada atmósfera del calabozo en que había vivido durante cerca de tres años, pesaba todavía sobre sus ojos y en sus pulmones. La impresión del espectáculo nuevo que le presentaba la calle, del aire vivificante de la atmósfera, le daban la sensación de una fuerza de salud impetuosa, haciéndole casi olvidar por momentos la desastrada turbación de su ánimo. « Aquello era la libertad. Esa gente que pasaba junto á él perdida en sus pequeñas ó grandes preocupaciones, desdeñaba ese tesoro, como no piensan en la salud los que la poseen. » Don Julián respiró con dilatado pecho y miró con ávida emoción cuanto lo rodeaba.

Fué en él un fugaz instante de perfecta dicha. Mas el pensamiento recobró luego su imperio y dejó caer sobre su alma el sudario de sus esperanzas muertas. Sintió que ese don inmenso de la libertad, del que gozaban inconscientes los que veía caminar á su lado, estaba perdido para él. Se puso á andar entonces

con el pensamiento flotante, en esa embriaguez moral, qué le presentaba la realidad como algo de fantástico. Caminaba sin que nadie se fijase en él. Al pasar por delante de las puertas de calle, los espaciosos patios inundados de luz le daban la nostalgia de la tranquila vida de familia. Todo lo que iba á perder se agrupaba ahora en derredor suyo cual si esas visiones quisieran desviarlo de la fatalidad de su destino. Las voces de los vendedores ambulantes, los gritos de los chicuelos jugando á las *chapitas*; las conversaciones de los transeuntes, el vuelo de las avecillas, espantadas al buscar el sustento en las migajas del suelo, ese concierto apacible de las cosas familiares, que tantas veces se había figurado oír en su reclusión, venía en aquel instante, con la realidad material de su sueño de prisionero, á hacer resonar en su pecho la plañidera sinfonía de una despedida irremediable.

Pero nada bastó á disuadirlo de su enérgico propósito. Resistiendo á la tentación de una fuga, de la que su transformación física hacía desaparecer los riesgos, sin retardar ni apresurar el paso, caminó imperturbable á cumplir el sacrificio de la libertad apenas recobrada. Así anduvo la distancia que mediaba entre la casa de los esposos Topín y el juzgado del crimen, situado á inmediaciones de la cárcel. Don Julián llegó á la puerta de esa oficina poco rato después que recibía el juez un escrito firmado por don Matías Cortaza, en el que se denunciaba el atentado de que en la noche anterior había sido objeto doña Manuela Estero, y se acusaba como autor de ese intento de asesinato, al propio hermano de la víctima. El magistrado leyó con vivo interés la relación del drama. Aquello le pareció una piedra preciosa



en el lodazal de crímenes populares que tenía que juzgar diariamente. Un loco que rompe sus cadenas, abre por algún medio misterioso la puerta de su prisión y se aparece á turbar un banquete de familia, donde atacando su hermana, le infiere una herida tal vez mortal.

« Los ojos, la imaginación de todo Santiago iban á estar concentrados sobre al juez de tan ruidosa causa, una causa de grandes proporciones trágicas, como los ruidosos crímenes de la vida europea. Desde ese día, al verlo pasar por la calle, los vecinos de la excitada capital pensarán con ávida curiosidad en el gran secreto de que iría cargada la cabeza del magistrado. El loco ha desaparecido de la casa, y la afligida familia á « usía súplica se sirva hacerlo perseguir y aprehender, á fin de que reciba el condigno castigo que por su horrendo conato de parricidio merece de la justificación de usía. »

Esta era la frase final de la demanda.

El juez llamó en voz alta :

— ¡ Castañeda !

Un hombre apareció abriendo la puerta que daba á la antesala del despacho.

Era el portero del juzgado.

— ¿ Está ahí el ordenanza ? — preguntó el juez.

— Sí, usía, aquí está.

— Pues que monte á caballo y vaya á llamar al comandante de policía.

El juez dió esa orden con la decisión atropellada de una persona que está de prisa y quiere infundir á los otros el ímpetu de velocidad que la domina.

— Señor, — dijo Castañeda, — sin apresurarse á cumplir la orden, — ahí hay un hombre que pide hablar con usía.

— Después, después, vaya usted en el acto y comunique mi orden al comandante Quintaverde.

El tono imperioso del mandato hizo salir al portero con deferente ligereza. El juez vió cerrarse la puerta y se puso á pasear á lo largo de su despacho.

« El hombre anunciado por Castañeda esperaría. No era aquel el momento de ocuparse de futilidades cuando su reputación de juez activo y sagaz estaba empeñada en el interesantísimo caso que su buena suerte, en medio de la aridez de las causas sobre riñas, sobre puñaladas, sobre robos vulgares, le deparaba.

« Lo esencial era buscar con infatigable actividad al criminal fugitivo para que, conjuntamente con la noticia del trágico suceso, que á esas horas empezaría á divulgarse por toda la ciudad, se supiese que el vigilante celo del juez del crimen había ya conseguido aprehender, y guardaba bajo buena custodia, al autor del atentado. »

Á fin de ganar tiempo mientras llegaba el comandante de policía, el juez llamó un escribiente y le dictó el borrador de la orden para aprehender á don Julián Estero donde se le encontrase.

Esa orden contenía algunos pormenores, sacados del escrito de la acusación, sobre los fundamentos que la motivaban. El escribiente salió á copiarla en limpio, cuando Quintaverde, llegado al trote largo de su caballo, se presentaba en el despacho del juez. Tras del comandante de policía entró también el portero.

— El hombre que está ahí usía, pregunta si seguirá esperando ó si debe volver, dijo Castañeda desde la puerta.

— Hágalo entrar, — contestó el juez ofreciendo en seguida un asiento al comandante.



Castañeda introdujo á don Julián y salió cerrando la puerta.

El juez, en lugar de dirigir la palabra al hombre que había quedado de pie en medio de la sala, se puso á leer la copia de la orden que el escribiente le había dejado sobre la mesa. En seguida pasó el papel á Quintaverde, que miraba á don Julián fijamente, preguntándose donde había podido ver antes esa cara.

El juez, al entregar la orden al jefe de policía, miró al fin á don Julián :

— ¿Qué se le ofrece, amigo? — le preguntó.

— Vengo á hacer una revelación á usía — contestó Estero con voz resuelta.

Al oirlo, Quintaverde se puso de pie.

— ¿Debo retirarme, señor? — preguntó al juez.

Don Julián, anticipóse á responder, antes que el magistrado hubiese podido hablar.

— El señor comandante no está de más. Noto que no me reconoce, pero luego verá quien soy.

Con esa advertencia el recuerdo de la fisonomía de don Julián se precisó en la memoria de Quintaverde. Nada dijo, sin embargo, acordándose de la promesa que había hecho á Carlos Díaz, de no contribuir al apresamiento de Estero.

Éste continuó :

— La última vez que nos vimos, comandante, fué cuando usted me tomó preso con otros compañeros, y en lugar de hacerme poner como á éstos, en la cárcel, me hizo llevar amarrado á mi propia casa, donde me encerraron diciendo que yo estaba loco.

— Así fué, don Julián — dijo Quintaverde, cuyo rostro se puso encendido, — yo obedecí á órdenes superiores.

Don Julián se volvió hacia el juez.

— Esta es la revelación que he venido á hacer á usía : yo soy don Julián Estero y vengo á constituirme prisionero para que se me juzgue.

— ¿Y usted reconoce á este señor? — preguntó el juez á Quintaverde.

— Perfectamente, señor juez.

Ante esa afirmación, el magistrado hizo conducir á la cárcel á don Julián. Habría preferido que la aprehensión del delincuente se hubiera efectuado en virtud de la orden que acababa de poner en manos de Quintaverde; pero pronto encontró motivo para consolarse de este contratiempo, pensando en que el acto de don Julián Estero de entregarse el mismo á la justicia, daría mayor interés á la causa que iba á iniciar, y por consiguiente, más notoriedad al juez encargado de ella.

Entretanto, la noticia de las ocurrencias en casa de las Estero se había difundido por Santiago con rapidez inusitada. Algunos vecinos llegaban á decir que ninguna ocurrencia de alto interés social ó político había circulado con tanta velocidad en la población, desde la noticia de la derrota del ejército pipiolo en la margen del río Lircai. Hacia la una de aquel día, la tragedia que había ensangrentado la casa chica era referida con tal exageración de proporciones y de detalles, que los que habían figurado en ella como actores, no habrían podido reconocerla. En el barrio, teatro del suceso, reinaba viva alarma por temor de ver de repente aparecer el loco, blandiendo la espada con que había herido á su hermana. El nombre del ñato, mañosamente lanzado á la curiosidad pública por don Agapito Linares, había sonado desde temprano en los corrillos como el de



uno de los autores principales del criminal atentado.

Poco más tarde, la nueva del apresamiento de Carlos Díaz cambió en certidumbre la acusación lanzada por don Agapito. Nadie dudó ya de la existencia de una confabulación atroz entre el ñato y el loco, para asesinar á doña Manuela y probablemente para incendiar la casa y tal vez entregar el barrio entero á las llamas.

Deidamia había enviado desde temprano á ña Gervasia en busca de nuevos remedios para su tia, ordenados por el cirujano Buston en su visita de la mañana. La criada llevaba especial encargo de pasar á la vuelta á casa de las tías Lizarde, á preguntar noticias del joven. Por este medio había sabido su llegada á la casa y su salida de ella, poco después, escoltado por tropa de policía. Estas ocurrencias mantenían en constante alarma el espíritu de la chica. La figura de Carlos Díaz tomaba en su imaginación las proporciones románticas de un ser misterioso del que no podía explicarse los actos; pero que seguramente se sacrificaba por algún noble propósito. Su ansiedad no le permitió dejar transcurrir más de dos horas, sin volver á enviar á ña Gervasia á casa del joven, en busca de nuevas noticias. La sirviente llegó sofocada con la magnitud de la nueva de que era portadora. « Don Carlito había vuelto á la casa, cuando todos lo creían preso en la cárcel ».

— ¿Y tú lo viste? — preguntó con júbilo la chica.

— Lo vi pues, señorita, como estoy viendo á su *mercé*, y me dijo que le entregase esta cartita.

— Ña Gervasia sacaba de debajo del rebozo una carta, que entregó á Deidamia. La chica llena de emoción, corrió á su pieza para poder leerla á solas :

« Linda, tengo mil cosas que contarte. Esta tarde

á eso de las cuatro iré á la huerta de don Guillén con los niños á encumbrar volantines : no dejes de estar ahí y conversaremos ».

A salir de la cárcel, acompañado por Quintaverde, el ñato había corrido á tranquilizar á sus tías.

— ¿No ven, pues? ¿qué les dije yo? Aquí me tienen de vuelta después de conversar con el comandante de policía. Hemos quedado los mejores amigos.

Las tías parecieron rejuvenecidas al encontrarse con el niño, al que suponían encerrado en la cárcel. Mientras él almorzaba, la menor de ellas corrió á San Francisco á prender una vela al patrono de la orden, en acción de gracias. Fué en ese momento que tuvo lugar la visita de la emisaria de Deidamia y la entrega de la carta para la joven.

Después de esto, Díaz dijo que antes de reposarse de la agitación de la mañana, debía aprovechar el tiempo en ir á ver á don Matías Cortaza al ministerio, y averiguar la actitud de la familia á consecuencia del suceso de la noche anterior. Conocía la puntualidad del archivero á las horas del despacho y estaba seguro de encontrarlo en su oficina.

Cortaza se hallaba allí, en efecto, sentado en absoluta inmovilidad, delante de un rímero de expedientes. La velada de la noche á la cabecera de su mujer y las mortificantes vacilaciones de su ánimo á presencia de la terrible situación en que los acontecimientos lo habían colocado, le daban un aspecto de profundo abatimiento. La sombra de la barba, no rasurada por varios días, aumentaba esa palidez del rostro con la ascética morbidez de los monjes pintados por Zurbarán. Ante la aparición de Díaz, Cortaza tuvo un sobresalto de amedrentada sorpresa.



— Seguro que no me esperaba, don Matías, — dijo el joven acercándose, risueño, al archivero.

— ¡Don Carlito! qué, ¿no estaba preso, hombre? — exclamó don Matías, tocando tímidamente la mano que el mozo le tendía por sobre los legajos amontonados en la mesa.

— Como no, pues, estaba preso, pero ahora estoy libre.

— Entonces, ¿lo han soltado, ó se ha arrancado de la cárcel?

— Me soltaron y voy á contarle cómo.

— ¡Vean qué diablo de don Carlito!

Cortaza, visiblemente, quería ganar tiempo. Su inquietud de neurasténico le infundía el temor de que la visita del joven fuese el indicio de alguna revelación inquietante. El pobre archivero atravesaba una de esas crisis de pesimismo, tan frecuentes en los hombres tímidos, al primer golpe adverso de la suerte. Díaz se puso á referirle, á grandes rasgos la fuga con el loco, la seguridad de tenerlo á esas horas al abrigo de toda persecución y con más detalles en seguida, las peripecias de su vuelta á casa de las tías en la misma noche; la manera cómo había burlado la vigilancia de la gente apostada en la casa para aprehenderlo y cómo en la mañana había preferido entregarse en vez de andar fugitivo perseguido como un malhechor.

Don Matías lo escuchaba, atónito. De cuando en cuando sus manos vagaban con extraños movimientos sobre los papeles, á impulsos de supersticiosas invocaciones, que marcaban los trances porque iba pasando su espíritu amedrentado. Cuando el mozo llegó en su narración al acto de su encarcelamiento, aterrado Cortaza ante la posibilidad de que el ñato hu-

biese tenido que revelar su participación en la apertura del calabozo, permaneció con la respiración suspendida y los nervios crispados del que espera oír de un instante á otro el estallido de una arma que alguien está á punto de descargar.

— Esto sí que se lo voy á contar con todos sus pormenores — le dijo el mozo, al anunciarle la llegada de Quintaverde al cuarto de la cárcel en el que se hallaba encerrado.

Cortaza lo miró con el aire de pavor que cubre el rostro del enfermo de gravedad cuando llega el momento del diagnóstico, después del examen profesional. Díaz conoció su angustia y se apresuró á tranquilizarlo :

— Empezaré por decirle, don Matías, que no deje sospechar ni por un momento, que usted me hubiese dado la llave para abrir el calabozo.

No se detuvo ante esa mentira por no alarmar á Corteza.

— ¡ Hombre! ¡ qué bueno! ¡ no sabe cuánto le agradezco!

Sus ojos miraban sin embargo al mozo con el temor de ver surgir nuevos peligros.

Díaz refirió entonces con minuciosa exactitud toda su entrevista con el comandante de policía.

— Y ¿para qué fué á hablar de las cartas, hombre? — exclamó Cortaza, avergonzado.

— Porque sin eso no me habría dejado salir, ¡ qué gracia! y entonces habría habido interrogatorio del juez, averiguaciones de nunca acabar y qué sé yo!

Don Matías meneaba la cabeza descontento. Díaz repuso :

— Esas cartas no son un secreto para el coman-



dante : con ellas lo tendremos mansito, ¿no ve? don Matías; téngalas bien guardadas. Mientras ellas estén en nuestro poder, no hay temor de que el hombre nos ataque.

Este razonamiento dió alguna serenidad á Cortaza. La palabra de ese mozo que habia impuesto condiciones al odiado comandante de policia, cobraba en el ánimo del archivero una autoridad incontestable. Sin esperar su aprobación, el joven repuso :

— Ahora, don Matías, cuénteme lo que pasó en su casa. Es indispensable que yo sepa todo y que nos pongamos de acuerdo para lo que pueda venir después.

Enredándose en los detalles, el archivero puso á Díaz al cabo de lo acontecido después de la fuga de don Julián.

— Yo pasé una parte de la noche cuidando á Manunga; ¿que quería? amigo, aunque ella ha sido tan perversa conmigo, me daba lástima verla así.

Habló como excusándose por su debilidad. Tenia miedo del espíritu picaresco del ñato.

— Hizo bien, don Matías; al enemigo que está en el suelo no hay que ponerle el pie encima.

— Así es pues — suspiró Cortaza, contento de que el mozo no se burlase de la debilidad de su carácter.

— Como no, pues — apoyó Díaz, — ¿no ve que después le vendría á usted el arrepentimiento, si la señora se muriese?

— ¡Cómo, si se muriese! No esté diciendo esas cosas, don Carlito; ¡Cómo se ha de morir! ¡No esté presagando desgracias, hombre, por Dios!

Era el grito de su corazón que se abría paso, ante la catástrofe posible. El sonido material de la voz de Díaz, admitiendo como probable la hipótesis de la

muerte de la enferma, había sacado á Cortaza de las terribles vacilaciones en que flotaba su espíritu al preguntarse si debía sentir ó deplorar la desgracia que amenazaba la existencia de su mujer. El invencible amor, amor físico y del alma, aterrado y comprimido en el fondo de su ser por la rabia de los celos, por la ignominiosa certidumbre de su abyección, rompía ahora sus cadenas, apartaba con fuerza irresistible el peso de su odio, y reaparecía triunfante en presencia de una irreparable separación.

Olvidado de su neurastenia, Cortaza parecía asumir una personalidad nueva y miraba con el relámpago de la resolución en los ojos, al joven admirado de la repentina metamorfosis.

La juvenil tendencia á la broma, trajo á los labios del ñato esta exclamación :

— ¿Entonces la quiere don Matías? para qué está disimulando, ¡todavía la quiere!

— ¿Quién le ha dicho que la quiero? No hay tal cosa : ¡cómo la he de querer!

Le había temblado la voz al pronunciar ese desmentido, y sitiendo acudirle un arroyo de lágrimas á los ojos, don Matías se volvió con precipitación hacia los estantes del archivo. Sus manos temblorosas cogieron desatinadamente algunos papeles.

Díaz se sintió avergonzado de su ligereza. Sensible á toda desgracia, aquel hombre en lucha sorda con un destino innmerecido, le inspiraba ahora una verdadera afectuosa simpatía. Como el que se detiene ante la profundidad de un abismo, el joven tuvo en ese momento la revelación de lo insondable de esa enfermedad de amor, que su inexperiencia de la vida le había hecho ignorar hasta entonces. Un sentimiento de pudor, le obligó á buscar el modo de cam-



biar la conversación, volviendo al objeto principal que se había propuesto al venir á ver al archivero; más ante todo quiso disculparse.

— No haga caso de mis bromas, don Matías : no he tenido intención de ofenderlo, dispénsame. No lo hice con mala intención.

— No crea que me he enojado; pero esas bromas no me gustan — dijo con humildad Cortaza.

— Bueno pues, hablaremos de lo que ha pasado en casa de usted.

Don Matías resumió su narración.

— Poco antes que yo saliese de casa para venir al ministerio, Agapito, mi concuñado, me presentó un escrito en papel sellado, pidiéndome que lo firmase. Había ido temprano donde un amigo, tintorillo, que él tiene, y le hizo extender un escrito, acusando criminalmente al loco por el sablazo con que hirió á la Mañunga.

— Pero usted no firmó, don Matías.

— ¿Que quería usted que hiciese? Si no hubiera firmado habrían dicho por lo menos, que yo me alegraba de la picardía del loco, y Agapito habría firmado la demanda. Hasta habrían dicho que yo estaba de acuerdo con don Julián y con usted y en las averiguaciones podía llegar hasta salir lo de la llave del cuarto del zaguán : no había otra cosa que hacer, tuve que firmar no más. Si usted hubiera visto lo que me costó para no firmar otro escrito, que también quería mi cuñado que firmase, diciendo que yo sospecho que usted es el que ha favorecido la salida del loco. Á eso me negué redondamente, diciendo que yo no podía lanzar así contra usted una acusación calumniosa, que no podría probar.

— No sacarán mucho con su escrito, porque no

han de poder pillar á don Julián — dijo el joven en tono de perfecta seguridad.

— Sí, pero habrá sumario indagatorio y nos tomarán delaración á todos los de la casa.

Don Matías reflexionaba como pesimista, admitiendo todas las hipótesis adversas.

— Si le preguntan algo, no hay que confesar por nada. Si usted no habla, ¿cómo puede el juez sospechar que usted me dió la llave? Pero si habla, está perdido, ¿no ve? Diga que no sabe nada, que no oyó nada, y que casi se fué de espalda cuando vió entrar al loco con el sable al comedor.

— ¿Y si toman á don Julián, qué haremos?

— Lo mismo; no hay que chistar palabra. Responda usted que todos son cuentos del loco, que todo lo que cuenta son invenciones y manténgase ahí mudo el perro, don Matías, ¿oye?

— Bueno, pues, así lo haré.



## XXII

Cortaza se mostraba más tranquilo. La confianza de Díaz en el sistema de absoluta negativa, le inspiraba la energía que sin el consejo del mozo, le habría faltado indudablemente. Satisfecho así de haber preparado el terreno para hacer frente á los interrogatorios del juez, Díaz se despidió de Cortaza y tomó el camino de la casa de don Guillén Cuningham. Era poco más ó menos la hora en que había mandado decir á Deidamia que se encontraría en la huerta. Guillén y Javier, al verlo entrar, prorrumpieron en exclamaciones de júbilo, corriendo á abrazarlo. Díaz se sintió conmovido ante esa franca manifestación de cariño.

— Nos habían dicho que te habían tomado preso.

— Que te habían encerrado en la cárcel.

— Así fué pues, en la cárcel estuve, pero ya ven ustedes que estoy libre.

Los dos chicos lo miraban con tímido respeto.

El compañero de sus juegos infantiles tomaba para ellos la importancia de un héroe inmortal. — ¡Había estado preso en la cárcel y nada se le conocía! Los dos muchachos sospechaban una participación miste-

riosa del ñato en el trágico suceso de la noche última, á pesar del pretexto con que los había hecho abrirle la puerta de calle.

— ¿Tú sabes que el loco se salió anoche de su calabozo y que se ha arrancado? — dijo Javier como anunciando un peligro.

— Y que casi mató á doña Manuela — agregó Guillén.

Para decir esto, bajaba la voz á manera de hacer una revelación misteriosa.

— Así me han contado — dijo el jôven con aparente indiferencia.

Javier repuso en el mismo acento confidencial.

— Don Agapito dice, que eres tú que le abrió la puerta al loco.

— ¡Qué mentira! — exclamó Díaz, — ¿qué sabe ese tonto?

— Nosotros no le hemos dicho á nadie que te abrimos la puerta de la calle — dijo Guillén con importancia.

Javier añadió :

— *Este* quería que se lo contásemos á mamá; pero yo le dije que no fuese *leso*, que era mejor que nos quedásemos callados.

— Hicieron muy bien de no decir nada — aprobó Díaz.

Y cambiando de tono repuso :

— No hablemos más de eso : vamos á encumbrar volantines ; hay muy buen viento.

Pero los chicuelos, profundamente impresionados todavía con la tragedia, de la que debía quedarles un recuerdo indeleble, preguntaron al ñato con inquietud :

— ¿Y el loco? ¿qué se hizo? ¿sabes tú?



— Por ahí andará suelto pues ; yo no sé.

— Si anda suelto — observó Guillén — es capaz de venir esta noche á la casa chica á matarlos á todos.

— Dicen que tiene más fuerza que diez hombres juntos — aseguró Javier.

— ¡Qué ha de venir! no estén pensando disparates. Traigan los volantines y vámonos á la huerta.

Alentados con esas tranquilizadoras palabras los chicos sacaron sus volantines y siguieron á Díaz, sin volver á hablar del loco ni de los acontecimientos de la vispera.

No tardó, á poco de estar los volantines encumbreados, en hacerse oír del lado del huerto de la casa chica, la armoniosa voz de Deidamia. El ñato corrió como antes, en busca de la escalera y subió apresurado hasta la barda de la tapia divisora.

— ¡Ay! linda, ¡qué felicidad de verte!

Radiante de alegría, el joven lanzaba su exclamación de júbilo, enviando á la muchacha en la punta de los dedos un apasionado beso.

Deidamia corrió hacia él extendiendo cuanto pudo el brazo, le pasó un ramo de flores que acababa de formar con las más fragantes de su jardín.

— Ese es mi saludo, le dijo con cierto temblorcillo en la voz, muy distinto del tono de chanza familiar con que acostumbraba hablarle.

Y ambos por un momento, con íntima emoción, se miraron en silencio. Ella y él sentían que un profundo cambio se había operado en la situación respectiva de uno y otro. Hallábanse en una de esas circunstancias de la vida en que las horas toman su valor de tiempo transcurrido, más que por el número de ellas por la magnitud de los acontecimientos acae-

cidos durante su curso. Se les figuraba que su separación había sido de muchos días, tal era la importancia de los sucesos ocurridos y tal la transformación de sus sentimientos íntimos desde que, en la tarde anterior, se habían separado.

— Me parece que ayer pasó hace mucho tiempo — dijo el joven con afectuoso acento y con cierta gravedad reflexiva, que Deidamia no había oído nunca resonar en su voz — ¿y sabes por qué, linda? por la cartita que me mandaste anoche, aconsejándome que huyese.

La chica, en vez de la franca risa con que acostumbraba á mofarse de los requiebros del ñato, bajó la vista, ligeramente ruborizada.

— Yo sabía que iban á perseguirte, por eso te escribí.

— Pensé — dijo el mozo — que si yo no te importase nada, no me habrías escrito y con eso me puse tan contento, como si me hubieses dicho que me querías.

Deidamia no contestó directamente á esa insinuación, pero encontró medio de no contradecirle.

— ¡Figúrate mi susto cuando me dijeron que te habían llevado preso!

— ¿No habrías ido á verme á la cárcel?

— Sí, habría ido con tus tías — contestó ella con resolución, mirando fijamente al joven.

— ¡Ay, preciosa! ¡qué daría yo por ir á ponerme á tus pies para adorarte por esa respuesta!

Después de esa exclamación quedáronse en silencio. La chica se sentía intimidada ante la realidad del amor que de la noche á la mañana había nacido en su pecho, como esas flores que abren sus pétalos en el misterio del silencio nocturno.

Díaz, por su parte, no se atrevió á insistir en la apa-



sionada hipérbole con que había querido expresar su adoración. Temía que pidiendo á la joven una explícita confesión de amor, ella rompiese el encantamiento de aquel instante con alguna risa burlesca. Así, los dos se detenían turbados en los linderos del mágico recinto donde se unían ya sus almas en una de esas confesiones tácitas, á las que da el silencio la solemnidad de un juramento apasionado. La joven buscó el modo de reanudar la conversación de una manera natural.

— Á todo esto — dijo con una sonrisa casi forzada, — nada me cuentas de lo que hiciste anoche.

— ¿Anoche? ¡Ah! sí — respondió Díaz, despertando de su enajenación. — ¿Qué hice? Primero, te estuve esperando en el patio.

— ¡Cómo podías figurarte que me hubiese atrevido á ir!

— La esperanza es tan crédula — exclamó el ñato con una risa que ahogaba un suspiro.

— Si estabas en el patio ¿entonces tú viste salir á don Julián?

— Aguárdate, voy á contarte, pero dime primero; ¿cómo le va á doña Manuela?

— ¡La pobre tía! el médico la encuentra mejor. Sabes que el loco pudo haberla muerto?

— ¿Así sería, pues? ¿pero tú no has pensado que yo tuviese parte en eso?

— ¡Ay no! ni por un instante: si lo hubiese creído, no estaría aquí, hablando contigo.

— Bueno pues, entonces voy á contarte.

Y en vez de empezar, señaló con el ademán la silla de las lecturas de Cortaza.

— Tráela linda, estamos tan lejos, es capaz que me ponga ronco para que me oigas, si no te acercas.

En dos minutos, Deidamia, de pie sobre la silla, dejaba que el mozo le tomase una mano :

— Así sí, pues, que se puede hablar — exclamó él, perdiendo su mirada en las luminosas pupilas de la joven.

Pronto le hubo referido todas las peripecias en que había tomado parte la noche anterior y aun en la mañana del día en que hablaban. Deidamia tuvo que contentarse con poco precisas explicaciones acerca de cómo había podido el joven entrar al patio de la casa y llegar á tener la llave del calabozo de don Julián. Hacía el ñato su narración con sensillez sin dar importancia alguna á la parte que le había cabido tomar en esos acontecimientos, preparados por él exclusivamente. Pero Deidamia no se dejaba engañar por la modestia del narrador. Lo veía en ese momento con las heroicas proporciones con que, en la noche, durante la penosa velada al lado de la señora herida, su imaginación se había complacido en revestirlo. « Era él, el héroe de esa aventura audaz » y su atrevimiento exaltaba la fuerza de la poderosa seducción que tiene para el alma de la mujer, todo rasgo de varonil temeridad.

— Te voy á confesar — le dijo cediendo á su entusiasmo; — yo estuve por pararme de mi asiento para ir á encontrarte en el patio, cuando apareció Don Julián en el comedor.

— ¡ Qué suerte para él que yo no lo hubiese sabido! — dijo el joven riendo, porque de seguro que por verte á ti, lo habría dejado en su calabozo.

— Y él no habría herido á mi pobre tía — suspiró ella.

— Pero no estaríamos aquí tan cerquita como estamos, linda, y no te habría podido decir que todo



lo que he hecho es por acercarme á ti y por oírte decir que me quieres.

— No tienes necesidad de oírlo, porque ahora ya lo sabes.

— Ciertito, ¿no me engañas?

Hacia la pregunta, tratando de disimular tras de una sonrisa, la ansiedad con que esperaba la respuesta.

— No te engaño, es la verdad — contestó ella ocultando también con una vaga sonrisa su emoción.

— ¿La purita? dime...

— ¡Sí, porfiado! ¿para qué me haces repetir?

— Porque quiero estar seguro, después de tanto esperar y de tanto desesperar.

— Yo también quería estar segura antes de decir-telo — repuso ella, correspondiendo á la apasionada presión de las manos con que el ñato quería infundirle la loca alegría que lo dominaba.

Alzando la voz, con su ímpetu juvenil, Díaz exclamó :

— Entonces, linda, mandaremos *cambiar* al oficialito.

— ¡Qué me importa él; ¿crees tú que alguna vez le he hecho caso?

— Yo no sé, pues — contestó el ñato con una impresión de celos retrospectivos, pero el hecho es que tu padre y tu madre han dicho, desde que llegó del Perú que tú estás de novia con él.

— No basta que ellos lo digan, falta que yo consintiese.

— ¿Y si te quieren obligar?

— ¡Ah! si me quieren obligar, tú me defenderás.

— ¡Eso es! yo te defenderé — prorrumpió el ñato con exaltación — y veremos quién vence. Te arran-

carás de tu casa conmigo, y nos iremos donde mis tías.

— No creas que tenga miedo de arrancarme *contigo*, pero mejor sería que buscásemos algún modo de hacer que el oficialito como tú dices, renuncie él mismo á cobrarles la palabra á mis padres.

— Dirán que te han despreciado.

— ¡Y eso qué me importa! Tú sabrás que no es cierto.

— En todo caso, yo haré que el oficialito dé por recibidas las calabazas, y si no consiente por bien, trataré de que tu padre mismo le haga tomar el portante.

— ¡Ah! eso sería mejor — exclamó Deidamia, admirada del ingenio de su galán, para vencer las dificultades.

— Como mi tía está enferma — agregó la chica, — yo no quería darle qué sentir. Ella ha sido siempre severa conmigo, pero yo sé que me quiere, y yo la quiero también.

— Si tú la quieres, yo tendré también que querer á la vieja, aunque ella me echó de tu casa — dijo Díaz con aire jocoso.

— Entonces tú buscarás pues, ese medio, y cuenta conmigo para todo.

Había pasado largo rato, los chicuelos embelesados en sus volantines no se cuidaban de Carlos Díaz. El idilio de la tapia no existía para ellos. Vivían con la imaginación en el aire, allá donde los volantines, gallardamente se mecían, obedeciendo al diestro *tiranteo*, que el ñato les había enseñado.

— Me voy; hasta mañana. Voy á ver cómo sigue mi tía — dijo la chica.



— Te vas cuando empezamos apenas á conversar. Yo que te iba á hablar de mis proyectos sobre don Julián.

— Ahora no hay tiempo, temo que se aparezca mi papá, que debe haberse levantado de la siesta.

Ya se había bajado de la silla, antes que Díaz hubiese podido detenerla.

— Hasta mañana á esta hora — díjole al enviarle un beso de despedida.

— Ese beso de tan lejos, no vale — exclamó el mozo, — me lo debes con el de mañana también.

Bajóse él ligero de la escalera. Todo se teñía á sus ojos de color de rosa. La seguridad de ser amado entonaba en su imaginación un himno de gloria á la dicha de vivir. No habría ya obstáculo alguno que pudiera separarlo de Deidamia.

Al entrar, media hora después á casa de sus tías, encontró en el patio á Onofre Tapia esperándolo.

— Don Carlito, le traigo una mala noticia — fueron las primeras palabras del antiguo asistente de don Julián Estero.

— Si es mala la noticia, ¿ para qué me la trae? — dijo el joven entre risueño y alarmado.

— Porque es preciso que la sepa.

— Á ver, pues, hable; no crea que me vaya á desmayar de susto.

— Mi capitán se me ha perdido, don Carlito.

— No esté embromando ño Tapia; el capitán no es un niño, para que se pierda así no más.

— Le voy á contar para que vea. Después que usted salió de mi casa, fui á buscar á mi compadre, que vive por la calle de San Pablo afuera, y le dije que si podía recibirme un alojado, pariente mio, que anda un poco enfermo y quiero que lo cuiden bien.

El compadre me dijo : « Como no, pues, tráigamelo no más y aquí se lo cuidaremos ». Cuando lo dejé todo arreglado, me fui á casa del caballero Topín y le conté á mi capitán lo convenido con mi compadre, diciéndole que vendría á buscarlo por la noche para llevarlo. Mi capitán me preguntó las señas de la casa y quedó muy contento. Entonces me vine á buscarlo á usted para darle las señas del compadre y decirle que poco después de obscurecer encontraría ahí á mi capitán. Aquí me dijeron que acababan de llevarle á usted á la cárcel. Fui corriendo á la cárcel y el alcaide me dijo que para hablar con usted debía traer orden de mi comandante Quintaverde. Corrí al cuartel de policía y no encontré á mi comandante. Entonces me fui donde mi capitán y le conté lo que pasaba. Mi capitán se volvió una furia, pero al cabo de un rato se puso más suave. Cuando lo dejé para volver al cuartel, me prometió que me esperaría como habíamos convenido para ir á casa de mi compadre. En el cuartel mi comandante no había llegado todavía. « Tal vez estará en la cárcel » me dijeron. Ligerito volví entonces á la cárcel; y ¿ sabe lo que me dijo el alcaide? El comandante y su prisionero salieron de aquí hace poco rato, conversando muy amigos! ; Qué mejor noticia para mi capitán que había estado tan furioso! Aunque ya yo estaba cansado, me eché á andar para la casa de don Miguel Topín, á llevarle la buena noticia á mi capitán. Pero ahí ni señas de él. El sirviente me dijo que el caballero alojado había salido y no había vuelto. Ya me entró susto, don Carlito, y fui á trote largo donde mi compadre. Nada, nadie había ido ahí. ¿ Qué hacía yo entonces pues? Me vine aquí derechito á esperarlo á usted para decirle lo que pasa.



— No lo busque más; seguro que ha ido á entregarse á la policía — dijo el ñato friamente.

Y poniendo el índice de la mano izquierda sobre la sien de ese lado, agregó :

— El hombre no es loco, pero algún tornillo le falta, ¿no ve? Ya desde anoche en la calle le había dado ese tema.

— Y entonces ¿ qué haremos, don Carlito?

— Usted nada, pues. Es preciso que nadie sepa que usted está con nosotros; pero yo iré ahora mismo á ver al comandante Quintaverde : por él sabré si me equivoco. Venga mañana y le daré noticias.

Al volver de la oficina á la casa chica, después de su conversación con Díaz, Cortaza experimentaba la sensación de ver un horizonte oscuro que se despeja. Vacilante, hasta aquel momento, en la penosa alternativa de oír la voz de su honor ultrajado y desear la muerte de su mujer, ó rendirse al fuego de su pasión latente y buscar en el perdón el olvido de su silencioso martirio, las horas que habían pasado desde el drama de la cena, habían sido para su alma horas eternas de una implacable tortura. La chanza del joven Díaz acusándolo de estar todavía enamorado de doña Manuela, produjo en él la violenta crisis que debía resolver súbitamente en su espíritu el espantable problema. La dura confesión de su debilidad mal disimulada á los ojos del ñato, le arrancó las lágrimas rebeldes que debían cicatrizar la herida punzante todavía. Al guardar, concluido su trabajo, los expedientes y los papeles de la labor de aquel día, Cortaza sintió la alegre ligereza del colegial que abandona sus libros, pensando en la recreación que lo espera.

Semejante á los que transigen con una vergüenza

oculta, á trueque de encontrar algún resto de felicidad en la vida, don Matías optaba por el perdón, con la esperanza lejana de una reconciliación que reconstituyera su hogar. Pensaba en esos mutilados de la guerra, que continúan viviendo con una salud precaria, aunque sin dejar de sentir en su cuerpo, el peso del proyectil que no ha podido extraerse. Así viviría él al lado de su mujer, tratando de reconquistarla á fuerza de ternura y temblando de emoción ante la posibilidad problemática de reconquistar algún día sus favores. Comparada esa existencia con el lamentable abandono de los días pasados, aquello sería al menos una vislumbre de felicidad.

Entró en la pieza de la enferma de puntillas y se quedó de pie, tratando de acostumbrar la vista á la obscuridad que allí reinaba. La ventana ligeramente entornada, dejaba pasar apenas un rayo de luz dudosa, que la celosía de madera trocaba en una sombra de tardío crepúsculo matinal. Antes de distinguir los objetos, el ruido de una respiración que amenaza convertirse en ronquido, atrajo la vista de don Matías hacia los pies de la cama. Sinforosa dormía descuidada su siesta sobre una vieja poltrona. Temeroso del efecto que esa sonora respiración pudiese hacer sobre la paciente, don Matías, sin hacer ruido, arrastrando suavemente los pies sobre la alfombra, avanzó hacia la cama y se inclinó sobre la cabecera. En la penumbra, su vista acostumbrada ya á la semitransparencia de la obscuridad, descubrió los ojos de doña Manuela mirándolo fijamente.

Al mismo tiempo, un leve murmullo de la enferma llegó como el eco de una voz distante á sus oídos.

— ¡ No la despiertes, déjala dormir y dame de beber.



Como en la noche precedente, don Matías tomó de la cómoda el vaso preparado según la indicación del médico; ayudó á su mujer á incorporarse, pasándole el brazo izquierdo por la espalda y le presentó con la derecha la bebida. Doña Manuela á grandes tragos, con la sed de la calentura, apuró casi todo el líquido. Al retirar los labios del vaso, volvióse hacia su marido cual si se diera cuenta solo entonces de quien era.

— ¿Eres tú Matías? gracias, ¡tenía tanta sed!

Sus ojos y los de Cortaza se encontraron esta vez en íntima comunicación. Suavemente él la acostó sobre el lecho, retirando poco á poco su brazo, sintiendo el calor de la espalda, tocando inadvertidamente con la punta de los dedos, al deslizarse, el seno de la enferma.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó con turbada solicitud, sobrecogido de un temblor nervioso, zumbándole los oídos, enrojeciéndose con el temor de que ella pudiese haber pensado que ese rozamiento casual había sido voluntario. Pero aunque continuaba inclinando la cabeza después de su pregunta para oír la respuesta, Cortaza vió á su mujer, domida ya, inmóvil, la cabeza sobre la almohada, de nuevo convertida en el ser misterioso que el sufrimiento, con celosa mano, aparta de los suyos.

Antes que terminase su observación, don Matías sintió en la espalda, que alguien lo tocaba. Sinforosa había despertado y le decía al oído :

— Anda á acostarte un rato, Matías, para que puedas cuidarla esta noche, debes estar muy dormido y podrías enfermarte.

Agachado, la cabeza hundida entre los hombros, figurándose que así evitaba el hacer ruido, Cortaza

se deslizó fuera de la pieza, profundamente emocionado ante el problema de vida ó de muerte, de amor ó de odio, que tejía para él en esos momentos, el destino.



El juez del crimen inició al día siguiente el proceso contra don Julián Elstero por conato de parricidio.

Llevado de su ardor profesional, el tinterillo de quien don Agapito Linares se había valido para redactar el escrito de acusación, había dado las proporciones de un juicio criminal de alta importancia, á lo que sencillamente debió haber sido una simple solicitud al jefe de policía, pidiéndole la aprehensión del insano y su restitución á la familia. En presencia de una acusación criminal, el juez, por su parte, no creyó poder dar al asunto otro giro, que el de un proceso en debida forma.

El primero llamado á prestar su declaración, fué naturalmente el acusador. Al recibir la citación de comparecer al juzgado, Cortaza se creyó sumido en las tinieblas de una pesadilla atroz. El documento oficial lo lanzaba violentamente de su secreta resolución de perdonar á su mujer, al abismo de una indagatoria judicial, en la que el menor traspiés podría hacerlo caer en la confesión de su ingerencia en la fuga del acusado. En el camino de su casa al despacho del juez, los consejos que el día anterior le

había dado el ñato, le acudían á la memoria. Don Matías juró ante el juez no tener la menor idea de la manera cómo había podido don Julián salir de su calabozo. « Sin duda había empleado largo tiempo para procurarse con qué limar su grillete y poder abrir la puerta de la pieza. » Esta versión coincidía muy bien con las explicaciones que daba el reo sobre esos hechos. Don Julián interrogado en la mañana, había dado su declaración, evitando arrojar sospechas sobre ninguno de la familia, con arreglo á las sugerencias de Carlos Díaz. Según él, uno de los soldados de artillería que entraban mañana y tarde en su calabozo trayéndole el almuerzo y la comida, le había dado hacía mucho tiempo, cediendo á sus súplicas, una lima. « Con este instrumento — decía don Julián — había podido limar el grillete en su parte más delgada, mediante un trabajo de largos meses. En cuanto á la puerta, con la misma lima había podido forzar la cerradura. Esta declaración verosímil ó no, era la única manera de explicar la salida del calabozo, acerca de la cual, Cortaza sostenía su absoluta ignorancia.

Á este interrogatorio del principal acusador, siguió el de don Agapito Linares, el de su esposa, el de ña Gervasia y su hijo Alejandro; más tarde, el de don Guillén Cuningham. Emilio Cardonel fué también interrogado como testigo del drama del comedor y dueño de la espada de que se había servido don Julián en su atentado. Estas diversas declaraciones habían durado varios días. Convencido el juez de la importancia del proceso en que le cabía tan culminante participación, quiso proceder con cautelosa lentitud y no precipitar el desarrollo de la indagación.

La resonancia de los acontecimientos, origen del



proceso, en las diversas clases sociales de la capital, hacia de los procedimientos del juez el punto de mira de la curiosidad del vecindario. En la variable atmósfera de ese tribunal anónimo que representaba la pública opinión, las distintas fases que el curso del asunto iba desarrollando, alcanzaban variadas y variables proporciones. Siguiendo la ley del antagonismo de los pareceres, rasgo característico de toda sociedad civilizada, dos bandas opuestas habíanse formado, al discutir las incidencias de la causa. Partidarios unos de la víctima y defensores de su familia, sus esfuerzos se encaminaban á propalar argumentos en contra del agresor, hasta hacerlos llegar al recinto en que la justicia sustanciaba los hechos y acopiaba los elementos de un próximo fallo.

No menos ardientes otros en la defensa del prisionero, hacían resonar en las tertulias particulares y en las trastiendas de los almacenes de comercio, sus severas acusaciones contra los que habían mantenido en arbitraria reclusión al infeliz don Julián, so pretexto de una insanidad que ningún certificado médico justificaba. No tardaron esos bandos en agrupar sus parciales según las divisiones políticas reinantes á la sazón. Los que alzaban su clamor pidiendo el pronto y ejemplar castigo del criminal, eran *pelucos*. Defendíanlo á su vez con ardor los *pipiolos*, que reconocían en el reo el oficial dado de baja después de Lircai. En la calurosa reyerta, al cabo de poco tiempo, los protagonistas del drama iban desapareciendo, el origen de las disputas borrándose, para dar margen principalmente á las encarnizadas recriminaciones con que los dos partidos se disputaban el favor popular en la eterna riña de vencedores y vencidos.

*any* El ruido de esas disputas no alcanzaba á turbar el silencio que durante aquel mismo tiempo reinaba en torno de la enferma. Un drama íntimo desarrollaba ahí sus calladas peripecias, únicamente conocidas por sus dos actores principales. Doña Manuela había ido lentamente volviendo á la salud, lentamente reanudando el hilo de sus sensaciones, desenmarañando poco á poco el enredo confuso de sus ideas. La vagaluz de la ventana durante el día, el pálido reflejo de la vela tras de una pantalla durante la noche, eran el faro que guiaba sus facultades entorpecidas al despertar del agitado y largo sueño de la fiebre. La solicitud de los suyos velaba sobre ella sin descanso. Las cariñosas atenciones de Deidamia, los perezosos cuidados de su hermana Sinforosa, mecían su indolencia de convaleciente, le daban esa somnolencia moral, esa confianza infantil, que arrullan los sentidos del que vuelve á la salud después de una larga enfermedad. Pero el gran problema que ponía en activo movimiento su imaginación, como un reloj parado al que se da cuerda, era la presencia regular de su marido durante la mayor parte de la noche. Cortaza permanecía cerca de ella desde las doce hasta después del amanecer. Ninguna exhortación á mayor reposo de parte de Deidamia y de sus cuñados, había bastado para persuadirlo á confiar á la sirviente una parte de las horas de su velada.

En la tarde, después de la comida, veíasele, silencioso como antes, ir á entregarse á su lectura en el rincón del huerto que le servía como de destierro. Pero sus ojos no recorrían ya con incurable pesar las páginas de « El Chileno consolado en un presidio » ó las « Aventuras de Robinsón Crusoe » en las que su imaginación había buscado por largo tiempo ima-



ginarios consuelos. El libro estaba ahí, sobre sus rodillas, pero los ojos del lector vagaban por el estrecho huerto, y sus oídos percibían desconocidas armonías en el ruido de los árboles, suavemente mecidos por la brisa de la tarde.

En esa contemplación de la naturaleza, desdeñada por él durante mucho tiempo, Cortaza veía surgir extraños fulgores del fondo de su cerebro, como si fueran súbitas esperanzas aparecidas en el oscuro campo de su habitual desconsuelo. Y su pensamiento vagaba entonces asombrado por aquella estancia silenciosa donde su mujer iba lentamente renaciendo á la vida. Cada uno de los incidentes, desde que se había acercado á ella por primera vez para darle de beber, constituía un rasgo de la transformación de su odio á la infiel, en un interés involuntario hacia la paciente. En el silencio de la noche, en el misterio de la semiobscuridad, la presencia de la paciente extendía su magia avasalladora sobre todas las sensaciones de su guardián. Había una fuerza de atracción moral y física en esa mujer que se agitaba en el fuego de la calentura, arrojando de sí las mantas del lecho para quedar cubierta solamente con la delgada sábana, bajo la cual se modelaban por momentos pasajeros, las líneas esculturales de su cuerpo. Lo atraía con magnético poder la mirada, de inconsciencia al principio, de silenciosa contemplación después, con que la enferma lo acogía cada vez que se acercaba á ella para prestarle algún servicio. Las múltiples sensaciones de sus veladas tomaban formas precisas en la memoria de Cortaza, durante sus horas contemplativas de la huerta. Cada tarde, las de la última noche, se añadían á las de las noches anteriores, formaban un tesoro de recuerdos ofrecidos á la contemplación

de su amante avaricia, contados y recontados como una riqueza que se vuelve á encontrar cuando se la creía perdida.

Mediante esa preparación maquinal de su espíritu, don Matías entraba á las doce de la noche al cuarto de la enferma con la tímida veneración del monje al santuario de su devoción. Doña Manuela presentía su llegada antes que él hubiese aparecido, y fingía dormir. Tenía miedo de verlo acercarse al lecho con el murmullo de algunas palabras solícitas por su salud, con la oferta de algún calmante para su dolencia. Sentíase conmovida por aquella grandeza de alma que trocaba en tierna solicitud, al verla postrada y doliente, el acre rencor en que antes aislaba su dignidad y su amargura de hombre traicionado. Así, ambos se observaban mutuamente, ambos sentían que el destino iba atando con misteriosa acción, el roto nudo de su suerte común, á la que pocos días antes, uno y otro se creían extraños para siempre.

Aquella noche, seis días después de la iniciación del sumario indagatorio sobre el atentado de don Julián Estero, Cortaza entró al dormitorio á la hora de costumbre. Doña Manuela dormía con la tranquilidad de la convalecencia en progreso. Al acercarse al lecho, don Matías la contempló algunos instantes. La plácida tranquilidad de la durmiente calmó por primera vez, desde el principio de la enfermedad, la ansiosa alarma con que había seguido las diferentes alternativas de la lucha entre el mal y la robusta constitución de la señora. Sintió entonces expandírsele el oprimido espíritu con la sensación de alivio de un cuerpo atado por ligaduras, que fueran cortadas de repente. Acostumbrado á esperar todo del poder divino, Cortaza, en un grande impulso de reconocimiento, cayó de



rodillas delante la imagen de la virgen, colgada sobre la cómoda, á la que apenas llegaba el reflejo de la vela tras de su pantalla. En la confusión de las sombras, la obra del maestro quiteño le mostraba una expresión compasiva, invocada en vano por él hasta entonces en sus plegarias.

Era la melancólica paz del perdón que bajaba de las manos unidas de la madre del Redentor. Era la salud otorgada á ese precio por el cielo á la paciente. « Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores » repetía mentalmente, enviando su acción de gracias á la Virgen en la divina elocuencia de la oración dominical.

Sea que en el fervor de sus oraciones la respiración del invocador hubiese turbado el silencio de la pieza, sea que la acción magnética de ser á ser, hubiese irradiado, como tantas veces sucede, del alma de Cortaza al alma de su mujer dormida, doña Manuela abrió lentamente los ojos y permaneció inmóvil, mirando á su marido sin poder darse cuenta, antes de algún rato, de su presencia. Algo como el estremecimiento moral de un religioso temor se hizo sentir entonces en el alma de la convaleciente. Los relámpagos de su arrepentimiento confuso, que á veces habían iluminado su espíritu con resplandores fugaces al sentir las primeras sensaciones de mejoría en su cuerpo, se condensaron ahora en una luz velada, pero fija en su pensamiento, al contemplar la actitud de profunda unción del que rezaba. La solemnidad del silencio favoreció ese despertar de su alma súbitamente conmovida de compasión. Demasiado débil todavía, sin embargo, para seguir un pensamiento, doña Manuela se sintió fatigada con la emoción y

cerró los ojos como alguien que pasa de una densa obscuridad á la ofuscadora luz del sol.

En ese momento, Cortaza terminaba su plegaria y se acercaba al lecho en silencio. Doña Manuela sintió su proximidad y le tendió una mano mirándolo enternecida.

— ¡Qué bueno eres! — le dijo al mismo tiempo, en un murmullo.

Don Matías se apoderó de la mano, inclinando la frente sobre ella, en un ademán de incontenible emoción. Ante ese movimiento, los ojos de la señora se llenaron de lágrimas.

— Sí, eres muy bueno; yo no merezco tu cariño.

El sonido de su propia voz precipitó el raudal de lágrimas. Retirando la mano que estrechaba don Matías, juntóla rápidamente con la otra y cubrióse con ambas el rostro, sacudidos los hombros por el hipo del llanto que pugna por refrenarse.

Cortaza, enternecido á su vez, no acertaba á decir nada para serenar á su mujer. Suavemente le apartó entonces las manos del rostro, diciéndole al cabo de un instante de silencio.

— No llore, hijita; eso puede hacerte volver la fiebre.

Al hablar, le acariciaba las manos, la cubría con su mirada de perdón, confuso en su timidez, deseoso de alejar del pensamiento afligido de su mujer las ideas que habían causado esa explosión de quebranto.

— ¿Se siente mejor? — preguntóle solícito, como si nada hubiese pasado, como si solamente se hubiera acercado á ella en ese momento.

— Sí, mucho mejor — contestó ella, enjugando sus lágrimas; ¡tú me has cuidado tan bien!



— Todos te hemos cuidado — asintió don Matias con sencilla modestia.

— Sí, pero nadie como tú; yo no conocía tu gran corazón.

El enternecimiento volvió á quebrantarle la voz y las lágrimas asomaron de nuevo á sus ojos, mientras su mirada se fijaba sobre su marido con ternura.

— Bueno, no hablemos de eso; no se vaya á afligir de nuevo y á empeorarse.

Hablábale acariciándole las manos, balbuciente de emoción, penetrado de una alegría melancólica, maravillado de la transformación de su mujer, de la dulzura de su mirada, de la humildad con que se cubría ahora su altanera hermosura.

— Trate de dormir — repuso con voz de dulce consejo. Usted necesita reposo; yo voy á sentarme en la poltrona al pie de la cama. Duerma con tranquilidad, yo no me moveré de aquí.

— No, no, quédate; no tengo sueño, conversemos.

El acento de la voz daba á esas sencillas palabras una entonación de íntimo cariño, que penetró hasta el fondo del alma de Cortaza. Hubiera querido postrarse de rodillas y cubrir de besos las manos que ella le abandonaba. Pero un miedo instintivo de parecer ridículo á los ojos de esa mujer que recobraba sobre él su antiguo imperio, lo hizo detenerse.

— Sí, conversemos, si no está cansada — díjole con voz complaciente, acercando una silla á la cama.

Hasta entonces doña Manuela había evitado hablar del accidente que la tenía postrada. En sus involuntarias reflexiones, á medida que se pronunciaba la mejoría, la acción de su hermano significaba para ella un castigo del cielo. El sentimiento religioso, dominante en aquel tiempo sin obstáculos de enemiga

propaganda, en toda la población chilena, hacía oír su voz en el momento de la tribulación en el ánimo de la señora. Debía perdonar á su agresor como una justa reparación de sus pasados extravíos. Esa evolución de su alma operada en el silencio de sus meditaciones, la había hecho encerrarse en un silencio absoluto sobre todo lo que pudiera tocar al suceso de la cena; pero en aquel momento de expansión, meciéndose en la dulzura de un arrepentimiento sincero, doña Manuela sintió la necesidad de saber cuánto había pasado desde aquella noche de trágico recuerdo.

— Cuéntame lo que ha sucedido desde que yo caí herida — dijo en tono afectuoso.

Cortaza le refirió los sucesos sin emitir opinión alguna tocante á la manera cómo don Julián había podido salir de su prisión. Su ingenio, por otra parte, no tuvo que acudir á la inventiva, tocante á ese punto, esencialmente delicado. Su mujer no pareció darle ninguna importancia.

— ¿De modo que Julián está en la cárcel? — dijo pensativa.

— Así es, pues, en la cárcel.

— ¿Y él mismo se entregó á la justicia?

Don Matías confirmó el hecho con su silencio.

— Pero tú firmaste la queja contra él, me acabas de decir.

— Como marido tuyo, yo tuve que firmarla — contestó tímidamente Cortaza.

Pensativa, doña Manuela reflexionó en alta voz:

— Debieron haberlo dejado evadirse, ir donde quisiera y no presentar esa acusación criminal.

— Así me parecía á mí — afirmó don Matías —



pero Sinforosa y su marido porfiaron tanto, que no pude hacer otra cosa.

— Pues yo no estaré tranquila hasta que lo saquemos de la cárcel. Sin duda yo vivía equivocada. Tal vez Julián no es realmente loco. Lo que hizo, prueba que tiene bastante juicio para saber de quién debía vengarse.

Inclinando la cabeza, don Matías aprobaba. Doña Manuela, con cierta exaltación repuso.

— Mira, no consultemos á nadie, y hagamos nuestro deber. Mañana mismo presentarás otro escrito al juez retirando la queja y pidiendo la excarcelación de Julián; si es loco, porque es loco; y si no lo es, porque yo no quiero que se le siga ningún perjuicio á causa de lo que hizo conmigo. Es un asunto privado de familia que no debieron haber llevado ante la justicia.

El acuerdo sobre este procedimiento se hizo fácilmente entre los dos.

Doña Manuela quería principiar su expiación perdonando á su hermano.

— Y cuando venga — dijo con ese sentimiento de reparación — le devolveré todos sus derechos; él gozará de sus bienes y hará con ellos lo que quiera.

— Eso es lo mejor, hijita — aprobaba don Matías.

En el fondo de su conciencia una protesta contra la detención de don Julián había existido siempre. Pero su timidez no le había permitido hablar. Ahora, su mujer y él se unían en el mismo sentimiento. Con esa comunidad de ideas figurábase acercarse al corazón de su mujer, unirse á ella en un acto de justicia, que podría ser el precursor de otra unión más dulce y reparadora : la unión de sus corazones.

— Mañana temprano le pediré á Agapito que me lleve donde su amigo, para que me haga el escrito.

Esta promesa pareció devolver la calma á doña Manuela.

La conversación tomó entonces entre ellos un giro familiar. Se establecía poco á poco una reconciliación tácita. Hablaban del porvenir. Doña Manuela se mostraba ansiosa de hacer cuanto antes la devolución de los bienes de su hermano y de vivir pobremente con el sueldo de su marido. « Él estaba seguro de poder agregar á su sueldo el valor de copias de expedientes y otros trabajos que no le faltarían. » Al día siguiente, don Agapito combatió resueltamente la idea del desistimiento de la demanda contra don Julián.

— ¡ Cómo ! Manuela, ¿ tú quieres que pongan en libertad á ese loco para que venga á asesinarte ?

La familia se hallaba reunida en torno del lecho de la convaleciente, después de la visita del médico. Doña Manuela recibió con una sonrisa de benevolencia la interpelación de su cuñado.

— No vendrá; la prueba de que se encuentra en perfecta razón y que se arrepiente de lo que ha hecho es que él mismo se ha entregado á la justicia.

— Al contrario, eso prueba que está loco rematado — replicó don Agapito.

— No importa — insistió doña Manuela, hablando á su marido, — tú presentarás el escrito hoy mismo.

— Como quieran; yo me lavo las manos — dijo Linares.

Algunos días transcurrieron después del retiro de la demanda. Sin haber podido aclarar el hecho de la liberación de don Julián, ni encontrado prueba alguna de complicidad de tercero en el atentado, el juez



mandó sobreseer y elevó los autos á la corte, en consulta.

Carlos Díaz, mientras tanto, instruido por Deidamia de la resolución de doña Manuela, poco después del fallo de sobreseimiento, entró empeñosamente en campaña, á fin de conseguir en las distintas oficinas de los tribunales que la consulta fuéase activada por todos los medios posibles. Mediante la intervención de Quintaverde, tenía también diarias entrevistas con don Julián, sin conseguir que éste manifestase el menor interés en el resultado del procedimiento judicial. Constantemente sombrío, Estero consideraba el porvenir al través de la profunda melancolía de su ánimo.

— Que me pongan en libertad ó me condenen á prisión — decía siempre á su libertador, — todo me es indiferente. La felicidad que usted me devolvía la perdí por mi culpa en un momento de extravío. Libre ó encarcelado, quiero purgar mi crimen, y nada me haría volver ahora á la existencia de los que pueden vivir sin reproche.

En aquellos mismos días, el restablecimiento de doña Manuela continuaba sin tropiezo. Poco después de haberse levantado por primera vez, el médico autorizó la traslación de la convaleciente á la pieza contigua, que era el dormitorio de Leidamia, y á la sala de recibo.

Cortaza tomó parte en esas mudanzas con vigilante solicitud. Apoyada en su brazo doña Manuela salió por primera vez de su dormitorio, é hizo después en la misma compañía su entrada á la pieza principal de la casa. Con una serenidad de ánimo, admirada por toda la familia, visitó también el comedor, sin que el recuerdo de la escena en que había

corrido el riesgo de perder la vida, pareciese turbar su nativa entereza.

No era sin embargo, con ánimo sereno y sin una penosa lucha interna, que la señora daba á los de la familia, esas pruebas de incontrastable energía. La postración del cuerpo se había reproducido en su ánimo por una percepción aguda de las vanidades de la vida. Una nostalgia de virtud le oprimía el corazón, le dictaba la necesidad de desprenderse del pasado, de volver con ánimo resuelto á la senda estrecha del deber y de las modestas satisfacciones de una existencia exenta de inquietudes y de engaños. Pero en sus largas meditaciones de convaleciente, nunca se había atrevido á descorrer el velo que ocultaba la imagen de Quintaverde en lo más recóndito de su memoria. De la espesa bruma en que flotaban sus ideas al despertar de la fiebre, un pensamiento confuso pactó con su conciencia el olvido del amante infiel. Desde entonces, cada vez que esa imagen le acudía, doña Manuela, encontraba fuerzas en su enérgica voluntad para apartarla de sí. Pero esa victoria era alcanzada á costa de una postración nerviosa muy contraria á la acción reparadora de la natural robustez de la enferma. En esa lucha del amor rebelde y de la voluntad persistente, el temor de oír el nombre que ella, en silencio, no se atrevía á pronunciar, aumentaba cada día en proporción de las ocasiones que en la conversación se presentaban de que ese nombre fuese mencionado. Los pequeños incidentes del retorno á la vida ordinaria, que pasan á ser acontecimientos de importancia para el enfermo en mejoría, contribuían á calmar en apariencia su oculta sobreexcitación de espíritu. Al salir por primera vez á la pieza vecina, al trasladarse después á la de recibo,



figurábase comenzar una existencia nueva, de la que poco á poco se iría borrando el temido recuerdo, en la que triunfara al fin su voluntad de extirpar el pensamiento culpable, tan porfiado en su impetuoso furor, como la llama que surge de repente de los escombros de un incendio que se creía apagado.

De lejos, mientras tanto, una amenaza se levantaba contra esa calma relativa de su conciencia. El pasado reclama siempre su parte, por deliberado que sea el propósito de apartarlo en las combinaciones del porvenir.

Quintaverde sería esta vez el agente directo de esa ley ineludible de la vida. Llegado á ese momento de crisis en que la seguridad de la posesión parece aplicar una especie de sordina á los primeros entusiasmos de los amores ilícitos, el comandante recobró al cabo de algún tiempo bastante libertad de espíritu para apreciar las ventajas que, un concurso natural de circunstancias vino á ofrecerle, de buscar la felicidad y la conveniencia, casándose juiciosa y prosaicamente con una muchacha rica. Alentado por las manifestaciones inequívocas de que lo rodeaba la joven desde su primer encuentro en casa de una familia amiga, el comandante emprendió con éxito señalado una de esas cortes que se empiezan á veces por pura vanidad, ó por mero pasatiempo y se dejó deslizar casi sin pensarlo en la vía de los compromisos irrevocables.

Esta fué la noticia que una amiga de la señora, por oficiosa malignidad, llegó á contarle en vísperas de la trágica noche de la cena. Mas, para que la noticia de la infidelidad de Quintaverde llegase así á conocimiento de doña Manuela, había sido menester que la nueva intriga hubiera llegado á ser cono-

cida de muchas, entre las personas que ella frecuentaba, y que se encontrase en tal grado de adelanto, que ya se corriera como un hecho positivo la existencia del compromiso matrimonial. Así sucedió, en efecto. Á la fecha de la revelación, que tan profundamente había herido á la señora, Quintaverde se encontraba ya en la penosa necesidad de tener que instruirla de su propósito de cambiar de género de existencia.

Los acontecimientos á que dió lugar la fuga de don Julián Estero, sacaron á Quintaverde de la embarazosa dificultad. La muerte de doña Manuela habría resuelto definitivamente el arduo problema. En todo caso, la mejoría de la señora herida aplazaba para un tiempo indeterminado el plazo de la amarga revelación.



## XXIV

Así empezaron á pasar los días sin que desapareciesen para él las incertidumbres. Quintaverde se informaba casi diariamente, por medio de su sobrino el capitán Cardonel, del estado de doña Manuela. Cardonel se había encargado gustoso de esa misión con la esperanza de poder hablar á su prometida; pero Deidamia encontraba cada vez la manera de excusarse de recibirlo. Al principio, la gravedad de su tía, justificaba sus negativas. Pero á medida que la mejoría empezó á pronunciarse, Deidamia fué formulando sus excusas en términos que el joven llegó á persuadirse del deliberado propósito de parte de la chica, de evitar toda entrevista.

Emilio fué dando cuenta á su tío de estos incidentes, en los que Quintaverde no pudo llegar á diversa conclusión que la que de ellos deducía su sobrino. Entretanto, su compromiso matrimonial, del que había conseguido demorar la realización, por no llevarlo á cabo mientras doña Manuela no se hallase enteramente restablecida, exigía ya desenlace; pero exigía también imperiosamente que él encontrara modo de hacer la declaración de sus nuevos proyec-

tos á doña Manuela y pedirle humilde y lealmente su perdón.

En la imposibilidad de tener una entrevista con ella, la revelación no podía tener lugar sino por medio de una carta. Quintaverde decidió no temporizar y puso manos á la obra. Aunque desdeñoso de la forma literaria, con la que sus ocupaciones militares no le habían permitido familiarizarse, el comandante se empeñó en pulir lo más posible sus frases, para hacerlas persuasivas. Largas meditaciones sobre el tema que se proponía desarrollar en su defensa, le hicieron más fácil su tarea que lo que él mismo se figuraba al acometerla. La escasez de razones que fueran plausibles para justificar su desertión le había hecho acogerse á un razonamiento que tenía por lo menos las apariencias de la verosimilitud.

Empezando por hablar de la dolorosa sorpresa de haberla visto herida y sin conocimiento, cuando esperaba tener por primera vez la felicidad de hallarse al lado de ella en su casa, Quintaverde continuaba : « ¿ Y sabe usted lo que más me oprimió el corazón después del primer momento de sorpresa y de rabia contra el malvade loco y su bárbaro atentado ? Fué de pensar que todos los de casa de usted podían cuidarla y hacerle remedios, que todos podrían trasnochar al lado de su cama para aliviarla, y que yo, el que más la quiere á usted de todos, tendría que disimular mi pena, retirarme lejos de usted y contentarme con tener noticias suyas raras veces, y que no podría volver á presentarme en su casa, de donde las miradas furiosas de su marido me estaban echando, desde que entró en el cuarto. En la aflicción de la noche, cuando me encontré solo, me puse



á pensar que lo mejor para los dos sería que yo tratara de vencer mi amor para no seguir pasando por la tortura de ver que todos pueden acercarse á usted menos yo. Así también usted podrá renunciar á mí y no vivir atormentada por escrúpulos y por miedo al *qué dirán*. La reflexión me ha hecho razonable y me ha persuadido de que es mejor poner término á una situación peligrosa para usted, que puede hacer que todos sus amigos le vuelvan la espalda y que si su marido, que no se atreve á retarme, se queja al Ministerio, es capaz que me echen á mí á la calle, porque un jefe de policía debe dar el buen ejemplo con su conducta. Yo sé que el no volver á ver á usted y pensar que me olvidará, va á partirme el alma; pero me he jurado que seré hombre y estoy resuelto al sacrificio por usted principalmente. Creo que con esto le doy á usted una prueba de cariño más grande, jurándole que siempre la quiero y que jamás la olvidaré. »

Y á vuelta de variantes sobre este mismo tema, con las que conseguía aumentar las dimensiones de su carta, sin dar nueva fuerza á sus rebuscadas razones, añadía :

« No he querido separarme de usted y pedirle que me perdone sin explicarle mi conducta, para que vea cuánto he sufrido hasta llegar á esta determinación, que verdaderas lágrimas me ha costado. Espero que me juzgará usted con rectitud y no con encono, y que aunque oiga decir que me voy á casar, usted no verá en un acto como ese sino el deseo de evitar la tentación de volver á verla como antes, y de ser causa de que usted exponga su reputación y su tranquilidad por mí ».

Quintaverde esperó que esta última frase prepa-

raría el ánimo de doña Manuela para considerar como verídica la noticia de su proyectado matrimonio. La repetida lectura que hizo después de toda la carta, lo dejó satisfecho. Sin ocultarse que sus explicaciones distaban mucho de ser capaces de llevar el convencimiento al ánimo de la persona á la que iban dirigidas, ellas le parecían indispensables de todas maneras, como un acto de consideración y de cortesía, ya que no era posible lo fuesen de la lealdad de sus intenciones.

Pero escrita la carta, quedaba todavía la dificultad de enviarla sin riesgo de la destinataria.

Imposible le habría sido escribirla sin hablar en ella del amor que los unía. Esta circunstancia formaba precisamente el peligro en la adopción de un arbitrio para hacerla llegar á su destino. No saliendo doña Manuela de su casa, los medios de que antes se valían para corresponder por escrito, quedaban inutilizados. Quintaverde cortó la dificultad con su temperamento de hombre de acción, decidiendo llevar él en persona la carta y entregarla, ó no, á doña Manuela, según fuesen las circunstancias y el estado de salud en que la encontrase.

Después de copiar su obra con esmero y de cerrarla, suprimiendo el rótulo y para darle un carácter anónimo en caso de pérdida, Quintaverde, acicalado como para una cita amorosa, se dirigió á la casa de las Estero. Por más que su sistema nervioso obedeciese casi siempre á su voluntad, disciplinado militarmente como estaba en su vida de frecuentes peligros, el comandante, no pudo disimularse que una pronunciada impresión de temor le dominaba, á medida que iba llegando al término de su viaje.

Á esas horas doña Manuela se hallaba sola en la



pieza de recibo, donde pasaba la mayor parte del día. Con el rápido restablecimiento de su salud, la vida de la familia había vuelto á su curso regular de otro tiempo. La convaleciente no necesitaba ya de asistencia continua. Todos habían podido resumir la vida ordinaria de antes de la enfermedad. La señora lo había exigido así. Recobrada la salud, las preocupaciones habían vuelto á su espíritu. En una mujer que ha sido bella, una de esas preocupaciones, es la de conservar ese cetro de la hermosura, especie de soberanía que asienta su poder en la admiración de los hombres. Gracias á la habilidad del cirujano, la cicatriz de la herida no alcanzaba á desfigurar el rostro de la convaleciente. Con esa consoladora satisfacción, doña Manuela se dejaba dominar por sus pensamientos aislándose en sí misma.

En esta especie de somnolencia de espíritu sin lineamientos precisos, pasaban delante de ella las ideas con la opacidad y los vagos movimientos de los peces en una redoma transparente. El sacrificio de su amor á su deber, aparecía en primer término con la regularidad de los escrúpulos que el curso del tiempo no ha desvanecido todavía. Y era un problema en sus meditaciones como hacer saber á Quintaverde sus nuevos y arrepentidos propósitos. « Cuando pudiese salir sola dentro de algún tiempo, la ocasión se le presentaría, sin duda, de llevar á término su sacrificio. » Este propósito le bastaba por el momento para mecerle suavemente la conciencia entre nubes lejanas de una futura enmienda.

En ese momento, Quintaverde entraba en el patio de la casa.

El corazón le batió con violencia, al divisar al través de la reja de la ventana que daba al patio, á

doña Manuela. Ella también con indecible asombro, lo vió aparecer delante de la puerta de calle y atravesar con paso rápido el patio. Lo inesperado del incidente paralizó toda reflexión en la señora. Se encontraba sola, y como nadie había en el patio, ni nadie en la antesala, Quintaverde entró en la pieza sin que ella hubiese tenido tiempo de pensar lo que debía hacer. Teniéndole siempre presente en la memoria, con tanta más viveza cuanto se hacía más reñida en su ánimo la lucha de sus escrúpulos, doña Manuela se figuró en su turbación que el comandante acudía á ella en virtud de alguna evocación misteriosa producida por sus esfuerzos para olvidarlo. Pálida y desfalleciente, no tuvo fuerzas para levantarse de su silla, al verlo entrar.

No parecía menos conturbado que ella el que llegaba. Su rostro al saludar, se había cubierto de palidez. Con voz que se esforzaba por parecer segura, díjole avanzando hacia ella.

— Seguramente que no se esperaba usted esta visita.

Al mismo tiempo trató de sonreír añadiendo :

— Dispénseme que me presente sin haberla advertido, pero como temía que usted no me recibiese, decidí presentarme así sin advertirla.

El corto tiempo que había mediado entre la aparición del comandante y el fin de esta frase, bastó á doña Manuela para serenarse.

— Como usted dice, no esperaba esta visita — contestó, respondiendo con una sonrisa triste de persona débil, á la sonrisa del comandante.

— ¿ Ni la deseaba ? — preguntó éste con insinuante interés.

— No digo eso, pero me parece un paso imprudente.



Habría querido contestar de otro modo. Su voluntad le dictaba esa respuesta, cuando sentía que la prueba de interés que le daba con su inesperada aparición, estaba á punto de desbaratar sus propósitos de ruptura.

— Imprudente, puede ser, pero sin esta imprudencia no habría podido acercarme á usted y ver por mí mismo, y no por lo que otros me decían, que ya está usted perfectamente restablecida.

— Sí, ya estoy muy bien, gracias á Dios — dijo ella con estudiada frialdad.

Las palabras de amistoso interés á que daba esa respuesta, estaban muy lejos de ser la apasionada manifestación de amor que ella temía y esperaba al mismo tiempo de boca de su amante. Un frío desencanto le oprimió el corazón. En vez del acento conmovido de una inquietud tiernamente solícita, la voz de Quintaverde le parecía resonar con la modulación desabrida de un esfuerzo por dar el tono de un vivo interés á lo que sólo era la fórmula de una urbanidad convencional. Sus celosas preocupaciones de antes de la catástrofe le clavaron su ponzoñoso aguijón en el alma. El sacrificio de la ruptura se le imponía con la crueldad de un atroz desengaño, en vez de ser dictado por su cristiano arrepentimiento. Quintaverde no dejó de leer en el rostro de la señora y en la frialdad de su respuesta, la dolorosa impresión que la agitaba. Pero no se dió cuenta de esa impresión con sorpresa. Había medido el alcance de sus palabras y la entonación de su voz al pronunciarlas. Tan distante era su intención de manifestarse indiferente como de mostrarse apasionado. Consideraba lo primero como una indigna descortesía; pero estimaba que lo segundo habría sido un error

contrario á sus deseos de romper amistosamente.

Adversarios por la fuerza de las circunstancias, ambos se habían quedado en silencio. Antes que la situación se hiciese más embarazosa, Quintaverde repuso, recordando el principal argumento de la carta que tenía en el bolsillo.

— Usted no se figura cuánto he sufrido con la desgracia de usted. Saber que usted estaba sufriendo y que yo no podía hacer nada por aliviarla, era un verdadero tormento.

— Me han dicho que usted ha mandado muchas veces á saber de mi salud y le doy las gracias.

Luchando por contener la tormenta que se desencadenaba en su alma, doña Manuela, en vez de mirar á Quintaverde al hablarle, miraba al patio, afectando una calma desmentida por la angustia pintada en sus facciones. Admitir sin protesta esa fría contestación era establecer desde aquel momento una hostilidad de la que Quintaverde quería á toda costa evitar el estallido, inevitable precursor de penosas explicaciones.

— ¿Así no más, tan fríamente recibe usted mi interés por su salud? — dijo en tono afectuoso, tratando de apoderarse de una de las manos de doña Manuela.

Ella retiró la mano, y con acento tan terco como el movimiento :

— Tenga cuidado, cualquiera podría vernos.

— Tiene usted razón; soy un imprudente.

Quintaverde pensó que el acto y las palabras con que era recibido su ademán, le daban un pretexto excelente para retirarse, dejando la carta que hablaría por él. Cada instante que pasaba lo persuadía de la dificultad de una explicación verbal. Con su



visita daba una prueba de consideración y de cortesía, á su juicio, indispensable. Lo demás era mejor para dicho por escrito. La actitud de la señora le quitaba el valor de hacerle su revelación de viva voz. Involuntariamente había dado á su respuesta un acento de disgusto. Notólo doña Manuela y se apresuró á dar esta explicación :

— Usted ve que cualquiera que atraviase por el patio, ó por una de las puertas que están abiertas, puede observar todo lo que pase en esta pieza.

Y como Quintaverde se inclinase en señal de aquiescencia, agregó :

— Me parece que usted tiene tanto interés como yo en evitar un escándalo. Deidamia ó mi hermana pueden entrar aquí de un momento á otro.

— Tiene usted razón, mucha razón — dijo él con voz afectuosa esta vez y poniéndose de pie. Veo que usted está agitada con el temor de lo que puedan pensar de mi presencia aquí. Mejor es que me retire antes que me vean.

— Mucha prisa tiene usted de irse — exclamó picada doña Manuela ; — yo no he querido despedirlo, sino evitarnos lo que no podría remediarse.

— Yéndome, todo peligro se evita. Conozco que he dado un paso imprudente, como dijo usted hace poco. Así lo pensaba yo también, y temiendo no tener ocasión de hablar á solas con usted, traje esta carta, que me voy á permitir dejarle, pidiéndole que la lea con la seguridad de que en todo caso, usted podrá contar con el corazón del que la ha escrito.

Al hablar había sacado la carta y la pasaba á doña Manuela con aire turbado. Ella la cogió vacilante.

— ¡ Jesús ! ¡ qué ceremonioso está usted ! — dijo con voz agria ; — su carta, le aseguro, me da miedo.

¿Qué tiene usted que decirme en ella que no pueda decírmelo ahora mismo de viva voz.

— Usted acaba de reconocer que aquí no es posible hablar — replicó Quintaverde con cierta vehemencia, sintiéndose incapaz de dar el rudo golpe á la señora y presenciar el resultado de su revelación. — Si usted pudiese salir, como antes, no le escribiría; pero expuesto á ser interrumpido á cada momento, prefiero que usted lea con calma lo que tengo que decirle.

La insistencia en evitar toda explicación redobló las celosas sospechas de doña Manuela. La tortura de la duda se hacía más mortificante con la reservada actitud del hombre que por tanto tiempo había visto rendido á sus pies.

— Esa disculpa — le dijo con voz ronca, ahogando la explosión de su encono — no me engaña. ¿Por qué no habla usted con franqueza? Sin un formal desmentido de usted, creeré que es cierto lo que me han dicho, que usted está comprometido para casarse. Á ver, niéguelo usted si no es cierto.

Ante aquella interpelación tan categórica, Quintaverde no podía recular. La pregunta no admitía sino dos respuestas: ó una franca confesión, ó una redonda negativa. El comandante encontró, sin embargo, un tercer término, semejante á los subterfugios con que se prepara el ánimo de una persona, por no darle violentamente la noticia funesta.

— ¡Ah! ¡se corren tantas cosas! Todo el mundo inventa lo que se le antoja. Usted sabe lo que es la gente; siempre se anticipa á saber más que los interesados.

Pero la voz era insegura, la mirada incierta, la acción forzada de quien desea disimular una realidad



que lo abruma. El comandante parecía uno de esos acusados que tiene la convicción de no poder justificarse y acuden á disculpas inverosímiles. Sentíase, además, sorprendido por la actitud agresiva de la señora. Habiendo temido una crisis posible de quejas y de lágrimas, no se esperaba al furor rugiente de una leona herida. Vió que tenía delante de sí una enemiga al oírla exclamar :

— Esa no es una negativa, eso parece más bien una mentira. Yo prefiero la verdad y no una disculpa cobarde.

El comandante sintió una ola de fuego subirle á las mejillas y replicó confuso, pero irritado :

— La verdad es muy larga de explicarse. Usted dice que de un momento á otro podemos ser interrumpidos. Con semejante peligro prefiero no hablar.

— No hablar, porque no puede negar — le interrumpió doña Manuela exasperada.

Al mismo tiempo se ponía de pie como despidiendo al visitante. La profunda emoción que la conmovía no le impidió sin embargo, arrojar una mirada al patio, donde vió aparecer á don Matías atravesando en dirección de la antesala.

— ¡Mi marido ! — exclamó con voz ahogada. — No se mueva usted ; ¡ estoy segura que nos ha visto !

La llegada de Cortaza en esos momentos era un hecho que se repetía puntualmente cada día desde los últimos sucesos acaecidos en la familia. En la agitación moral que la inesperada visita de Quintaverte le había causado, doña Manuela perdió poco á poco la idea de la próxima vuelta de su marido. Era la hora en que lo veía llegar, solícito y turbado, como si viniese á hacerle una declaración de amor. Al pro-

nunciar las palabras con que había detenido al comandante, la señora esperó, sintiendo los latidos de su corazón, ver entrar un segundo después en la sala á don Matías. Pero en vez de abrirse la puerta que daba sobre la antesala oyó que él pasaba á lo largo de ella sin haberse detenido.

— No nos ha visto —dijo Quintaverde; — yo debo irme al instante y nada se sabrá de mi visita.

Pronunciadas con precipitación estas palabras, mostraba bien la prisa que tenía el comandante de poner fin á aquella escena de recriminaciones.

Doña Manuela lo miró como si no comprendiese la necesidad de aquella fuga.

— No puede usted salir de aquí como un criminal, escapándose. Mi marido podría verlo salir y creería que yo he llamado á usted á escondidas. Es preciso que él vea que usted está aquí y que yo no hago misterio de eso.

Sin dar tiempo á Quintaverde de responderle, se acercó entonces á la puerta que daba al comedor y llamó :

— ¡Gervasia, ven acá !

Al aparecer la sirvienta, le ordenó con decidido acento :

— Anda á decirle á Matías que venga, que yo lo llamo.

Con extremada agitación se volvió, después de dar esa orden, hacia Quintaverde.

— Siéntese usted; es necesario que mi marido vea que usted está aquí de visita y no ocultándose de él.

El comandante, con acento de consultar la voluntad de la señora, propuso, como algo que justificaría su presencia en la casa.

— Será bueno que diga usted á su esposo que he



venido por encargo de mi sobrino Emilio Cardonel á reclamar el cumplimiento del compromiso que tiene con él la señorita Deidamia.

Doña Manuela tuvo un movimiento desdeñoso de los labios.

— Como le parezca — contestó sin disimular la agitación que aún la dominaba.

No había dejado de ver Cortaza á su mujer y al comandante en la sala de recibo, al atravesar el patio. El uniforme militar que siempre vestía Quintaverde no le permitió equivocarse. En vez de entrar á la sala, don Matías obedeció á su naturaleza de hombre tímido y siguió para el interior de la casa, apresurándose. Convencido de que no habría podido hablar bajo el golpe de sorpresa que le embargaba la voz, continuó azorado su camino. Sólo atinaba á ocultar su rabia y su atroz desilusión, escondiéndose como un animal perseguido, allá en el solitario rincón de la huerta, donde nadie pudiese verlo. La tormenta de su alma estallaba al mismo tiempo en desesperadas imprecaciones : « ¡ Fiese usted de las mujeres ! y como con una sonrisa de cariño le clavarán un puñal en el corazón ! « Ésta era la arrepentida ; me sacó del purgatorio para arrojarme al infierno. » Y pensaba en Robinsón Crusoe, exento de todo mal de amor, libre de celos en su isla, desafiando en su soledad las arterías y las maldades del mundo. Y luego se acusaba á sí mismo : « Yo soy el bruto por haberme puesto á creer que perdonando lo pasado sería feliz con ella. » « ¡ Bruto ! ¡ bruto ! ¿ no ves ? eso te pasa por imbécil ! »

Y se revolcaba desesperado en su dolor como en un lecho de espinas, se sumía de nuevo en el mar de amargo desconsuelo del que se figuraba haber salido.

al fin á fuerza de mansedumbre y de perdón.

Abismado de amargura, don Matías no divisó á Deidamia que, desde el jardincito, conversaba con Carlos Díaz trepado sobre la tapia.

La voz de ña Gervasia sacó á Cortaza de su exasperado soliloquio.

— Misia Manuelita lo llama, señor, que vaya ligero.

Oyó el mensaje sin comprenderlo.

— ¿Quién me llama?

— Misia Manuelita, pues : dice que vaya luego.

Un violento impulso de vida pareció despertar á don Matías. « Le pícara se atrevía á llamarlo. »

— Dile que ya voy — y añadió para sí, como una imprecación vengativa: « ¡La sinvergüenza ! »

Se puso de pie con aire resuelto, mientras que la sirvienta, arrastrando sus chancletas, mal envuelta en su rebozo, lo precedía.

— Yo le haré ver que no le tengo miedo á su comandante, se decía en voz alta para darse ánimos.

Gervasia le abrió la puerta y don Matías entró en la sala, casi cerrando los ojos, como el toro al que abren la puerta del toril, entra, ofuscado por la luz, á la arena.

— ¿Tú me has llamado ? — preguntó á doña Manuela con la voz anudada en la garganta, sin mirar á Quintaverde.

— Sí, hijo; te he llamado para que veas al comandante que ha venido á hacernos una visita.

El tono de voz con que habló doña Manuela, sonó de un modo singular en los oídos de Cortaza : fué como una voz imperativa á la que no podía sustraerse.



Entonces miró á Quintaverde.

— Me alegro de verlo — le dijo sin tenderle la mano, sin saludarlo, con una sonrisita forzada, una sonrisa sarcástica que decía lo contrario de sus palabras.

Doña Manuela repuso:

— Y tienes que felicitar al comandante, porque viene á anunciarnos que se va á casar.

Esas pocas palabras bastaron. Una transformación completa se vió entonces en el semblante de don Matías. La sonrisa de sarcasmo fué reemplazada por un aire de complacencia tranquila. Quintaverde caía, al son de esas palabras, á los ojos de Cortaza, de su pedestal de soltero, como un ídolo que se derrumba: — « No sería ya el seductor irresistible » se transformaba en un hombre ordinario no obstante los atractivos que le daban su marcial bigote y el brillo plateado de su traje militar. » Inexperto en achaques de galantería, Cortaza pensaba ingenuamente que la bendición nupcial trocaba en ser insignificante para las mujeres, al más prestigioso conquistador de corazones femeniles. Á punto estuvo, al oír á doña Manuela, de acudir á su frase favorita ; pero acertó á modificarla.

— ¡ Vean cómo se va á casar el comandante! — dijo como anunciando algo de muy curioso.

Quintaverde contestó con una inclinación de cabeza, mordiéndose los labios, haciendo ruido con su sable de vaina de metal, al moverse, y diciendo, medio avergonzado :

— Misia Manuelita anticipa un poco ; tal vez no me expliqué bien ; quise decir que puede ser que me case.

— Si pues, se va á casar, de balde lo niega y debes felicitarlo — exclamó doña Manuela con el extraño

acento que había llamado la atención de don Matías; un acento de ardiente vehemencia.

Brillaban sus ojos con exaltación febril al fijarse, profundos y airados sobre el comandante.

Cortaza exclamó, tras de las palabras de su mujer :

— Como no, pues, lo felicito, comandante.

Su tono, sin embargo, no guardaba armonía con las palabras. Y era que Cortaza, en vez de lo que decía, formaba los más ardientes votos porque Quintaverde encontrase en el matrimonio, el mismo infortunio de que éste lo había hecho víctima.

— Lo felicito, pues, — repuso, — y seguro que la novia será buena moza.

— Tú debes conocerla — se apresuró á decir doña Manuela — es la Mariquita Terciado.

— ¡Ah! ¿esa, no? Y no le faltan sus realejos; mejor : lo que abunda no daña.

— ¡Oh! — dijo Quintaverde, rojo de despecho. — ¡Exageran tanto!

— Hace bien de casarse, comandante — agregó Cortaza, — hay que entrar en el gremio tarde ó temprano : la coyunda matrimonial, como dicen.

Doña Manuela no había visto nunca tan locuaz á su marido. La perspectiva de ver á su enemigo mortal rebajado á la categoría de marido engañable como él, ponía á Cortaza de excelente humor.

Quintaverde contestó algunas palabras evasivas y procuró cambiar de conversación.

— Como decía á usted señora; cuando entró el señor don Matías, el principal objeto de mi visita, es cumplir con un encargo de mi sobrino Emilio.

— Que también quiere casarse — dijo doña Manuela interrumpiendo y dirigiéndose más bien á Cortaza que al que había hablado.



— Hace bien, todos deben casarse — exclamó sentenciosamente Cortaza — todos deben entrar en la cofradía.

« Sí, todos — pensaba al mismo tiempo, rabiando en su interior — para que les pase lo que á mí. »

— Mi sobrino, — repuso Quintaverde — está siempre dispuesto á llevar adelante su compromiso, y me ha encargado averiguar en qué disposición de ánimo se encuentra á este respecto la señorita Deidamia.

— ¡Ah! ¡yo no sé! — dijo don Matías anticipándose á su mujer — eso lo sabrán sus padres.

— Pero hay un compromiso formal — observó picado Quintaverde.

— Yo tampoco sé — dijo doña Manuela, siempre mirando con hostilidad al comandante.

— Pero usted, *señorita*, favorecía ese casamiento — insistió éste, resuelto á defender los intereses de su sobrino.

— No lo niego, así era; pero después he pensado que no podemos, ni sus padres ni yo, llevar adelante un compromiso en que mi sobrina no tuvo mucha parte. Creo que lo mejor será llamar á la niña.

— Y á los padres también — agregó Cortaza.

Sobre los sentimientos que animaban á Deidamia con respecto al compromiso, doña Manuela y su marido estaban perfectamente de acuerdo sin haber hablado acerca de esto. Ambos conocían la resistencia de la chica á ese proyectado enlace.

— No, no, basta con que oigamos á la niña — dijo doña Manuela.

Quintaverde se puso de pie y tomó su gorra, que había dejado al entrar, sobre una silla.

— Entonces yo me retiro, — dijo acercándose á la

dueña de casa, usted tendrá la bondad de decirme lo que conteste la señorita Deidamia.

— No se vaya, usted lo oirá ahora mismo de boca de la niña. Yo prefiero que usted vea que la dejamos enteramente libre de contestar lo que le parezca.

Y sin aguardar lo que decidiera el comandante, llamó á la criada, como lo había hecho poco antes :

— Anda á decirle á Deidamia que la necesito.



## XXV

Por un momento, después de la salida de Gervasia, los dueños de casa y su visitante se quedaron en silencio. Quintaverde sentía la hostilidad de la señora y hubiera querido encontrarse á mil leguas de su presencia. La impresión del momento era enteramente diversa para don Matías. Algo como la sensación de un triunfo le daba grande aplomo. El manifiesto desagrado de Quintaverde ante la actitud de doña Manuela, le parecía un signo de seguridad para su dicha futura. Como á todos los tristes, una alegría inesperada le daba una locuacidad de semiembriaguez. El rompió el silencio, sonriéndose como quien se da cuenta de algún acontecimiento feliz :

— ¡Vea qué diablo de comandante! ¡cómo también va á casarse! — exclamó á manera de chanza familiar.

— ¡Oh! se dicen tantas cosas — replicó siempre confuso Quintaverde.

— La mentira es hija de algo, comandante, no esté negando lo que es cierto — exclamó con acento sarcástico la señora.

En ese instante entró Deidamia.

La chica había corrido después de despedirse precipitadamente del ñato.

— Ven mañana y te contaré lo que me diga mi tía.

Gervasia, al transmitir á Deidamia el llamado de doña Manuela, había dicho que la señora se encontraba en la *cuadra* con don Matías y el comandante Quintaverde.

— ¿Sabes á qué viene Quintaverde? — exclamó Díaz, — viene sin duda á nombre de su sobrino á recordar la promesa de casamiento.

— Cuando menos ¡y yo que estoy tan dispuesta á cumplirla! — dijo riéndose Deidamia, — hablan muy á tiempo.

— Dile de mi parte al comandante, que no se descuide con su sobrino si no quiere que yo le corte las orejas.

— Bonito se vería : yo no me caso con un motilón.

Ambos soltaron una ruidosa carcajada y Deidamia echó á correr ágil y graciosa.

— Háblale á tu tía por mí, linda, será el mejor momento — le gritó el ñato, siguiendo con la vista á la muchacha, hasta que se perdió tras de la puerta de comunicación con el patio.

El saludo á Quintaverde fué ceremonioso. Doña Manuela se apresuró á hablar. En su voz de nerviosa impaciencia, las palabras resonaban desapacibles.

— Aquí tienes al señor Quintaverde que viene de parte de su sobrino.

En vez de mirar al comandante, la chica bajó los ojos con afectada timidez. Quintaverde viéndola en esa actitud, auguró mal del resultado de su misión, y habló con dificultad bajo la mirada de fuego de doña Manuela.



— Mi sobrino, señorita, me ha encargado que la salute de su parte, y que le diga que ya que misia Manuelita se encuentra completamente repuesta, le parece que ha llegado el tiempo de hablar del casamiento concertado con los padres de usted, y aprobado también por misia Manuelita.

Deidamia miró á su tía, extrañándose que no hubiese contestado por ella.

— Como tus padres no están por el momento en casa — dijo la señora — Matías y yo, hemos dicho al comandante, que lo mejor sería que hablase contigo.

Deidamia miró entonces resueltamente á Quintaverde. Lo que acababa de decir doña Manuela, le dió ánimo para explicarse con entera libertad.

— Yo no me he comprometido nunca, fué mi papá quien me dió por comprometida.

— Pero usted, señorita, aceptaba el compromiso — arguyó Quintaverde.

— Yo no decía nada, ¡ era para tanto tiempo después!

El comandante se puso de pie :

— Creo que estas cosas no pueden discutirse, yo hablaré con su papá, para que él me diga su determinación.

— Agapito y Sinforosa — dijo con acento de certidumbre doña Manuela, — no contrariarán á su hija y dirán que se equivocaron.

— Eso es pues, — se interpuso Cortaza, deleitado con la confusión del comandante. — Si la niña no quiere no hay más que hacer ; ¿ no ve ?

Quintaverde juzgó inútil prolongar su visita. El desahucio no podía ser más categórico. Despidióse entonces fríamente, con algunas palabras que no tenían otro objeto que defender su retirada y salió de

la casa. El aire libre le devolvió su serenidad. « Era un mal trago que había que pasar — ya está ella notificada de mi casamiento. No podrá decir que la he traicionado engañándola. Por lo que hace á Emilio, ¡qué me importa! Novia no le ha de faltar. » Fué la oración fúnebre con que enterraba sus amores pasados.

Los que quedaron en la sala de recibo lo vieron cruzar el patio con el aire de un hombre exento de cuidados, que siente el vigor de su cuerpo en cada movimiento.

Doña Manuela se sentó, esforzándose por ocultar su abatimiento. En ese instante todo su amor al hombre que le volvía la espalda, se tornaba en odio desesperado. Cortaza y Deidamia ajustaron en derredor de sus faldas la manta con que acostumbraba cubrirse para evitar cualquiera destemplanza.

— Hiciste bien en contestar de ese modo, — dijo á la chica poniéndole una de sus manos sobre la cabeza.

Con un esfuerzo de su altanera voluntad, quería ocultar su despecho para sofocar los celos turbulentos aferrados, cual tenazas candentes, á su corazón, y hablaba así á la chica para tener el aire de interesarse por algo que no fuera su punzante sinsabor.

Para Deidamia, todo aquello era una gran sorpresa. Se había despedido de Díaz resuelta á luchar. Al oír que el comandante Quintaverde estaba de visita en la sala, no dudó de que viniese á nombre de Emilio Cardonel, y de que acudiera á ese arbitrio de presentarse en persona, porque estaría seguro del apoyo de doña Manuela. Acostumbrada á leer en el rostro de su tía las emociones que la afectaban, la chica notó ya al entrar, que una gran agitación dominaba á la señora. Mas, ni el tono de su voz, ni la mirada con que la



había recibido, le parecieron de naturaleza á justificar los temores con que ella llegaba. Lo que había seguido hasta la salida de Quintaverde, fué para ella una revelación tan prodigiosa como inesperada. Sin darse cuenta de lo que hubiese podido producir aquel cambio en la actitud de su tía, sintióse tan penetrada de reconocimiento hacia ella, que al recibir su caricia se alzó rápidamente y enlazó con sus brazos el cuello de la señora, besándola al mismo tiempo con ternura.

Cortaza habría querido hacer otro tanto. El hecho solo de que su mujer lo hubiese llamado á la sala en vez de ocultarle la visita de Quintaverde, bastó para disipar de su espíritu la tortura de celos que le había hecho prorrumpir en amargas imprecaciones en el fondo de la huerta. El tono desdeñoso de su mujer al hablar al comandante en presencia de él y la libertad en que había dejado á Deidamia para romper el compromiso en que ella misma había hecho antes valer su autoridad omnipotente en la familia, eran sobradas pruebas, en su sentir, de que doña Manuela rompía con el pasado y lo llamaba á una sincera reconciliación. La antigua herida estaba, por supuesto allí, en su pecho, sin cicatrizarse; era la bala en el cuerpo — se decía otra vez — con que viven tantos inválidos de la guerra. La esperanza de alcanzar una felicidad relativa en lo futuro, nuevamente renacía ahora. Era una rama que á su ansia de paz y de cariño le tendía su destino en la corriente, para salvarlo del final naufragio de su existencia. El espectáculo de doña Manuela y de su sobrina tiernamente abrazadas, le regocijaba el corazón como un presagio feliz. Doña Manuela apartó de sí á la chica con el ademán de una persona que se siente sofocada y busca espacio para respirar.

Deidamia enternecida por la dulce sorpresa, la volvió á abrazar con suave violencia.

— Tía, ¡qué feliz me encuentro! — le dijo en un tierno murmullo — y se lo debo á usted; yo no podía conformarme con ese casamiento.

Doña Manuela fijó en ella una mirada interrogativa.

— ¿Y por qué? — preguntó.

— Emilio no me gusta, nunca lo habría querido.

— Y ¿quién te gusta entonces?

Deidamia bajó los ojos y casi entre dientes :

— Usted sabe muy bien.

Recordó al contestar así, la recomendación de Díaz de hablar á la señora en favor de él. Nunca podría presentársele tan propicia ocasión de hacer á su tía la confidencia de su amor y de los proyectos matrimoniales del ñato ; pero al alzar la vista para observar en el semblante de doña Manuela el efecto de su respuesta, su esperanza, como un castillo de naipes, rodó por el suelo.

— ¡Cómo! ¿de quién estás hablando?

Una mirada desdeñosa, á la que el encendido color de la señora daba reflejos de amanaza, acompañó á esa interrogación. Turbada ; pero resuelta á defender su causa, la chica murmuró :

— Usted sabe, pues ; le hablo de Carlos Díaz.

— ¡Cómo! ¿Tú quieres á ese ñato insolente? ¡Era lo que faltaba!

Deidamia inclinó la cabeza para dejar pasar la tormenta. Doña Manuela repuso con acento de desprecio :

— ¡Un mocoso atrevido!

La muchacha continuó silenciosa, sin levantar la frente. No sintiéndose contradicha, doña Manuela pasó de las exclamaciones á las razones.



— ¿Qué sacas con quererlo? Un chiquillo que no tiene maduro el juicio todavía y que no está en edad de casarse.

— Va á tener veintiún años; hay muchos que se casan á esa edad — murmuró tímidamente Deidamia.

La observación irritó á la señora. No pudiendo negar la verdad de lo que su sobrina aseveraba, dejó hablar á su imperioso carácter :

— En fin, no importa; yo no apruebo ese disparate, y me admira que tú te atrevas á hablarme de un muchacho que me ha afrentado en la calle pública; que me ha convertido en el *hazmerreír* de todo Santiago. Tus padres dirán lo que les parezca de ese desatino; pero no cuentes conmigo: ¡jamás, jamás permitiré entrar á ese atrevido en mi casa !

El ademán autoritario, el tono áspero, acentuaban la amenaza. No era ya dueña de sí misma. Un delirio de lucha daba repentino vigor á las fuerzas debilitadas por la enfermedad. Los propósitos de indulgente mansedumbre se desvanecían al soplo de su despecho. Con alaridos de jauría exasperada por la pérdida de la presa, sus celos impotentes le gritaban el acerbo desengaño del abandono : los virtuosos propósitos de enmienda espontánea se habían convertido en humillante y forzada necesidad. Era su amor propio de mujer despreciada, lo que buscaba un derivativo al descargar así sobre Deidamia el peso del rubor que la agobiaba. Arrastrada por la vehemencia de su desazón doña Manuela repitió :

— ¿ Me oyes? jamás entrará en mi casa ese insolente !

Deidamia se dejó caer sobre una silla sollozando; mientras que su tía, sin querer que nadie la acompa-

ñase, se dirigió á su dormitorio. Cortaza prudentemente, se había escabullido.

Fué triste la tarde para todos los de la casa chica. La plácida tranquilidad que había llegado á reinar en la familia, á medida que se afianzaba la convalecencia de la señora, quedó desde la visita de Quintaverde, profundamente turbada.

En su dormitorio, doña Manuela expuso á Sinforosa y á su marido las pretensiones de Deidamia, declarándoles su abierta oposición á ellas. Un coro de denuestos contra el ñato fué la respuesta á esa declaración.

— ¡ No faltaba más! Un muchacho callejero como ése, — exclamó Sinforosa.

— Él es, el muy pícaro quien hizo arrancarse al loco — dijo don Agapito — de ahí viene toda esta *bolina*.

— Que se meta con su amigo Chanfaina — repuso Sinforosa con ademán de desprecio.

En la comida, ésta y otras imprecaciones contra el ñato pasaron sobre la cabeza de Deidamia, como balas rojas lanzadas por una batería de cañones, con ruidosa detonación. Cortaza se inclinaba sobre su plato sin atreverse á defender al ausente, atacado con tanta violencia.

La chica, sorda á los denigrantes calificativos que hacían llover sus padres sobre Díaz, absteniéndose con desdén de comer, mirando obstinadamente en el vacío, juraba en silencio que nadie la haría desistir de su propósito. Su despecho le daría la fuerza de arrostrar cualquier obstáculo, para burlar la tiranía que así descargaba sobre ella su implacable autoridad.

Por fin concluyó la comida. La joven sintió un



inmenso alivio, al oír á su padre ordenarle con voz severa :

— Deidamia, anda á acostarte.

Salió del comedor tras de don Matías, que en ese momento llegaba al pasadizo, dirigiéndose al dormitorio de su mujer. Fuera ya de la vista de sus padres, Deidamia dejó estallar la violencia de su pena.

— No te aflijas, hijita — díjole compasivo don Matías, al verla cubrirse el rostro con las manos.

Y oyendo los sollozos que hacían estremecerse á la muchacha :

— Déjalos que griten no más : yo le hablaré á la Manuelita, pero poco á poco, no hay que atropellar las cosas : ya verás que tu tía acabará por consentir.

Se había detenido delante de Deidamia, y le hablaba en tono persuasivo. « La Manuelita era así, arrebatada; pero se le pasaba pronto, y como quería mucho á la niña, él estaba seguro de que podría vencerla. »

Deidamia sin oír más, se alejó de él, compadeciéndose de su inocente credulidad.

— De balde me dice eso, yo conozco bien á mi tía y es ella la que manda.

Tornó á su llanto medio interrumpido mientras hablaba y se deslizó fuera del pasadizo sacudida por los sollozos. Cortaza le encontró razón. Él había hablado sin fe, por consolarla.

— ¡ Pobre chiquilla ! — suspiró encogiéndose de hombros, deplorando su nulidad, que no le permitía consolar ese dolor, el dolor tan aflictivo de la mujer que llora.

Doña Manuela fingiendo una calma que estaba muy distante de tener, había despedido á Gervasia para que fuése á servir la comida.

— ¿Entonces *su mercé* va á quedarse sola? — preguntó la criada.

— ¡Sí, si! — no tengo necesidad de nada, me acostaré cuando hayan concluído de comer.

Pronunció esas palabras con mal reprimida impaciencia, ansiosa de ver salir del cuarto á la sirvienta, que no se daba prisa con ademanes de prever lo que necesitaba la señora, extendiéndole una manta sobre las rodillas, acercádole los objetos de que podría necesitar.

— ¡Anda, anda, Gervasia, déjame sola, vas á sacarme de paciencia!

Apenas la sirvienta cerró la puerta, doña Mauuela sacó de su seno la carta de Quintaverde. Durante las escenas que acababan de pasar en la sala de recibo, esa carta era un ascua que le quemaba el pecho, un roedor oculto, testigo y prueba de su oprobio, que la sometía á un doble sufrimiento: el disimulo delante de los suyos, y el devorante deseo de leer su contenido y buscar alguna frase consoladora, algo que desmintiese los crueles subterfugios con que Quintaverde acababa de hablarle.

Sentada cerca de la ventana, desplegó el papel con nerviosa mano y empezó su lectura. En los primeros momentos, sus ojos veían confundirse las palabras, devanecerse las letras en tintes fugitivos de arco iris, ondular los renglones en curvas serpentinadas. Sólo mirando al patio con voluntad intensa de dominarse y pensando en que nada iba á leer que no lo supiese ya, pudo sobreponerse al sacudimiento que la agitaba y leer por fin con relativa calma, las primeras frases. Mas, á medida que avanzaba la lectura, las aceleradas palpitaciones del corazón le enviaban al cerebro, en ondas tumultuosas, la agitada sangre, le anudaban



la garganta como un dogal que aprieta una fuerza extraña, hacían bailar en su imaginación, en una zaramba fantástica, los enconados sarcasmos, las irritadas acusaciones, la forzada risa de un impotente desprecio. Todo era hipócrita mentira; ninguna explicación bastaba á disimular la insultante falsía, nada alcanzaba á atenuar la cruel realidad del abandono. En ese círculo de amargas reflexiones, daba vueltas, precipitada por un turbión de desengaños, la mente adolorida de la lectora.

Así llegó, sintiendo despedazársele el corazón con sus tumultuosos latidos, á la última frase. El mal velado anuncio del casamiento, fué como un dardo de fuego que le hubiese atravesado el pecho. Ante la insultante realidad, escrita ahí delante de sus ojos, por la misma persona, pródiga de juramentos de inextinguible amor ayer apenas, la señora sintió resonar dentro de los oídos un confuso rumor de espanto, del que, maquinalmente quiso huir, pidiendo auxilio. Pero al levantarse las manos buscaron en vano un apoyo en el vacío, el semblante enrojeció amoratado, y el cuerpo como una columna sacada de repente de su base, cayó sobre la poltrona, quedando sin movimiento.

Pocos instantes después entró Cortaza al dormitorio. La luz de la tarde empezaba á declinar. Al ver desde la puerta á su mujer desmayada sobre la poltrona, con la cabeza inclinada sobre el pecho, figuróse que estaba durmiendo y se adelantó hacia á ella sin hacer ruido. Pero, al acercarse oyó su respiración afanosa y pudo ver el rojo tinte de su rostro.

— ¡Manuela! ¡Manuela! ¿qué tienes? — exclamó espantado, tratando de levantarla.

Su exclamación no tuvo respuesta. Entonces dió la alarma, llamando á voces :

— ¡ Deidamia! ¡ Sinforosa! ¡ Gervasia!

Nadie respondió. Él había cerrado la puerta al entrar y su voz no alcanzaba á oírse desde las otras piezas de la casa.

Precipitadamente trató de colocar á la enferma en una postura que le mantuviese alta la cabeza, á fin de correr él á la puerta á repetir su llamado.

Al incorporarse, vió sobre la alfombra la carta de Quintaverde, que las manos de la señora habían dejado caer. La vista de ese papel lo detuvo. Al cogerlo con miedo, una sospecha certera le atrevesó el pensamiento, como una luz repentina. Ocultando el papel en su bolsillo, lanzóse entonces á la puerta y llamó nuevamente.

Pronto acudieron Sinforosa, Deidamia y Gervasia.

— Le ha dado un desmayo, yo la encontré así; acuéstena pronto, voy á llamar al médico.

Don Matías dijo todo eso con visible agitación y salió, casi corriendo, de la pieza. En la vecina, encontró á don Agapito que acudía el último y le refirió la alarmante ocurrencia.

— Yo me siento sin fuerza para llegar hasta la casa de alguno de los médicos, ¿no podrás ir tú, Agapito? hazme ese favor.

— Bueno, yo iré — contestó Linares, que prefería el paseo por la calle á quedarse con las mujeres y participar en la aplicación de remedios caseros. Después de verlo salir, Cortaza corrió á su cuarto. Era ya demasiado tarde para ir á refugiarse al fondo de la huerta donde maquinalmente había empezado por dirigirse.

La lectura de la carta dió el golpe de gracia á sus recientes ilusiones. Al caer despenado de sus modestas esperanzas de porvenir, sintió doblemente el



dolor de ese golpe : el atroz desengaño ponía á descubierto las heridas de su alma no cicatrizadas aún. Pero un rugido de salvaje alegría mitigó su desesperación. Las frases de la carta eran el mejor castigo que él podría haber ideado para vengarse de su mujer. El comandante lo vengaba. La memoria enloquecida invocó, sin buscarlo, el recuerdo de una de sus conversaciones con el ñato Díaz en la oficina del ministerio : ¡*Catatán!* ¡*catatán!* le gritaba sarcástico con cruel satisfacción la voz del joven! El ñato tenía razón, ¡si él se hubiese hecho respetar, ella le habría tenido miedo!

El médico traído por don Agapito dejó su enigmática receta en latín y habló vagamente de una meningitis. Sinforosa y Gervasia opinaron porque no se debía hacer caso de la receta. Lo importante era continuar con los remedios caseros.

Al siguiente día los médicos llamados en consulta, confirmaron el diagnóstico del que había visitado á la enferma la noche anterior. Á medida que se sucedían las horas, la casa tomaba por momentos el aspecto lúgubre de las habitaciones en que el ánimo de sus moradores, oprimido por un temor común, trata vanamente de desechar los presentimientos sombríos. Los envíos á la botica por nuevos remedios se sucedían á cada instante. Era la batalla contra la muerte, en que la ciencia hacía avanzar como una reserva sus últimas fuerzas. Los que se encargaban de administrar las medicinas que iban llegando : Sinforosa, don Agapito, Gervasia, lo hacían con el aire desconsolado del que ensaya algo sin esperanza de buen éxito. Unicamente Deidamia no desmayaba. Sustituyéndose á los otros, encontraba medios de hacer que la enferma tomase la poción que se había

negado á recibir de otras manos; sabía buscarle las posturas de alivio, la rodeaba de minuciosos cuidados, conseguía que obedeciese á su voz en los momentos de mayor agitación.

En la tarde hubo una vislumbre de mejoría. La enferma pareció dormir con alguna tranquilidad. Deidamia, después de observarla por un rato, salió de la pieza y corrió á la huerta. El ñato la esperaba en su puesto de la tapia. Las voces de Guillén y de Javier, acabados de llegar de la escuela, resonaban alegremente, encomiando cada uno su propio volantín como el más encumbrado de todos los que por allí poblaban el espacio.

El ñato conocía ya por sus tías el nuevo ataque de doña Manuela, del que todo el vecindario hablaba á esas horas.

El semblante pálido y descompuesto de la chica confirmaba las alarmantes noticias.

— ¿Cómo está tu tía? — le preguntó con interés.

— Muy mal me parece.

Al responder, Deidamia se cubrió los ojos con su pañuelo, sintiéndolos nublados por las lágrimas.

— Pero, ¿cómo? ayer estaba perfectamente. ¿Para qué te llamaba?

La joven le refirió todo. Con su egoísmo de enamorado, el ñato pensó en sus intereses.

— Que se oponga á que nos casemos, poco importa — dijo como desafiando con desprecio la voluntad de la señora. — Me basta con que le hayan dado el pasaporte al oficialito; el consentimiento vendrá después.

Deidamia se encogió de hombros, incrédula.

— No hablemos de eso ahora. Tú sabes que te quiero y que con nadie me casaré sino contigo. Pero ahora no puedo ocuparme sino de la salud de mi tía;



me voy á cuidarla. Te aseguro que tengo un susto atroz que no tuve el otro día, cuando la herida.

— ¡Qué lástima que te vayas! yo te traía una buena noticia.

— ¿Qué noticia? Si es buena, dímelas pronto.

— Don Julián, tu tío, ha sido puesto en libertad. La corte aprobó la sentencia del juez.

— ¿En libertad? ¿Entonces va á venir á casa?

— exclamó con aire enternecido la chica.

— No; acabo de dejarlo en el convento de San Francisco, donde me envió á pedirle asilo. No quiere ver á nadie. La noticia de la recaída de doña Manuela lo ha puesto más callado que lo que estaba en la cárcel.

— ¡Pobre! me alegro de que esté libre — dijo Deidamia sin entusiasmo.

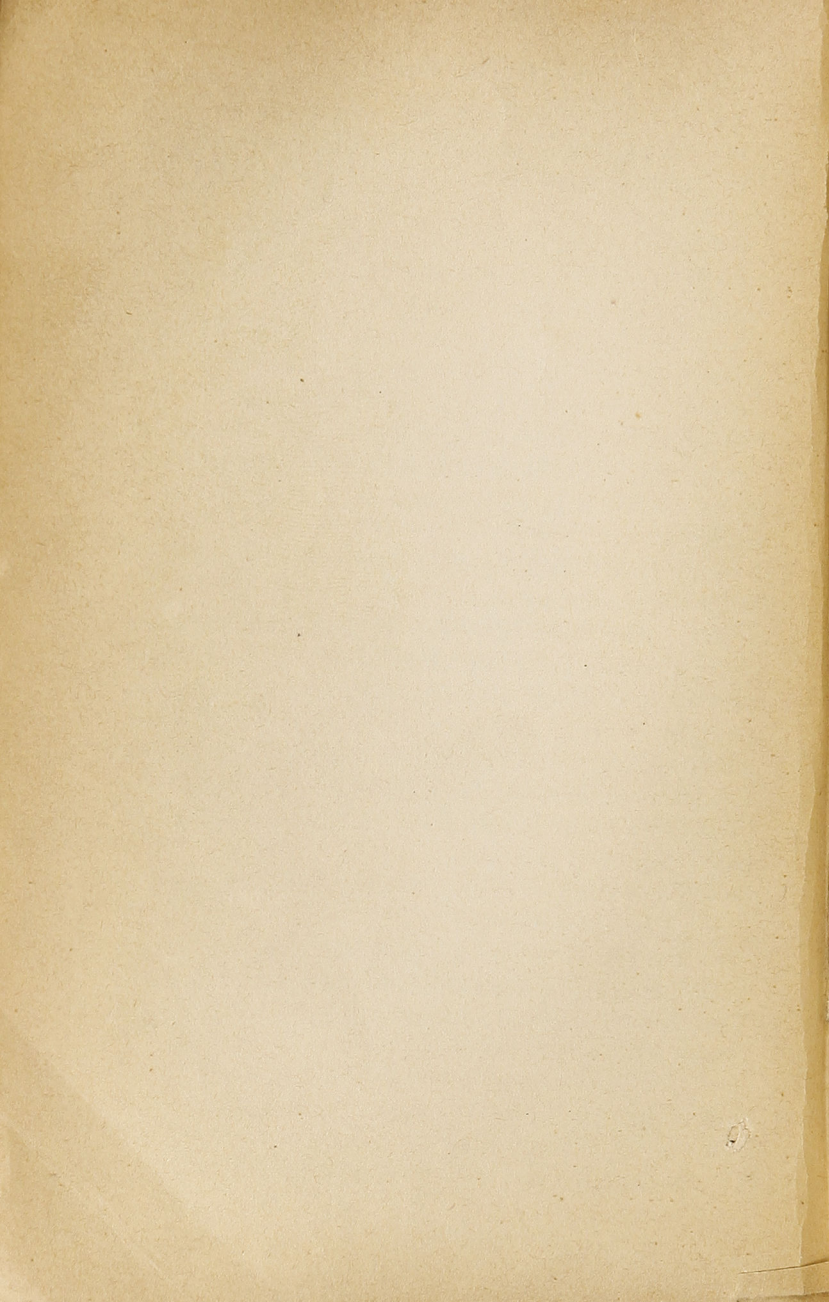
Desde muy joven la habían acostumbrado á considerar á don Julián como un loco peligroso. El atentado contra doña Manuela confirmó en ella esa creencia. No se le alcanzaba por qué era para ella una buena noticia, como acababa de decirle Díaz, el que don Julián hubiese salido en libertad de la cárcel.

El joven notó la poca impresión que su noticia había causado á Deidamia.

— Don Julián — le dijo, — será nuestro protector.

— ¿Cómo lo sabes tú?

— Porque él me le ha prometido, y don Julián libre, tendrá que ser respetado por toda su familia. Por eso te dije que el consentimiento de tu tía vendrá después.





## XXVI

Se despidieron con esa esperanza. Deidamia tenía ya una fe profunda en la opinión de su enamorado. Lo había visto en tan corto tiempo transformarse de muchacho juguetón y picaresco, en hombre que pensaba y combinaba con tan singular acierto, que llegó á no parecerle temeraria la seguridad con que el mozo hablaba del consentimiento de su tía.

Bastó esa luz para dorarle de nuevo el horizonte que la violenta negativa de la señora había cubierto de espesa obscuridad el día anterior. Con el vivo sentimiento religioso, dominante en aquel tiempo, la chica, inconscientemente, asoció la Divinidad á sus proyectos. Dios había de querer que su tía se mejorase y todo se arreglaría con la intervención astuta y tesonera de Carlos Díaz.

El aspecto de la enferma cuando la joven se acercó á ella no pareció por el momento confirmar ese presagio de mejoría. La fiebre aumentaba. Síntomas de delirio empezaban á turbarla. So pretexto de enviar por uno de los dos médicos, don Matías hizo salir del cuarto á Deidamia. Bien que presumiera que las revelaciones de la calentura no se podrían tener nada de

nuevo para los de la casa, temblaba de que resonasen delante de alguien. Prefería encerrarse con la enferma y arrostrar solo con ella la terrible ignominia de sus exclamaciones delirantes.

Felizmente el delirio no tomó trágicas proporciones. Hubiérase dicho que la sensibilidad cerebral de la enferma, embotada por la fuerza de los primeros ataques, no alcanzaba á conmover el sistema nervioso entorpecido, hasta el furioso desorden de la meningitis. El médico encontró una agravación de la fiebre, sin embargo y dejó su receta en latín, tan enigmática para los de la familia como el semblante de indescifrable impresión con que saludó al retirarse. En la noche, los dos colegas visitaron juntos á la enferma. La situación no había mejorado. La intensidad de la fiebre era la misma aunque su acción sobre el cerebro parecía disminuir. En el patio, al montar cada uno en su caballo, los dos facultativos, lejos de los que pudieran oírlos, se comunicaron sus temores. La persistencia de la fiebre, á pesar del estado de menor congestión en el cerebro, los dejaba perplejos. « El enemigo amenaza atacarnos en algún otro punto : mañana veremos » — fueron las palabras de despedida.

Ese pronóstico tuvo su realización desde el amanecer del siguiente día. La enferma empezó á esa hora á dar señales de respirar con dificultad. La auscultación, practicada poco después por los doctores, hizo descubrir la existencia de una fuerte pulmonía. Una vigorosa curación pareció detener la marcha de la enfermedad durante dos días. Al tercero, la paciente había recobrado el pleno uso de sus facultades, aunque la fiebre se mantenía en las temperaturas elevadas. Sucedíanse con desconcertante irregula-



ridad, alternativas de agitación y de postración que mantenían en continua alarma á los de la familia. Con incansable solicitud Deidamia daba el ejemplo á los suyos de incontrastable constancia y entereza sin desmayar un momento.

En la noche del cuarto día, la postración se acentuaba de una manera alarmante. Las fuerzas disminuían, la ansiedad, la tos continua sacudían con desgarradora tenacidad á la paciente. Vino, sin embargo, una calma en las altas horas de la noche, cuando la ventana dejaba entrever por las hendeduras de sus postigos, indecisas señas del nacimiento del día.

Aquella noche, Deidamia se había obstinado en no alejarse de la cabecera de la enferma.

Los demás, por turno, habían cumplido su facción durante el día y en las primeras horas de la noche.

Cortaza, rendido de cansancio, se había retirado también. Sus agudos sufrimientos morales, añadidos á la extenuación nerviosa de las largas veladas, le mantenían entorpecido el cerebro como bajo la influencia de una embriaguez alcohólica.

Deidamia contemplaba á su tía sin acercarse á ella demasiado, preguntándose si era esa quietud el principio de una reacción saludable. La enferma levantó la cabeza en ese instante y exploró con la mirada todo el cuarto. Viendo sola la chica le tendió una mano. Deidamia la estrechó entre las suyas al tiempo que doña Manuela le decía :

— ¿Han sabido algo de Julián?

En el tono lánguido de la pregunta resonaba, sin embargo, un vivo acento de interés. Temerosa, á pesar de eso, Deidamia, de revelar la verdad sin estar segura de que la impresión no sería contraria á la salud de la señora, vaciló un instante al contestar.

— No sé tía ; ¿ por qué me pregunta eso ?

— ¡ Oh ! ¡ me alegraría tanto de que estuviese libre !

La enferma formulaba así una de esas aspiraciones de difícil realización, que nacen en el espíritu de los que dudan del alivio de sus males.

Su acento de sinceridad alentó á la chica.

— ¿ Cierto, tía, que desea eso ?

— Es ahora lo que más deseo — contestó la señora con un hondo suspiro.

Un principio de tos la sacudió entonces.

— Se está destapando ; eso la hace toser — díjole Deidamia, cubriéndola con cariñoso esmero.

— Óyeme — le dijo doña Manuela al ver que la chica parecía no querer seguir la conversación.

Deidamia se acercó hasta poner la cabeza al lado de la de su tía.

— ¿ Sabes ? Se me figura que si Julián viniera y me perdonase, Dios me permitiría sanar.

— ¿ Y por qué no ha de venir si usted lo llama ?

Y viendo que los ojos de la enferma se habían llenado de lágrimas, la chica repuso :

— Yo sé que está en libertad.

Doña Manuela juntó las manos, alzando los ojos como si elevase una plegaria al cielo.

Tras de un breve instante de silencio, la sobrina agregó :

— Ha ido á asilarse aquí cerca, al convento de San Francisco.

— ¿ Quién te lo ha dicho ? — preguntó visiblemente agitada la señora.

— Todos lo dicen desde esta tarde.

La joven se abstenía de contestar que sabía la noticia por Carlos Díaz.

— Apenas tu padre se levante, dile que venga,



hijita. Quiero que vaya á llamar de mi parte á Julián y á decirle que deseo pedirle perdón antes de morirme.

La voz de la señora acusaba su profunda emoción al hablar de esta suerte.

Deidamia se arrojó de rodillas á la cabecera de la cama, haciendo vanos esfuerzos para ocultar su alarma.

— ¡No esté pensado en esas cosas, tía, por Dios! — exclamó con sofocada voz; — en pocos días estará buena y yo misma conseguiré que él venga á verla mañana.

Ese *él*, era don Julián, al que nunca había llamado tío, sino como todos los de la casa : *el loco*.

Doña Manuela se incorporó sobre ellecho y estrechó entre sus manos la cabeza de Deidamia, sollozando :

— ¡ Ah ! me salvarás la vida, mi alma, si lo consigues.

Besándola con pasión en la frente, repetía con acento de súplica :

— Me salvarás, la vida, me salvarás la vida si consigues que venga.

En la visita de la mañana, los médicos encontraron más agitada á la enferma. Se había dormido al amanecer con las manos de Deidamia entre las suyas. Un sueño inquieto, interrumpido por fuertes ataques de implacable tos. Cuando hacia las seis había entrado á la pieza sinferosa para reemplazar á su hija, la chica, extenuada por las terribles emociones de la noche estaba lívida.

— Anda ligero á acostarte; te vas á enfermar — le dijo su madre; — pídele á Gervasia que te dé mate bien caliente; eso te hará bien.

Deidamia le refirió la escena de la noche, la súplica de doña Manuela para que hicieran venir á don Julián.

— Yo sólo pude calmarla prometiéndole que haré todo lo posible para que él venga hoy mismo.

— ¿ Y quién lo hará venir ? — preguntó la madre, exclamando en seguida :

— ¡ Ay, Dios mío ! si viene el loco, toditos tendremos que escondernos.

Deidamia no contestó á la pregunta y salió en busca de Gervasia.

Cuando la sirvienta le trajo el mate :

— Anda luego á casa de los Lizarde — le dijo — y habla de mi parte con Carlos ; le dirás que venga á las diez á hablar conmigo y tú me despertarás á las nueve. Cuando llegue yo estaré ahí esperando en la *cuadra*.

Cuando á las diez en punto el joven llegaba á la puerta de la sala de recibo, Deidamia corrió hacia él, sin esquivar el abrazo con que apasionadamente la estrechó el mozo contra su pecho. Fué un corto abrazo, con el que ambos se apresuraron á sellar el pacto de amor que entre bromas y risas habían iniciado en sus furtivas entrevistas de la huerta. Pronto la chica apartó de sí, sonronjándose, la calurosa presión con que Díaz hubiera querido mantenerla.

— ¿ Qué sucede ? ¿ Cómo te atreves á recibirme aquí ? — preguntó con alegre sorpresa.

Se figuraba que al recibirlo de ese modo, Deidamia iba á comunicarle que había logrado vencer la oposición de su tía.

— Te recibo aquí sin permiso de nadie — contestó ella en tono de fría resolución. Ya estoy cansada de disimular y de verte á escondidas. Eso estaba bueno



para cuando yo te iba á buscar á la huerta por divertirme. Hoy es otra cosa. Te he prometido que seré tu mujer y cumpliré mi palabra. Quiero que todos lo sepan aquí y por eso te hago entrar á la luz del día y sin disimulo.

— Bien hablado, linda — exclamó Díaz con entusiasmo; — déjame que te dé un beso para mostrarte lo que te agradezco esas palabras.

— No, no; ahora no se trata de galanteos ni de declaraciones de amor — replicó la joven deteniendo al ñato, que había hecho ademán de no esperar el permiso para tomar el beso; ahora se trata de un servicio que te voy á pedir y con el que vas á probarme lo que me quieres.

— ¿Servicio? Di que vas á darme una orden y te juro cumplirla.

— Carlos, mi tía está muy enferma, la encuentro peor que ayer.

La voz de la joven tuvo el temblor de un vivo enternecimiento.

— Lo siento mucho, y es prueba de lo buena que eras tú, puesto que te afliges tanto de ver así á la que nos separa.

— Yo te he dicho que á pesar de su severidad y ahora á pesar de su oposición, no puedo dejar de quererla. El servicio que te pido es para ella.

— Pídeme lo que quieras, linda, desde ahora : concedido; manda no más y serás obedecida.

— Mi tía cree que si don Julián viniese á verla y á perdonarle lo pasado, Dios la dejaría sanar.

— ¡ Ah, diantre! no podía la señora pedir nada de más difícil. Ayer mismo cuando lo acompañé de la cárcel á San Francisco, me dijo una y otra vez que

por nada querría ver á doña Manuela. Sólo de nombrarla, le relampaguean los ojos.

— A ti no te lo negará, si tú te empeñas.

— ¡ Si yo me empeño! ¡ Vaya si me empeñaré! Siendo por ti, moveré cielo y tierra para hacer que venga y si no consiente, pelearé con él para siempre.

— No, no pelearás, prométeme que no pelearás y que vas á suplicarle con paciencia hasta que consienta.

Y luego, enternecida, con sollozos ahogados en la voz exclamó :

— ¡ Si hubieses visto el ardor con que la pobre me pedía que buscasse cómo hacer venir á su hermano! te harías cargo de mi aflicción. Mira, llego á temer que si él no consiente en venir, mi pobrecita tía se nos muere sin remedio.

— Ahora mismo voy á verlo — dijo el ñato conmovido por la aflicción de la joven.

— Bueno, anda al instante y tráeme luego la respuesta. Voy á rogarle á todos los santos por que te vaya bien.

Díaz, en vez de irse inmediatamente pareció reflexionar un instante :

— ¿ No crees que alguien de la familia deber á ir conmigo? Es mucho más natural que sea tu padre ó don Matías que vaya á rogarle á nombre de doña Manuela. Así verá don Julián que es la familia la que empieza por pedirle perdón y que vuelva á su casa.

— Tienes razón; eso es mucho mejor; voy á llamar á mi papá, espérame aquí.

Pocos momentos después entró Deidamia á la sala acompañada por su padre. Hábiale explicado en pocas palabras el deseo de doña Manuela y asegurado que únicamente Carlos Díaz era capaz de per-



suadir á don Julián. Para vencer la resistencia de don Agapito, la joven se había visto forzada á presentarle los peligros de la situación en que iban todos ellos á encontrarse, con la libertad de don Julián Estero.

— ¿No es mejor que ustedes se pongan bien con él en vez de esperar á que nos eche de la casa ?

Don Agapito, rezongando, tuvo que inclinarse ante tan positivo razonamiento. Al entrar, se sentía humillado de tener que ponerse bajo la protección del ñato.

— No creas que yo venga á pedirte nada para mí, — dijo con aire regañón; es esta muchacha que cree que su tía se muere si no viene á reconciliarse con ella su hermano.

— Para que don Julián consienta en venir, es necesario que se lo pidan los de la familia — replicó en tono seco el joven.

— Y ¿ por qué hablas tú en nombre de don Julián ? — exclamó don Agapito. Prefería entablar con el ñato una disputa y eximirse así de la misión de que Deidamia quería encargarlo. La idea de ir á encontrarse frente al loco y exponerse á su cólera, lo llenaba de miedo.

— Yo no hablo en nombre de don Julián — contestó desdeñosamente Díaz, — sino que digo lo que me parece. Si usted no quiere ir, dígalo claro.

— ¡ Oh ! papá — intervino Deidamia en tono de súplica, — piense que se trata de la salud y tal vez de la vida de mi tía.

— Pero yo no soy el único de la familia ;¿ por qué quieren que vaya yo solo ? — exclamó Linares, defendiéndose. — Ahí está también Matías ¿ por qué no va él ?

Deidamia se volvió hacia el joven.

— ¿Qué te parece ?

— Mejor sería que viniesen los dos.

— Así sí, pues — dijo don Agapito, pensando que si eran dos los emisarios, el peligro de arrostrar el encono del loco disminuiría considerablemente. Fué menester que corriese Deidamia en busca de Cortaza al fondo de la huerta. El infeliz había vuelto á aislarse allí desconsolado, después de convencerse de que nada podría borrar del corazón de su mujer la imagen de Quintaverde.

Impuesto del caso por su sobrina, don Matías no hizo objeción á ir á ver á don Julián en compañía de don Agapito.

— Como les parezca — dijo con un triste ademán de resignación.

Quería estar en paz con su conciencia y que no pudiera decirse de que él se negaba á dar un paso del que dependía tal vez la vida de su mujer.

Díaz dejó á sus acompañantes en la portería del convento, mientras iba á prevenir á don Julián Estero de la misión de que venían encargados.

— Yo no respondo de que quiera recibirlos — les dijo, — pero en todocaso habré cumplido mi promesa de empeñarme cuanto pueda con él.

Don Julián ocupaba una vasta celda en el segundo patio del convento. Díaz le explicó las ocurrencias acaecidas en la casa, que acababa de saber por Deidamia : la visita del comandante Quintaverde, la violenta fiebre de doña Manuela, que era á juicio del joven, una consecuencia de esa visita. Le habló de la exaltada manera como había expresado la señora á Deidamia, su inflexible oposición á su casamiento con él. Le pintó, por fin, el alarmante estado de doña Manuela y la encarecida súplica de que fuése don



Julián á verla, que venian á traerle don Matías y don Agapito.

Don Julián se paseó sombrío y agitado por la pieza durante un momento.

— ¿ Y qué piensa usted que debo hacer ? — preguntó deteniéndose delante del joven.

Temeroso de la violencia de su carácter, había renunciado á guiarse por su propio criterio en todo asunto concerniente á su familia.

La rectitud y la decisión del juicio de su liberador le inspiraban plena confianza.

— En su lugar, yo iría — contestó el ñato. — Mejor es ser generoso don Julián.

Estero pareció vacilante, sin embargo.

Díaz repuso con acento de afectuoso consejo :

— Don Julián, aquí estamos en un convento, donde deben practicarse las virtudes cristianas ; una de ellas es el perdón de las ofensas.

— Bueno, pues, hombre, dícales que vengan — exclamó en tono de súbito convencimiento.

Díaz salió del aposento y emprendió á paso acelerado el camino de la portería. Los vastos corredores repetían el eco de su marcha sobre los gastados ladrillos del piso.

— Vengan, vengan ligerito — dijo á los dos que esperaban — el hombre parece bien dispuesto ; no hay que dejar que se le pase el buen humor.

Don Matías y don Agapito lo siguieron. Díaz caminaba delante de ellos para mostrarles el camino. Los frailes que encontraban al paso, absortos en la lectura del breviario, hacían nacer en el espíritu de Cortaza la misma sensación de melancólica envidia con que tanto había pensado en la suerte de Robinsón

Crusoé, libre de amor en las soledades de Juan Fernández.

La voz de don Agapito, entrecortada con la prisa con que tenían que seguir á Díaz, lo turbó en esa aspiración á la vida monacal.

— ¡ Mire, don Matías ! yo no las tengo todas conmigo. ¡ Quién sabe cómo nos va á recibir el loco ! No deja de ser arriesgado en lo que hemos venido á meternos.

Pronto llegaron á la celda ocupada por don Julián. Díaz abrió la puerta y entró haciendo señas á los dos concuñados, de seguirlo. Los visitantes entraron con timidez. Don Julián los miró de frente sin saludarlos, con la interrogativa mirada del que ve acercársele un desconocido. Hubo entonces un espacio de inquietador silencio. Intimidado por la mirada del que los recibía, don Agapito dijo en voz baja á Cortaza :

— Hable pues, don Matías.

Cortaza quiso congraciarse, con una sonrisa amable, la buena voluntad del hermano de su mujer y dijo con voz tímida :

— Aquí venimos pues, á verlo, don Julián...

Díaz lo interrumpió.

— Mejor es que yo los deje solos hablar de sus asuntos de familia.

Y se adelantó hacia la puerta del aposento. Don Julián lo detuvo.

— No amigo Díaz, no se vaya ; yo quiero que usted oiga nuestra conversación. Y volviéndose hacia Cortaza :

— Diga señor, lo estoy oyendo — dijo secamente.

— Aquí venimos á visitarlo de parte de mi mujer, que está muy enferma y que desea mucho verlo.

— Mi vista no la ha de curar — dijo con áspero tono don Julián.



— Ella cree que sí — replicó Cortaza, con acento de rendida súplica,

Don Agapito concurría á esa afirmación con la cabeza ; pero manteniéndose á inmediación de la puerta, para poder arrancar, al menor movimiento sospechoso de Estero.

Don Julián, repuso con el mismo tono áspero con que había hablado :

— Yo creía que ustedes venían á pedirme perdón á nombre de ustedes también.

Los dos visitantes palidecieron. Aquellas palabras les parecían precursoras de algún terrible estallido de cólera de parte del que aún creían loco.

— Sí pues, también á pedirle perdón — dijo con deferente complacencia don Matías.

Don Agapito hizo eco :

— También por supuesto — á pedirle perdón.

El miedo de alguna embestida súbita arrancó esas palabras á Linares, á pesar de la humillación que sentía de tener que decirlas delante del ñato.

El acto de contrición de sus cuñados, pareció suavizar el tono de voz de don Julián :

— Si todos piden perdón, es otra cosa. Así veremos si alguna vez puedo perdonarlos. Ahora no hablemos de lo pasado ; por el momento me basta con la vergüenza que usted y mis hermanas deben sentir por la crueldad con que me han martirizado.

— La pobre Mañunga creía que usted no estaba en su juicio — dijo con vez quebrantada don Matías.

— Y nos lo hacía creer á nosotros, — dijo — cobardemente don Agapito.

Don Julián hizo señas de rechazar esa justificación por inadmisible.

— Repito que dejo atrás lo pasado, por ahora — acen-

tuó, recalcando la voz sobre las dos últimas palabras :  
— me ocupo solo del presente. Ustedes vienen á suplirme de parte de Manuela que vaya á verla porque está muy enferma y solicita mi perdón ; ¿ no es así ?

— Así es pues, dijeron los dos amedrentados emisarios.

— Pues yo les declaro á ustedes que si llevo á acceder á esa súplica, lo haré únicamente por darle gusto á mi joven amigo don Carlos Díaz. Es preciso que ustedes sepan que es él quien me ha aconsejado el perdón y que á él tendrán ustedes todos que darle las gracias.

— Le damos las gracias, don Carlito — dijo Cortaza con verdadero acento de gratitud.

— Yo también le doy las gracias, amigo — le dijo don Agapito entre dientes.

— Hacen bien en mostrarse humildes — repuso don Julián — porque yo tengo que poner mis condiciones. Empezaré por decirles que ya tienen que agradecerme de que me haya venido de la cárcel á este convento, cuando podría haberme ido á mi casa á hacer valer mis derechos de dueño para obligarlos á salir á todos ustedes de ella.

Dejó pasar un momento. Quería hacer medir á sus interlocutores el peso de esa declaración.

— Esperando que me agradezcan mi prudencia — repuso — voy á decir la condición expresa que pongo para consentir en lo que me piden. Me ha dicho mi amigo Díaz que él quiere casarse con mi sobrina Deidamia y que cuenta con el amor de la niña ; pero que sus padres y Manuela se oponen resueltamente á ello. Pues bien, yo no iré á ver á Manuela hasta que ustedes me traigan el consentimiento de los tres y que le pidan á Díaz que vuelva á casa de ustedes.



Don Agapito pensó que era una gran felicidad el poder salir del paso á tan poca costa.

— Yo doy desde luego mi consentimiento.

— Yo también, por supuesto — apoyó Cortaza.

— Está bien, vayan entonces á pedir su consentimiento á Manuela y á Sinforosa : yo quiero que mi amigo Díaz sea recibido con la mayor consideración por toda la familia. Le debo mi libertad. Ustedes todos le deben el gran servicio de impedirles que continuasen cometiendo el crimen de que yo era víctima.

Ninguna entonación de odio resonó en su voz. Hablaba con la solemnidad del juez que pronuncia un fallo de alta justicia.

— Mil gracias por lo que me toca, don Julián — díjole el joven estrechándole calurosamente una mano.

— Hablo como debo, amigo — respondió Estero. Volviéndose á sus cuñados, agregó :

— No se figuren ustedes que este caballero me haya pedido que pusiese la condición que yo impongo. Cuando él quiere una cosa, no tiene necesidad de que le ayuden ; pero yo soy su agradecido, y así como he hablado en su favor, yo sabré todavía cómo probarle que no soy un ingrato.

Con sencilla majestad volvió la espalda á sus cuñados. Estos se dieron prisa en salir.

Mientras caminaron por los largos y solitarios corredores, Cortaza y Linares guardaron silencio. Al encontrarse en la calle, don Agapito habló el primero :

— Me he convencido de que el hombre no está loco.

Mientras recorrían la distancia de la celda á la por-

tería del convento, había tenido tiempo de reflexionar. El interés de Deidamia y el de sus padres estaba en inclinarse ante la voluntad de don Julián. Este pensamiento le hizo añadir :

— ¿Y á qué viene esa oposición de la Mañunga ? Si ha despedido al sobrino de Quintaverde, estamos libres de compromiso ¿ no le parece don Matías ? Entonces empéñese conmigo para que la Mañunga se deje de oposiciones y de tonterías.

Cortaza no contestó. Á pesar de su amargo desconsuelo, estaba inquieto por su mujer. Los médicos, en su última visita, se habían mostrado enigmáticos, respondiendo con dudosas palabras á las preguntas de amos y criados sobre la salud de la enferma.

Al entrar en la casa, el semblante de las que los esperaban, aumentó esa inquietud.

— La Mañunga sigue muy mal — dijo Sinforosa á su marido, enjugándose las lágrimas.

— Ha pedido que traigan á *Nuestro-Amo* — dijo Deidamia con temblorosos labios á Cortaza.

Los dos hombres entraron á la pieza de la enferma. Doña Manuela los miró con ansiedad.

— ¿ Viene ? — preguntó con la vista dilatada por la torturante duda.

— Sí, vendrá — dijo don Agapito.

Pero había que expresar á la enferma la condición de la visita de don Julián. Con tímidos circunloquios, don Matías contó la entrevista y llegó al fin gradualmente á la exigencia concerniente á Carlos Díaz.

— Es el único modo de hacer la paz — agregó don Agapito en tono persuasivo.

Por causa de su abatimiento físico y por el terror de su espíritu, la energía con que siempre hiciera



triunfar su voluntad, se había desvanecido en la señora.

— ¡Sí, sí hagan lo que quieran — exclamó con vehemencia, pero que venga pronto. Corran á llamarlo ; vayan los dos — añadió dirigiéndose á Cortaza y á su cuñado.

— Se lo vamos á traer ligerito — díjole Linares, para tranquilizarla.

Cortaza, abatido, se había acercado á la cama.

— Corre, hijito — le dijo la enferma en un lamento de súplica.

En sus ansias, la infeliz hacía depender su salud y su salvación en la otra vida del perdón de su hermano.

— Si me perdona, voy á sanar — decía con lánguida voz.

Los dos emisarios atravesaron el patio casi corriendo.

Al llegar al convento vieron salir un grupo de gente de la portería.

— ¡ El viático ! — exclamó sobrecogido de pánico don Matías.

— ¡ El viático ! — hizo eco con voz temblorosa don Agapito.

Ambos se descubrieron poniéndose de rodillas sobre el suelo de la calle. Delante de ellos pasó con su ruido de campanillas y su murmullo de oraciones el lúgubre grupo.

Un monaguillo precedía la marcha llevando la cruz, y seguía tras éste el sacerdote revestido de sobrepelliz, sosteniendo con ambas manos el cáliz. A su lado, otros dos monaguillos agitaban con afán las campanillas.

Los transeuntes, con devota reverencia se ponían

de hinojos, descubierta y humillada la frente, santi-  
guándose con religioso terror al ver pasar el apre-  
surado séquito, mensajero de la última esperanza.

Cortaza y su concuñado, heridos de fúnebres pre-  
sentimientos, permanecieron de rodillas hasta que el  
ruido de las campanillas se perdió en la distancia.  
Levantándose, anduvieron á paso largo hasta des-  
aparecer por la misma puerta por donde acababa de  
salir el viático.

Don Julián oyó con aire turbado el mensaje de que  
sus dos cuñados eran portadores.

— Puesto que se respeta mi deseo — dijo — yo  
estoy dispuesto á cumplir mi promesa.

— Si le parece, nos iremos al instante — dijo don  
Matías, en cuyos oídos resonaban con siniestro re-  
tintín las campanillas del Sacramento.

— Estoy pronto: amigo Díaz, vamos andando.

Á pesar del tono resuelto de la respuesta, el sem-  
blante de don Julián acusaba una visible emoción.

— Vayan ustedes primero, para que puedan anun-  
ciarme; nosotros los seguimos — dijo á don Matías.

Algunos minutos después que Cortaza y don  
Agapito habían salido, don Julián y Carlos Díaz los  
siguieron.

— Amigo Díaz, hago este sacrificio por usted;  
había jurado no ver jamás á esas gentes.

— Mucho se lo agradezco, don Julián.

Antes de llegar á la casa encontraron el viático  
de vuelta. Los dos hombres apresuraron el paso en  
silencio. Delante de la puerta de calle, pequeños  
grupos de curiosos se habían formado al ruido de las  
campanillas. En el patio, otros grupos aguardaban  
con aire de inquieta curiosidad. La servidumbre de  
don Guillén reunida del lado de la casa grande, estaba



allí presenciando cuanto ocurría del lado de la casa chica. Por una ventana Guillén y Javier, sin atreverse á salir, aguardaban ansiosos la llegada del que para ellos era todavía el loco. Al divisar á Carlos Díaz, venciendo la timidez que los detenía al interior, los dos chicos salieron corriendo hasta encontrarse con el joven: los niños no habían reconocido á don Julián Estero en el hombre bien vestido que acompañaba á su amigo.

— Ñato, ñato — le dijeron en voz baja con cariño — qué, ¿no iba á venir con el loco? ¿dónde está?

— Cállense — les dijo el mozo alejándolos de don Julián; — es este caballero que viene conmigo.

Los chicos miraron incrédulos á Estero que se había detenido á esperar á Díaz.

— ¡ Los niños de don Guillén! ¡ tanto que los envidiaba en sus juegos! — dijo don Julián, enternecido, como olvidado del objeto que allí lo llevaba.

Los de la familia salían á recibir á los recién llegados. En todos ellos la dolorosa impresión de la ceremonia que acababan de presenciar, había dejado el rastro de su amargo desconsuelo. Sinforosa y su hija, con las lágrimas apenas enjugadas, saludaron á don Julián tímidamente. Don Julián puso con cariño una mano sobre la cabeza de Deidamia :

— Sobrina — le dijo, — abraza á su tío que le promete quererla siempre.

La chica se arrojó sollozando en brazos de don Julián, si tener fuerza de proferir una sola palabra.

Los demás contemplaron mudos aquella escena, en la que don Julián empezaba por manifestar á todos el propósito de hacer cumplir su voluntad con respeto á la futura suerte de la chica.

Entretanto, Cortaza, Sinforosa y don Agapito,

habían entrado á anunciar á doña Manuela la llegada de don Julián. Gervasia al lado de la cama, sostenía á la enferma, que se había sentado, esperando ansiosa la aparición de su hermano.

— Llévame donde tu tía — dijo don Julián á Deidamia.

La chica anduvo delante de él.

— Por aquí, tío.

Atravesaron el cuarto de Deidamia y llegaron á la puerta del de la enferma. La chica abrió entonces la puerta de comunicación. Hubo en ese momento un solemne recogimiento entre los que rodeaban á doña Manuela. Todos fijaron la vista entonces en su hermano. Don Julián avanzó con lento paso hacia el lecho de la paciente, sin hablar, como un cuerpo movido por una fuerza extraña, cubriendo á la señora con una profunda mirada de intensa tristeza.

Á su vista, doña Manuela extendió las manos en actitud suplicante, cubierto el rostro de palidez cadavérica. De su boca salieron algunos sonidos guturales, inarticulados, que terminaron en un ronco estertor de agonía, y la lívida frente se inclinó sobre el pecho con el abandono de la eterna inmovilidad.



## XXVII

Del borde de la tumba la tierra cayó sobre el ataúd con el ruido desapacible de los cuerpos que no tienen resonancia. Un grupo escaso de amigos presenció con ánimo indiferente y compungido rostro, la fúnebre tarea de los sepultureros. Para cada cual, ese fin aterrador estaba lejos, oculto allá en la noche de esperanzas con que el cielo clemente envuelve las incertidumbres del inevitable problema.

Cortaza miró desaparecer poco á poco el cajón mortuario sin emoción aparente. Apenas, de cuando en cuando, algún ademán de neurasténico, hacía sospechar las trágicas sensaciones que cruzaban por su cerebro.

Tras del negro cajón, sobre el que la tierra iba amontonándose, él veía las pálidas facciones, respetadas por la muerte en su majestuosa hermosura. Y sus ojos no podían llorar en la eterna despedida. Su corazón oprimido se negaba al enterneamiento.

Estoico, siguió entonces con Carlos Díaz á los concurrentes agrupados tras el sacerdote, que se retiraba después de haber murmurado las últimas

oraciones. En la puerta del cementerio se despidió de todos para regresar á pie á su casa.

Desde los primeros pasos, la caricia del sol lo estremeció con un temblor desconocido. Su pecho respiró ensanchado, libre de su constante opresión. Dejaba atrás, en el recinto del cementerio, su miserable existencia de engañado inconsolable. Algo de íntimo del fondo de su alma entonaba un himno de contento. ¡ Libre! libre! ya no volvería á tener celos.

El joven entró con él en la casa. Don Matías se dirigió á su cuarto con tranquilo continente. Tomó de una mesa el tomo de Robinsón Crusoe y fué á sentarse como antes al fondo de la huerta. Ahora podía leer las aventuras del solitario de Juan Fernández sin envidiarlo.

Díaz entró á la sala de recibo donde lo esperaba Deidamia. La palidez de la chica se iluminó con un rayo de consuelo, al sentir en su frente el beso apasionado con que la saludó el joven, sentado junto á ella, estrechándole con ternura las manos.

— Ahora, linda, miremos para adelante y dejemos reposar en paz á la que se queda en el camino. Don Julián quiere que nos casemos pronto. Te da como regalo de boda esta casa, y á mí, la casa de la calle de San Pablo, donde iremos á vivir, reservándole unas piezas. El se retira á su chacra y nos convida á ir á verlo cuando queramos.

Tras de la reja de la ventana que daba al primer patio vieron entonces aparecer á Guillén y Javier. Con aire de infantil incertidumbre hablaron al través de la reja :

— ¿ Cierto, que tú vas á casar con Deidamia ?

— Cierto y ustedes serán mis padrinos — les dijo el mozo alborozado.



— ¡Viva el ñato! — gritaron los dos chicuelos, entrando en la sala y abrazando á los novios con ruidosas señales de alegría.

FIN

